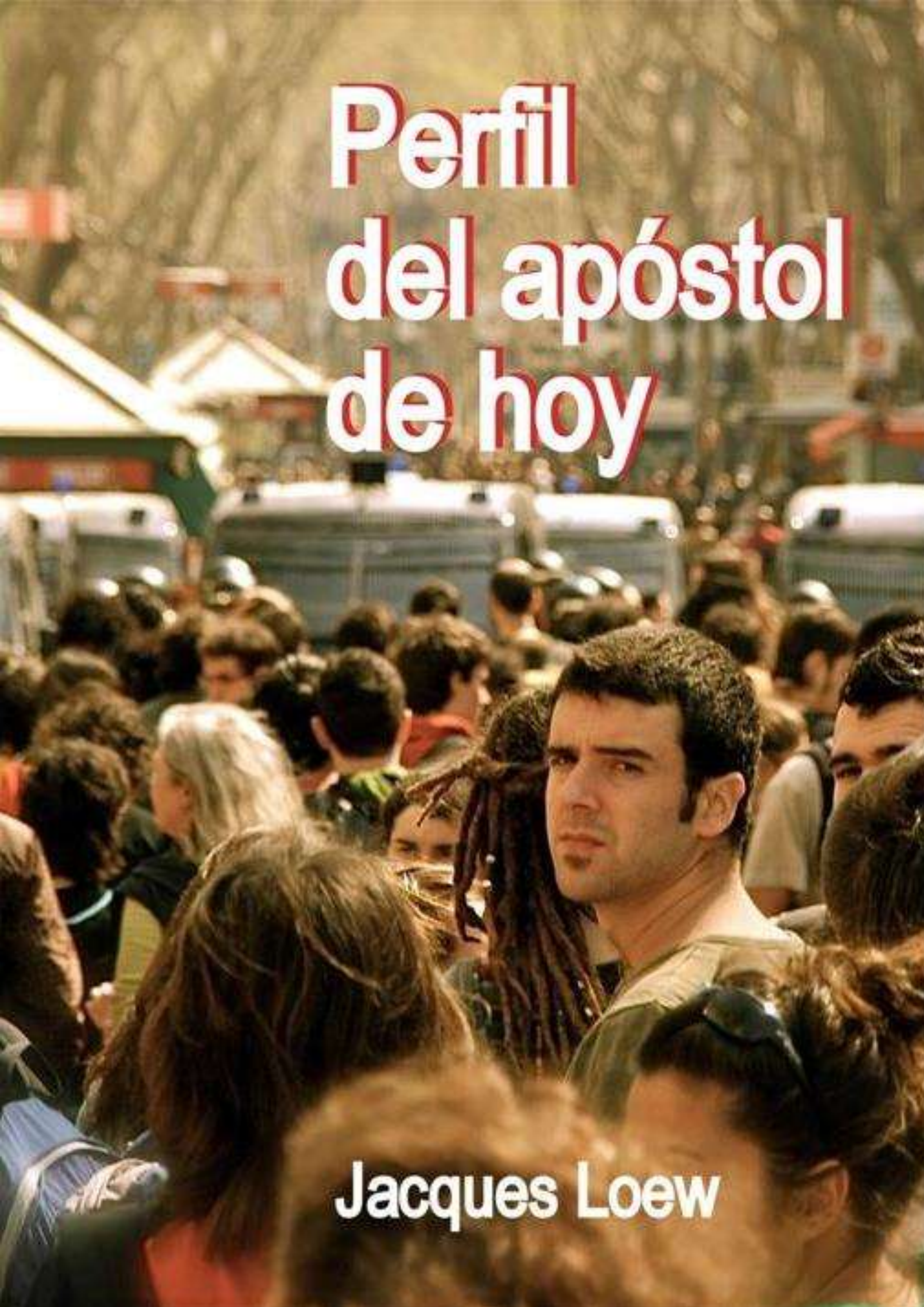

Perfil
del apóstol
de hoy
Jacques Loew

Jacques Loew

Perfil del apóstol de hoy

Como si viera al Invisible (Hb 11, 27)

1966

(CONTRAPORTADA)

Perfil del apóstol de hoy

Jacques Loew

Convertido a los 25 años, alternativamente y a veces al mismo tiempo cargador de muelle y cura párroco, ocupado desde 1941 en las tareas de catequesis misionera, responsable de la Misión Obrera de San Pedro y San Pablo, el sacerdote obrero Jacques Loew, ante la herida originada por la incredulidad, se pregunta: ¿qué tipo de apóstol dará hoy Dios al mundo? ¿Cómo situarse a la altura requerida para tener amor a este mundo y a sus "glorias" y no dejarse arrollar por él? ¿Cómo semejarse a él y ser diferente? ¿Empeñarse a fondo y manifestar que Dios es el solo Absoluto?

Para esta urgente labor San Pablo se muestra el maestro más actual.

Partiendo de la frase de san Pablo: "Como si viera al Invisible, perseveró firme en su propósito" (Heb 11, 27), el autor elabora su libro. En torno a esta idea giran sus pensamientos y conclusiones. Pretende devolver a la palabra "apóstol" su riqueza y grandeza, su nitidez y vigor y, por lo mismo, planta jalones irremovibles en el itinerario de los apóstoles de hoy, porque la palabra apostolado va vinculada hoy día a tantas realidades diversas, que corre el riesgo, a los ojos de muchos y aun de los mismos apóstoles, de perder su genuino sentido.

Una obra nacida de la experiencia de un auténtico apóstol de masas. Uno de los cincuenta mejores libros seleccionados en Francia en 1964.

Nihil obstat:
P. Antonio Roweda. SVD, *Censor*

Imprimatur:
Lic. Juan Ollo, *Vicario General*
Pamplona, 13 de Abril de 1966

ÍNDICE

PRÓLOGO

Este libro tiene un solo objeto: devolver a la palabra «apóstol: su riqueza y su grandeza, y —¿por qué no decirlo?— su exclusivismo. No porque no pueda haber otras espiritualidades apostólicas, excelentes y mejores que la aquí descrita, sino porque la palabra apostolado va vinculada hoy a tantas realidades diversas, que corre el riesgo, a los ojos de muchos y aun de los mismos apóstoles, de perder su genuino sentido.

No nos referimos al sentido trivial, que no es el más peligroso y que, tal como lo escuchamos por todas partes, apenas merece más que una benévola sonrisa. En la Sainte-Baume, una lápida de mármol recuerda a un buen hombre, cuyo nombre he olvidado, pero cuyo sobrenombre era «Velocio» y su título de gloria «Apóstol del Ciclo-Turismo». Hay cosas más serias: no toda generosidad, por heroica que sea, es apostolado, ni toda obra realizada en la Iglesia, por excelente que sea, es forzosamente apostólica, como no lo es tampoco cualquier presencia en el mundo.

Para san Pablo, esta palabra se aplicaba en primer lugar y plenamente «al apóstol y pontífice de nuestra confesión, Jesús» (Heb 3, 1), porque Jesús es por excelencia «el Enviado del Padre», «el que le manifiesta» (Jn 3, 17, 34). En El solo tiene su fuente el apostolado.

Este Cristo, por un amor extraordinario, envía a su vez a los doce «como» su Padre le envió a Él. Ellos son los mensajeros por excelencia, los apóstoles. En la eternidad, dice el Apocalipsis, el muro de la Jerusalén celeste «tiene doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero» (Ap 21, 14). Pablo, el abortivo, el perseguidor, no les cede en nada. También él ha visto, en su carne, a Cristo resucitado y ha recibido de El la misión de ser su testigo.

Con la muerte del último apóstol se extingue un privilegio incomunicable: la Revelación, de la que ellos eran instrumento personal, queda concluida. «¡Oh Timoteo!, guarda el depósito a ti confiado, evitando las vanidades impías y las contradicciones de la falsa ciencias (1 Tim 6, 20). Nada se le podrá añadir, pero este tesoro, la perla más preciosa de la humanidad, deberá ser transmitido, comunicado, explicado y, en cada generación, vi-

vido en la Iglesia: Timoteo, Tito y, hasta el fin de los tiempos, nuestros obispos han recibido del Señor este encargo, como apóstoles sucesores de los apóstoles.

Pero a esta gran obra de anunciar el mensaje del Señor, todos están llamados a participar, ya sea por el solo título de su bautismo y de su confirmación, ya sea por especial mandato de la jerarquía. Este envío al mundo de todo cristiano es una de las grandezas de nuestra época. Y he aquí que algunos hombres se ofrecen para convertirlo en el objeto único, el gozo y el tormento de su vida: «Heme aquí, envíame» (Is 6, 8). A estos últimos va dirigido especialmente este libro, pero al mismo tiempo quisiera recordar a todos la grandeza de esta realidad, contribuyendo a situar la misión en su altura propia, que es sobrenatural.

Esta obra no pretende ser perfecta, completa. Sin embargo, no se le podrá reprochar ser transmisora de reflexiones apresuradas: desde 1947, había sido anunciada como continuación de *En Mission Prolétarienne*, bajo el título *Jalons spirituels*. Han transcurrido dieciocho años y, si el contenido del libro ha variado, ciertamente, lo mismo que su título, no por ello pretende aportar métodos o experiencias apostólicas, abundantemente descritas en el *Journal d'une Mission Ouvrière* 1941-1959.

Las páginas que siguen llevan, empero, y forzosamente, la impronta del contexto en el que han nacido: el papel y el puesto del equipo, por ejemplo, la elección de tal opción, podrán desconcertar a algunos. El lector tendrá la bondad de considerar que esas indicaciones se ofrecen como ejemplos e ilustraciones prácticas, no como modelos ejemplares.

Devolver a la palabra «apóstol» su nitidez y su vigor y, por lo mismo, plantar algunos jalones inamovibles en el itinerario de los apóstoles de hoy: tal sigue siendo el fin de este libro y lo que me ha inducido a escribirlo.

En un mundo que dilata sus dimensiones hasta el punto de sentirse él mismo dominado por el vértigo, el apóstol recuerda lo único verdadero: Jesucristo y nada más.

PARTE PRIMERA

EL LLAMAMIENTO DEL EVANGELIO

1. El hombre de la fe, de la esperanza y de la pobreza

La «misión» es un misterio. Afirmar esto no es una trivialidad, ni un refugio para los días de fracaso. El misterio pertenece a la naturaleza misma de la misión: participación del hombre en la obra de Dios, sumisión al Espíritu, que «sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni adónde va…» (Jn 3, 8); es, pues, una marcha forzosamente misteriosa y, en sentido literal, desviadora, por caminos que no son los nuestros: «Mis caminos no son vuestros caminos» (Is 55, 8). Es un álgebra perpetua, por la que se avanza de incógnita en incógnita, una extraña alquimia en la que la salvación surge del destierro; las certezas, de la prueba; la luz, de la oscuridad.

Si la marcha de los hebreos por el desierto durante cuarenta años contiene ya en germen y describe la historia permanente de la humanidad en ruta hacia Dios hasta el fin del mundo, sus fatigas, sus incredulidades, la historia misma de Moisés es la de cada apóstol durante los cuarenta años de su propia vida. Ahora bien, esta historia de Moisés la resume san Pablo en una frase extraordinaria: «Como si viera al invisible, perseveró firme en su propósito» (Heb 11, 27).

Jamás se dará una descripción más exacta del misterio del apostolado: el apóstol es uno que hace profesión de guiar a los hombres hacia el invisible. Esta meta oculta ¿la ve él mejor que los demás? Directamente no. ¿Es, entonces, uno de esos guías ciegos de que nos habla el Señor, que conduce a la hoya a los que pretende dirigir? Ni mucho menos. ¿Qué es, pues?

Es el hombre de la fe: no ve, no sabe, cree. Todo su ser está comprometido en la confianza absoluta en Dios, que no puede «engañarse ni engañarnos», según la fórmula del acto de fe. Cristo le ha dado su Palabra, y él ha cimentado su vida en esta Palabra del Verbo hecho carne: «Sé a quién me he confiada» (2 Tim 1, 12). Cuando se dice del apóstol que es el hombre de la Palabra, lo que se quiere dar a entender, en primer lugar, no

es que sea el hombre que habla para anunciar el mensaje; sino que, anteriormente a toda acción, ha cimentado su vida, para sí mismo y para todos los hombres, en la Palabra de Dios.

El apóstol no ve al invisible mejor que los demás, pero «persevera firme» «como si le viera». ¿Es un hipócrita? De ninguna manera. No ve, pero ha comprendido la palabra del salmo, anunciadora del Evangelio: «Tu palabra es para mis pies una lámpara, la luz de mis pasos» (Sal 119, 105).

El apóstol es pues, el hombre que en la noche espera la luz: Al mundo del Antiguo Testamento le era cara la bella expresión de «vigías de la gracia»: «Espera mi alma a Yavé más que al alba los centinelas nocturnos» (Sal 130, 6).

El mundo de hoy nos ha familiarizado con las telecomunicaciones; el apóstol no dirige a los hombres por el sistema de visión directa: habiéndose situado en la longitud de onda de Dios, su fe le guía con más garantía que el radar más seguro.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán...» (Mt 24, 35). A pesar de las apariencias y de las contradicciones, en medio de las arenas movedizas y el fango del pantano, la palabra de Cristo es la roca sobre la cual se yergue el apóstol, porque Cristo es el Verbo del Padre.

Ante el misterio de la eucaristía, santo Tomás de Aquino cantaba:

«La vista, el tacto, el gusto nada revelan de Ti;
Solamente escuchándote tenemos la certeza de la fe.
Creo cuanto ha dicho el Hijo de Dios:
Nada hay más veraz que esta Palabra de verdad.»

El apóstol extiende esta misma actitud a toda su vida: «En tu palabra, Maestro, echaré las redes» (Lc 5, 5).

Así, pues. el misterio del apostolado brota de su misma naturaleza: enseñar a los hombres a iluminar su vida con la Palabra divina.

Y, si existe algún gozo para el apóstol de hoy, ese gozo consiste en descubrir que nunca como en esta segunda mitad del siglo XX la misión ha sido delimitada en su función esencial.

Porque la misión ha asumido muchas formas desde hace dos milenios: Los falsos dioses no han faltado nunca, pero lo que hoy se rechaza es la idea misma de Dios. Hoy no luchamos para mostrar al verdadero Dios; lo que se rechaza es la religión misma. Para los hombres que nos rodean la

elección no se plantea entre Dios y Satán, sino entre Dios y la nada, y han escogido la nada.

Pero esa nada opuesta a Dios no está vacía, sino que está cargada con el peso de todas las riquezas de un mundo en expansión. *Elegir la nada, para los hombres de hoy, no es aceptar el vacío, es poseerlo todo:* los autos, los viajes, el «confort» electrodoméstico, la cultura, el pensamiento y el amor, los amores, liberados al fin de las barreras de que el cristianismo los había rodeado.

Los prestigios humanos, los vínculos con la ciudad, el ejemplo de los grandes, las tradiciones que antaño aureolaban a las religiones, cualesquiera que fuesen, caen y desaparecen: la causa de Dios no tiene más que a Dios para defenderse. No estamos ya en las escaramuzas de vanguardia del anticlericalismo y la persecución —aun cuando también existan—, ni en las guerrillas de retaguardia.

David está de nuevo frente a Goliat, el de la armadura invencible. Comprendemos bien la actualidad típica de este episodio. En el combate singular con que Goliat está seguro de acabar con el Israel de Dios, el apóstol acepta el reto: David obtiene de Saúl permiso para salir a luchar contra el gigante filisteo: «un niño contra un hombre avezado a la guerra desde su juventud» (1 Sam 17, 33). Se enfrenta al guerrero con sólo su honda y cinco guijarros del torrente, pero su apoyo es Dios. A los insultos del filisteo responde: «Tú vienes contra mí con espada y lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yavé...» (1 Sam 17, 45).

Sabido es el desenlace, pero conviene recordar el episodio, frecuentemente olvidado, que precede al combate. Saúl había querido revestir a David con sus arreos militares: «Le puso sobre la cabeza un casco de bronce y le cubrió de una coraza. Después David se ciñó la espada de Saúl sobre sus ropas y probó de andar, pues nunca había ensayado la armadura; y dijo a Saúl: "No puedo andar con estas armas, no estoy acostumbrado"; y, deshaciéndose de ellas, cogió su cayado...» (1 Sam 17, 38-40).

De modo similar, el apóstol, si quiere afrontar el combate singular con la incredulidad de hoy, debe renunciar a encajarse la armadura propia de Saúl y de Goliat: sus armas son totalmente diversas, y la primera de todas es su pobreza. Frente a la incredulidad masiva, *la fe*. Frente a las riquezas, el prestigio y la técnica, *la pobreza*. Porque la pobreza es la consecuencia visible de la fe, la actividad de quien lo espera todo de otro y el signo de quien se apoya únicamente en Dios.

Fe y pobreza —hay que escribirlo y subrayarlo sin cesar— son la respuesta propia y eminentemente apta para el tiempo actual, el remedio verdaderamente específico para afrontar y curar la herida de la incredulidad de esta mitad de sigo.

Ser pobres de hecho, ser pobres de corazón, una única y doble pobreza —como la caridad— a la cual sólo podremos acercarnos lentamente, y yo diría que pobremente, es decir, poco a poco, paso a paso. No es fácil despojarse de un golpe, pero se puede tender cada día a la sencillez, al desprendimiento, a la confianza en Dios solo. «Hoy más que ayer y menos que mañana»: ¿se trata de una simple divisa amorosa o, más exactamente, es la divisa de todos los amantes del mundo, incluidos los de Dios y los de la santa pobreza?

La pobreza exterior sin la humildad de corazón conduce al peor fariseísmo que pueda amenazar al apóstol. El relajamiento de la pobreza efectiva esteriliza el apostolado; buscar la comodidad no sería lo más grave, pero lleva a buscar apoyo en algo fuera de la sola palabra de Dios: es volver a la armadura de Seúl.

Así, pues, el misterio de la participación del apóstol, firme «como si viera al invisible», en la obra de Dios; el apoyo del apóstol en esta sola Palabra; la pobreza, que le despoja de todo cuanto podría ocultar que su único recurso está en ella: he ahí tres realidades ligadas la una a la otra, que se exigen, que se completan.

En otros tiempos —¿era un bien, era un mal?—el combate apostólico estaba circunscrito menos netamente; en otros tiempos —era, también, un simple hecho, ni bueno ni malo—, los medios apostólicos eran más diversos. El rostro maternal de la Iglesia, reflejo del rostro de Dios, se mostraba a través de mil solicitudes: las obras para la juventud, los hospitales, las escuelas, las bibliotecas populares... Un sacerdote generoso podía agrupar, en torno a aquellas obras, numerosas buenas voluntades. Hoy día, en nuestras modernas ciudades, hay una oficina municipal que detenta las llaves de las nuevas viviendas, y en todo caso la esperanza de obtener una, y el municipio financiará locales para la juventud y el estadio de florido césped. Sería fácil prolongar la lista.

¿Qué nos queda? Nada...; es decir, nada inmediato que pueda tocarse, que pudiera servir de sostén material de la fe. Una sola cosa nos queda: un niño desvalido, pobre, desnudo, ¡pero este niño del pesebre es Dios! Y esto basta. En cierto modo, nos hemos visto reducidos —¡qué maravilla!— a no tener más que una religión religiosa, incluso sin los ángeles que avisa-

ban a los pastores de las cercanías o a los magos del Oriente. La grandeza del papel misionero queda así centuplicada: David acepta el reto de Goliat y no tiene por armas ni siquiera unos guijarros, sino únicamente éstas de que habla san Pablo: «Aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne. Pues las armas de nuestra milicia no son carnales, pero tienen, por la virtud de Dios, el poder de derribar las fortalezas» (2 Cor 10, 3-5).

Jesús nació desvalido y pobre, ciertamente, para testificar su amor a los desvalidos y a los pobres del mundo entero hasta el fin del mundo, pero su humilde nacimiento tiene una motivación todavía más profunda. Nada es digno de Dios, nada está a su altura para recibirle, ningún ornato, ningún palacio, ninguna sabiduría humana. Por eso Dios eligió lo que no era nada, porque allí no hay ninguna ridícula competencia ni falsas seudoriquezas. Dios acude solamente allí donde Él lo es todo, al pesebre, en la pobreza de hecho; a María, en la pobreza de corazón.

2. Evangelizar

Desde el día memorable y único en la historia, en que un hombre «que respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor» (Hech 9, 1) se vio envuelto en una luz que sumaba su resplandor al del pleno mediodía, traspasado hasta el alma por esta voz: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hech 9, 5), y derribado en el camino de Damasco, es imposible pronunciar las palabras «apóstol» y «evangelizar, sin volverse hacia san Pablo. ¿Quién podría rivalizar con él? Su conversión, sus palabras, sus gestos, su vida, el fuego que le abrasa hacen de él «el único después del Único... Pero tenemos algo más, porque el mismo Señor ha autentificado a su apóstol: «Este es para Mí vaso de elección, para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel» (Hech 9, 15). El discípulo será llevado en adelante por el Maestro, y por la vía real: «Yo le mostraré cuánto habrá de padecer por mi nombre» (Hech 9, 16).

La vocación del apóstol la buscaremos, pues, en san Pablo, y le preguntaremos qué es lo que él entiende por evangelizar: «¡Ay de mí si no evangelizare» (1 Cor 9, 16). Esta frase es inolvidable en su brevedad, pero todo su vigor consiste en que es, en labios de san Pablo, un grito desgarrador surgido de lo más hondo de sus entrañas. Evangelizar, para él, es ante todo una necesidad, no algo potestativo, no algo así como: «sería para mí una pena no anunciar el Evangelio»; lo que él quiere decir es esto: «mi desgracia es segura si no lo anuncio.,,

Porque él sabe, y lo dice inmediatamente, que: «Predicar el Evangelio no es para mí un título de gloria, sino una necesidad que me ha sido impuesta» (1 Cor 9, 16). ¿Por qué? Porque «la iniciativa de esta tarea no viene de mí —dice—, ...es un encargo que me ha sido encomendado» (1 Cor 9, 17). Y el grito de Pablo no es ya el del hombre que era antes, «libre respecto a todos», sino el de alguien que «se ha hecho esclavo de todos para ganarlos a todos» (1 Cor 9, 19); y si añade que: «castigo mi cuerpo y lo esclavizo», lo hace, nos explica él mismo, «para que no suceda que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado» (1 Cor 9, 27).

Nunca podrá decir otra cosa que esto: «Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios»... (Ef 1, 1). Esta es su tarjeta de visita, y no la cambiará. A los romanos les dirá lo mismo: «Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, puesto aparte para anunciar el Evangelio de Dios» (Rm 1, 1). Escribiendo a Tito, se presenta del mismo modo: «Pablo, siervo de Dios, apóstol de Jesucristo para llevar a los elegidos de Dios a la fe y al conocimiento de la verdad», pero aquí la tarjeta de visita se transforma en catequesis, y continúa: «esa verdad ordenada a la piedad en la esperanza de la vida eterna»... (Tit 1, 1-2). Pablo no sale de aquí, y cuando concluye sus cartas siente la necesidad de repetirlo: «Lo he llenado todo del Evangelio de Cristo», escribe a los romanos (Rm 15, 19); y a los efesios: «Orad también por mí, para que al hablar se me pongan palabras en la boca, con que anunciar con franca osadía el misterio del Evangelio, del cual soy mensajero, en cadenas, a fin de que halle yo en él fuerzas para anunciarlo con libre entereza, como debo» (Ef 6. 19-20). De este modo, se hace eco fiel del envío de los apóstoles el día de la Ascensión: «Id, hacedlos discípulos a todos» (Mt 28, 19).

Podría servirnos de conclusión una frase del pintor Braque: «Con la edad, el arte y la vida acaban formando una sola cosa», para san Pablo, evangelizar y vivir se funden en un todo.

«Lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados» (Mt 10, 27), había dicho el Señor: habiendo recibido «la inteligencia del misterio de Cristo» (Ef 3, 4), sabiendo que ese secreto debe ser manifestado hoy a todos, el Apóstol se siente sobrecogido de respeto ante la grandeza del hecho:

«Revelación de un misterio tenido en secreto en los siglos eternos, pero manifestado ahora... dado a conocer a todas las naciones para que se rindan a la fe» (Rm 16, 25-27). Y la desproporción entre el heraldo y el mensaje le asombra más aún: «A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo, y darles luz acerca de la dispensación del misterio» (Ef 3, S). Se comprende, pues, su exclamación: «Y para esto ¿quién es idóneo?» (2 Cor 2, 16). ¿Cómo osaría él ser apóstol, a no ser llevado por esa necesidad imperiosa que ha penetrado su persona y su vida?

Esta actitud del Apóstol por excelencia debe ser la del discípulo: «Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús...: Predica la palabra... haz obra de anunciador del Evangelio, cumple tu ministerio...» (2 Tim 4, 1-5). Y esta intimación que san Pablo dirige a Timoteo resulta aún más solemne

por el momento en que fue pronunciada: es la última carta del Apóstol; poco después será decapitado.

¿Cuál es el contenido de este misterio? Pablo no puede decirlo sin «doblar las rodillas ante el Padre»: «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, y conocer la caridad de Cristo, que supera todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios, (Ef 3, 14, 17-19).

Se comprende que la Iglesia haya elegido este pasaje como «leitmotiv» de la misa del Sagrado Corazón, fiesta del amor de Dios a todos los hombres, puesto que «los gentiles han sido admitidos a la misma herencia» (Ef 3, 6). La misión del evangelizador es, pues, evidente: anunciar «a tiempo y a destiempo, ese amor inmarchitable y sin exclusivismos que supera todas nuestras categorías, esa verdadera buena nueva en la que todo lo demás no es sino marcha de aproximación o consecuencia.

Ahora bien, este anuncio fundamental es la verdad que generalmente nos ocupa menos en la acción diaria. Un sacerdote recién ordenado contaba que, habiendo cometido la imprudencia de ir a visitar a una tía suya en un convento de contemplativas, éstas le pidieron una plática improvisada: «¡Pero si no he preparado nada!» —«No importa, ¡háblenos del amor de Dios!» El joven sacerdote añadía, no sin humor: «¡El amor de Dios, el amor de Dios...! ¡Me quedé de una pieza!»

Esta anécdota no pretende ser un argumento, pero no deja de ser un risueño símbolo de una situación mucho más seria: el número de anunciadores del amor de Dios es, en fin de cuentas, muy reducido. Echemos la cuenta de los sacerdotes, religiosos, militantes seglares, que conocemos. En serio, ¿cuántos son, entre ellos, los apasionados de ese anuncio? ¿Cuál es su porcentaje? ¿El diez por ciento? No me atrevo a afirmarlo.

Al lado de ellos, ¿cuántos apasionados por los métodos de apostolado, los problemas sociales, intelectuales, sicológicos, artísticos, políticos, que sé yo? Y, sin ir tan lejos, yo mismo, tan persuadido de la primacía de este anuncio del Dios-Amor, ¡qué mínima es la parte que le concedo cada día! Lo mismo en los grandes acontecimientos que en las cosas más menudas.

* * *

San Pablo, por el contrario, no se desvía jamás de esta misión. Cuatro o cinco años antes de su última declaración a los efesios, les explica lo mismo a los gálatas, y, gracias a estos hombres versátiles, podemos contar con la doctrina más completa relativa a la evangelización. El apóstol es siempre el hombre que transmite la revelación recibida de Jesucristo: «Os hago saber, hermanos, que el Evangelio por mí predicado no es de hombres, pues yo no lo recibí o aprendí de los hombres, sino por revelación de Jesucristo» (Gál 1, 11-12). .

Este texto, en pleno rigor, no es aplicable más que a los doce y a san Pablo: solamente ellos recibieron directamente del Señor la revelación y, después de su muerte, nadie podrá añadir nada a su contenido Esta revelación que les fue hecha a los apóstoles se transmite en la Iglesia mediante el magisterio, que cuenta con la asistencia divina. Pero corresponde a cada cual adherirse personalmente a esa Palabra divina mediante la fe viva ilustrada con los dones del Espíritu Santo. En esta luz de la fe y de los dones el alma encuentra verdaderamente a Dios. Así, pues, no deja de ser cierto que nuestra evangelización no puede ser otra cosa que el fruto directo de la unión personal e íntima que tenemos con el Señor. Cualquiera que sea nuestra formación, es necesario en cierto modo que podamos repetir por nuestra cuenta la frase de san Pablo: «por revelación de Jesucristo», o lo que los samaritanos decían a la mujer que los había guiado hasta el Señor: «Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4, 42). Esta es el alma del apostolado: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos... os lo anunciamos», escribe san Juan a las primeras Iglesias (1 Jn 1, 1).

Pero san Pablo no lo ha dicho todo aún: algunos versículos más adelante, a pesar del estremecimiento interior que se apodera de él cada vez que habla de la gracia del apostolado, va a mostrarse más didáctico todavía. En una frase, resume los tres elementos de la vocación de apóstol: al contacto directo con el Señor, que revela su misterio, añade la certeza del llamamiento y del envío a los paganos:

«Pero cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia (he aquí el llamamiento),

para revelar en mí a su Hijo (he aquí el contacto), anunciándole a los gentiles» (he aquí el envío) (Gál 1, 15-16).

Estos tres elementos son una constante de la vocación apostólica; los encontramos reunidos desde la primera convocación de los doce por el mismo Jesús:

«Llamando a los que quiso (el llamamiento),

vinieron a Él, y designó a doce para que le acompañaran (el contacto)

y para enviarlos a predicar (el envío)» (Mc 3, 13).

Llamado, penetrado, enviado por el Señor para anunciarle: tres gracias iniciales cuya iniciativa parte totalmente del Señor («a los que quiso... desde el seno de mi madre…»), pero tres gracias inseparablemente unidas que van a exigir del apóstol la más alta fidelidad y constancia.

La misma frase de Ananías, la primera que Pablo escuchó, debe poder ser aplicada en cierto modo a cada apóstol: «El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conocieras su voluntad y vieras al Justo y oyeras la voz de su boca; porque tú le serás testigo, ante todos los hombres, de que le has visto y oído» (Hech 22, 14-15).

3. El llamamiento

Responder a él resulta a veces fácil: «Heme aquí», dice Samuel inmediatamente al escuchar la voz misteriosa que se deja oír en la noche; pero Samuel es todavía un niño, y tiene la espontaneidad del niño.

Isaías reacciona también con prontitud: la voz del Señor le llama:

«¿A quién enviaré y quién irá de nuestra parte? Y yo le dije: Heme aquí, envíame a mí. — Y Él me dijo: Ve...» (Is 6, 8).

Otras veces, por el contrario, el profeta se siente sobrecogido de espanto:

«Me llegó la palabra de Yavé, que decía: "Antes que te formara en las maternas entrañas te conocí; antes que tú salieses del seno materno te consagré y te designé para profeta de pueblos."»

Conocida es la temerosa respuesta de Jeremías:

«¡Ah, Señor, Yavé! No sé hablar. Soy todavía un niño. Y me dijo: No digas: soy todavía un niño, pues irás a donde te envíe Yo, y dirás lo que Yo te mande. No los temas...» (Ser 1, 4-8).

Pero la respuesta raramente resulta difícil al primer llamamiento. La dificultad llega más tarde, cuando los errores, el cansancio, los fracasos y el decaimiento han invadido el alma del apóstol. Se había disparado como una fecha: «Vais a ver lo que vais a ver. Ellos (los viejos) no comprendieron nada»; pero un día, como el profeta Elías, se comienza a murmurar: «¡Basta, Yavé! Lleva ya mi alma, que no soy mejor que mis padres» (1 Re 19, 4).

Jeremías expresa estos sentimientos. Recuerda la alegría de los primeros días: «Tú me sedujiste, ¡oh Yavé!, y yo me dejé seducir. Tú eras el más fuerte, y fui vencido» (Ser 20, 7).

Pero la tarea es demasiado dura, y el profeta no puede más:

«Siempre que les hablo tengo que gritar, tengo que clamar: ¡Ruina, devastación! Y todo el día la palabra de Yavé es oprobio y vergüenza para

mí. Y me decía: No pensaré más en ello, no volveré a hablar en su nombre» (Jer 20, 8-9).

Y este grito terrible, preludio de la vocación renovada:

«¿Ha de ser perpetuo mi dolor, está gangrenada mi herida y se ha hecho incurable? ¡Ah! ¿Vas a ser para mí arroyo falaz, con cuyas aguas no se puede contar? Y Yavé respondió: Si tú vuelves, Yo te haré volver a mi servicio. Si sabes distinguir lo precioso de lo vil, seguirás siendo mi boca» (Ser 15, 18-19).

Al apóstol le sucede lo mismo que al profeta: su verdadera respuesta, su verdadero compromiso no vienen sino en un segundo tiempo. Lejos de ser una contraindicación, la prueba del acerbo descubrimiento de nuestra incapacidad fundamental constituye el auténtico punto de partida: lo anterior no había sido más que un galope de ensayo, cuyo aspecto brillante ocultaba su fragilidad. Dios tiene su método; y raramente lo cambia. Moisés, ante el egipcio que «maltrataba a un hebreo, a uno de sus hermanos» (Ex 2, 11), escoge el papel de defensor de su raza y pasa a la acción con la espontánea vehemencia que todos sabemos. Pero, si Dios le quiere efectivamente en este servicio, no es ésta todavía la hora, ni tampoco habrá de realizarlo, por supuesto, de esa manera: necesitará varias decenas de años de espera, de purificación en el desierto, y cuando Dios, que le había llamado desde el principio, le envíe, es sobradamente conocido el espanto del hombre y el extraordinario diálogo en que Moisés lucha por verse libre de ese peso apostólico: «¿Y quién soy yo para ir al Faraón? —Yo estaré contigo... —¿Y si me preguntan cuál es tu nombre? —Esto dirás a los hijos de Israel: Yavé, el Dios de vuestros padres, me manda a vosotros... —...No van a creerme; me dirán que no se me ha aparecido Yavé...»

Yavé hace entonces dos prodigios extraordinarios, pero Moisés persiste en su negativa:

«Señor, yo no soy hombre de palabra fácil... y, aun ahora que estoy hablándote, se me traba la lengua.»

—«¿Y quién ha dado al hombre la boca, y quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy por ventura Yo, Yavé? Ve, pues; Yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir.»

—«¡Ah, Señor!, manda tu mensaje, te lo pido, por mano del que debas enviar» (Ex cap. 3 y 4).

Es capital para los apóstoles comprender la necesidad de esta purificación: Dios prende en nosotros una llama, pero es preciso que ésta con-

suma primero lo más humano de cuanto hay en nosotros, nuestras atracciones, nuestra naturaleza, nuestras inclinaciones. No es que la naturaleza y la inclinación de nuestras actitudes sean malas; Dios elige a sus servidores y los califica, pero es necesario que todo eso desaparezca en una alquimia misteriosa hasta tener como único motivo de acción el llamamiento de Dios que envía: *«In nomine Domini»* (la divisa de Pablo VI).

Mientras la naturaleza y la gracia coinciden, la acción es agradable y fácil: sigue siendo todavía demasiado humana, y Dios sabe mejor que nosotros hasta qué punto la entorpecen nuestros repliegues sobre nosotros mismos y nuestras complacencias. Como en el caso de Gedeón, cuyos soldados redujo Yavé en más del 99 por ciento (de treinta y dos mil a trescientos, cfr. Jue 7), por temor a que el pueblo se imaginase ser el propio artífice de la victoria, Dios quema el 99 por ciento de nosotros mismos, ¡pero con ese uno por ciento restante hará maravillas!

Mons. Journet, en la mina inagotable de su *Eglise du Verbe Incarné*, cita hermosos textos a este propósito. Séame permitido transcribirlos para el día en que alguno de nosotros sea sometido a la «operación Gedeón». Es preciso que nos persuadamos de ello por anticipado, a fin de que se convierta para nosotros en un reflejo el día que entremos en esta purificación: porque, y por definición, esta purificación se realizará en tal momento bajo apariencias completamente diferentes. El texto es del P. Clérissac a propósito de Newman:

«Cuando el hombre que sueña con una gran obra religiosa es un gran sensitivo, acaricia esta obra como fruto de su arte personal; como verdadero artista pone en ella sutiles exigencias y ardores febriles. Ahora bien, las obras de Dios y de la Iglesia son frutos de razón y de sabiduría; y, además, no es conveniente que se las pueda atribuir al capricho, ni siquiera al genio de un artista humano. Dios, pues, hace al artista el honor de presentir y de anunciar la obra, pero reserva a su Iglesia el realizarla, a veces mediante instrumentos más humildes. Esta prueba, esta ley de purificación de lo individual y de lo humano, les es impuesta a las ideas lo mismo que a las obras»[1].

Esta prueba, noche oscura del apóstol, es inevitable. Un vivo símbolo de esta realidad lo encontramos en los vuelos de los cosmonautas: sabido es que en los momentos de aceleración y desaceleración intensos, no pue-

---

[1] JOURNET, tomo I, p. 485, citando *Le mystère de l'Eglise*, p. 131.

den contar más que con los reflejos pacientemente elaborados anteriormente: el «velo negro» existe para el apóstol como para los conquistadores del espacio.

El P. Clérissac continúa:

«Se ha dicho que es preciso saber sufrir no solamente por la Iglesia, sino también a causa de la Iglesia. Si hay alguna verdad en esta expresión, es en el sentido de que a veces necesitamos ser tratados enérgicamente, ser mantenidos en la sombra, en el silencio y bajo todas las apariencias de la desgracia, y tal vez por no haber aprovechado suficientemente los favores y los avances de la Iglesia en otros tiempos.

«Por otra parte, no lo dudamos, este trato enérgico, haciéndonos cooperar eficazmente al orden y a la santidad de la Iglesia, nos será el equivalente sobrenatural de una misión. En todo caso, el signo cierto de que conservamos la plenitud del Espíritu consiste en no admitir jamás que podamos sufrir a causa de la Iglesia de distinta manera a cómo podemos sufrir a causa de Dios.»[2]

Poseemos el texto en que el mismo Newman se explica: «Hay un tiempo para cada cosa; más de un hombre desea la reforma de un abuso, el desarrollo más completo de una doctrina, o la adopción de una medida disciplinaria particular, pero olvida preguntarse a sí mismo si ha llegado el tiempo conveniente para realizar esos proyectos, y, sabiendo que nadie en su tiempo hará nada para la realización de sus deseos a menos que lo haga él mismo, no escuchará la voz de la autoridad y estropeará en su siglo una obra útil, de tal modo que otras, que aún no han nacido, no encontrarán ya en el siglo siguiente ocasión favorable para llevar aquella obra a feliz perfección. Este hombre puede parecer a los ojos del mundo un audaz campeón de la verdad y un mártir de la libre opinión, cuando en realidad es uno de esos hombres a quienes la autoridad competente debe imponer silencio.»

* * *

Dios llama, como quiere y para lo que Él quiere. Pero antes prepara a su enviado, y el corazón del apóstol queda secretamente herido incluso an-

---

[2] ID., Tomo II. p. 507. citando a Clérissac, p. 134.

tes de que se sepa llamado: Dios le ha hecho adquirir conciencia de una miseria particular, de un vacío que es preciso llenar. Según la forma de sensibilidad que Dios haya dado a ese corazón, la vocación adquirirá un matiz diferente y conducirá a compromisos diversos: el hambre, el frío, la enfermedad, y la muerte son otros tantos llamamientos permanentes; el subdesarrollo, la injusticia social, la ausencia de promoción humana, el desprecio a la persona son igualmente necesidades apremiantes. ¡Y tantas otras!

El discípulo de san Pablo, por su parte, ha sido llamado a adquirir conciencia de la espantosa miseria —a sus ojos la más espantosa de todas— que es la ausencia y la ignorancia de Dios: «Recordad que un tiempo estuvisteis sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2, 12). Esta miseria le parece que llega a su paroxismo cuando se abate sobre el pequeño y el pobre. No sólo porque el pobre se ve privado de otros bienes, sino porque, estando en los umbrales mismos de Dios, permanece desviado de Él. «Estar sin Dios ni esperanza en el mundo» es para el apóstol la miseria absoluta: él, que se sabe pecador a pesar de la claridad de Dios que ilumina su ruta, se pregunta con angustia cómo avanzarán los que caminan en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

Esta experiencia de la más profunda miseria del hombre —«conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento» (Is 1, 3)— es insustituible. Quien se ha sentido herido por la miseria de la incredulidad y del ateísmo no necesita leer muchos textos de los teóricos para convencerse de ello, ni acumular las tesis de sociología: el llamamiento del Señor al apostolado penetra por su herida y, según la profundidad de ésta, seremos más o menos profundamente apóstoles.

No debemos dejar que esta herida cicatrice, y lo que ante la incredulidad se nos pide no es una excitación artificial, sino una mirada siempre alerta.

Esta ausencia de Dios la encontramos por todas partes: en el tren, en el autobús, en las conversaciones o en un salón de té, en el taller ruidoso de la fábrica lo mismo que en el ambiente confortable de los cuadros de mando o en los grupos de jóvenes que petardean sobre sus motos. Pero, en ciertos lugares y ante ciertos contrastes, nos hiere más aún.

Pienso en las bases de extracción de petróleo, y no me atrevo a añadir

«en el Sahara», porque los aviones de todo tipo, los camiones gigantes, la electricidad, las piscinas, los climatizadores, lo convierten en una realidad que en nada se parece al desierto que esta palabra evoca.

Ciertamente, uno queda literalmente deslumbrado por la belleza de este país: una luz envolvente que con su esplendor hace adivinar lo que es la presencia de inmensidad y de intimidad de Dios, una gradación de matices en la arena que representan todos los tonos posibles del gris, desde el más claro hasta el malva, y cada tono diversificado aún por los relieves, los altibajos, las dunas y hasta las ondulaciones que el viento forma en el suelo.

Es una delicia contemplar morosamente un paisaje tal, en su vasta amplitud lo mismo que en sus detalles. Y si por ventura ha llovido, basta arañar la arena para descubrir tallos de algunos milímetros que han germinado de minúsculas semillas. ¡Todo esto es maravilloso y está lleno de Dios!

Bella y admirable es también la técnica del petróleo. Las torres de exploración, de cuarenta y cinco metros de altura, con su árbol de transmisión y su trépano, que penetra hasta tres o cuatro kilómetros bajo tierra; las antorchas, extraordinarias de violencia y de color, que iluminan la noche. Las autopistas, cuyos carteles limitadores de velocidad piden que no se tome la curva a más de cien por hora y que, en pleno desierto, tienen cambios de dirección y «tréboles» dignos de América. Todo esto es también hermoso y bueno, como lo es la magnificencia de una industria cuya herramienta más modesta vale 80 ó 100 millones, en que el avión sustituye al taxi para llevar un sondeador a su trabajo o repatriar a un herido incluso no muy grave.

¡Pero qué desierto espiritual!

Jamás fue tan actual la palabra del Evangelio: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo (del oro negro), si él se pierde y se condena?» (Lo 9, 25). Generosamente pagados, abundantemente alimentados, hábilmente distraídos, esos obreros e ingenieros que viven lejos de los suyos no conocen, durante nueve semanas, ni domingo ni Navidades, ni fiesta alguna: «¡Ah, sí!; el domingo —decía un muchacho—es el día en que, a mediodía, se hace el ensayo de las sirenas.» Todo está pensado, organizado fuera de Dios: Dios está allí socialmente ausente; no hay siquiera anticlericalismo, sino una indiferencia fría y cortés: «¿Dios? ¿Y qué quiere usted decir con eso?» Porque Dios ha venido a ser una cosa parecida a esas cartas que nos devuelven con la indicación: «Desconocido, no vive en la di-

rección indicada.»

En este sentido, esta industria, la más moderna, se presenta como una tierra de misión en estado puro. En efecto, no existe esa mezcla de problemas políticos, sindicalistas y otros que conocemos; pero es más angustioso aún, por lo vivamente que se percibe el desnivel entre el plano de las extraordinarias técnicas puestas en acción y el plano espiritual tan bajo. El desierto geográfico ha sido sustituido por el desierto espiritual.

Allí se palpa con la mano que «el honor de Dios necesita ser vengado», como dirían los salmos; quitando a esta expresión todo lo que pudiera tener de agresividad, digamos: ser vengado con un amor tanto más interior y fiel. El llamamiento al apostolado apremia entonces al discípulo: ¿Habrá muerto Cristo en vano?

* * *

Queda por franquear una nueva etapa, una nueva herida que sufrir, cuando el apóstol descubre que la ausencia de Dios no es una simple actitud de hecho, sino que esta indiferencia se apoya en una doctrina.

Esteban Borne, en su vigoroso librito *Dieu n'est pas mort*, describe la novedad del ateísmo actual. Un mundo sin Dios no es cosa nueva y, ya en el salmo, «dijo el necio en su corazón: No hay Dios» (Sal 53, 2). Pero con sus mismas palabras daba la prueba de su insensatez. Ahora bien, esto ha sido cierto hasta Nietzsche y Marx, los geniales discípulos de Feuerbach, pero a partir de ellos el mundo cree no poder crecer sino en la proporción exacta en que se desembaraza de la idea de Dios: «Si lo positivo, lo esencial en la determinación de la naturaleza de Dios está tomado de la naturaleza del hombre, el hombre quedará despojado de todo lo que se le dé a Dios. Para enriquecer a Dios, hay que empobrecer al hombre.»[3]

Todo está dicho en esa frase, y la tesis se presenta en su desnudez casi matemática. Según su genio particular, Marx, Nietzsche o Sartre la revestirán con su propia seducción. «El hombre, dirá Marx, no puede ser su propio dueño sino cuando se debe la existencia a sí mismo... El ateísmo es una negación de Dios, y con esta negación de Dios echa las bases de la

---

[3] FUERBACH, *La esencia del cristianismo*, citado por BORNE, p.31.

existencia del hombre.»[4] A partir de ahora, Marx, analista tan profundo de las taras del siglo XIX, va a hacer de este pensamiento el hilo conductor que permitirá construir el mundo nuevo.

El pensamiento de Nietzsche lo resumen seis líneas: «Hombres superiores, ese Dios ha sido vuestro mayor peligro. No habéis resucitado sino desde que El yace en la tumba. Solamente ahora viene el gran mediodía; ahora el hombre superior se convierte en dueño... Solamente ahora la montaña del porvenir humano va a parir. Dios ha muerto, ahora queremos que el superhombre viva.»[5]

Ahora bien, estos pensamientos, deformados, diluidos, pero realmente subyacentes, los encontramos en muchos de nuestros vecinos, amigos o conocidos... En la esquina de cada calle beben este veneno como agua, asombrados y orgullosos de que no por ello les va mal.

Quien ha sido herido en su amor a Dios, viéndole mofado, relegado al cuarto de los trastos, olvidado, ése está presto a escuchar el llamamiento del Señor. Quien presiente, en su amor a sus hermanos de humanidad, la miseria sin nombre que brotará algún día de lo más profundo de esos hombres y esas mujeres vacíos de Dios, ése está también presto para escuchar el llamamiento del Señor. El amor que ese hombre siente hacia Dios, que no vaciló en entregar su propio Hijo a esta humanidad tan ingrata, el amor que ese hombre siente hacia sus hermanos, a los que ha visto mutilarse de su más bella paz y correr ansiosos hacia los tranquilizantes farmacéuticos o las drogas, ese doble amor ante tanta inmundicia, le hará escuchar el llamamiento del Señor. Monje, se consagrará más exclusivamente a vivir ante Dios solo en nombre de todos los hombres y por ellos, compensando, invirtiendo su locura; apóstol, irá a mezclarse con la muchedumbre para recordarla sin cesar, con su vida y con su palabra, lo único esencial.

Mientras los hombres estén infectados de esta plaga de la indiferencia para con Dios, mientras dentro de sí mismos una doctrina, rica con todo el dinamismo del mundo moderno, mantenga su incredulidad en una apacible certeza, el apóstol llevará esta herida abierta en su propio ser. Pero, al mismo tiempo que sufre este mal, el apóstol está seguro con una certeza de fe, y por lo tanto absoluta e inquebrantable, del trabajo permanente de Dios en las almas, de sus secretas llamadas dentro de los corazones.

---

[4] MARX, *Economie politique et philosophie,* citado por BORNE, pp. 27-28.

[5] NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, citado por BORNE, p. 28.

Cuanto más el mundo actual, con sus ritmos y sus técnicas, tiende a relegar la fe al margen de la sociedad, tanto más el apóstol, respondiendo al llamamiento del Señor, segrega, por su misma herida, la antitoxina victoriosa, su fe: Dios es más grande que todo, y la indiferencia y el ateísmo no son más que una gota de rocío ante el calor de su sol.

De ahí nuestra alegría y la certeza de la utilidad de nuestras vidas de siervos, aunque seamos «siervos inútiles». «Así, pues, hermanos míos muy amados, manteneos firmes, inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor, teniendo presente que vuestro trabajo no es vano en el Señor» (1 Cor 15, 58).

4. La presencia creciente del Señor

El apóstol ha escuchado el llamamiento y emprende la partida: el contacto con los hombres, las conversaciones, las amistades no le faltarán. De todo eso tenemos, lo tendremos para dar y vender, más de lo que seamos capaces, pero el gran negocio de nuestras vidas consiste en ser hombres de Dios, que viven de Él, con Él, por Él. Y esto es lo que los hombres esperan de nosotros: «Por dondequiera que pasa un santo, siempre deja algo», decía el Cura de Ars.

«¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si él se pierde y se condena?« (Lo 9, 25). Estas palabras tienen aplicación tanto a la ganancia sórdida del avaro, a la investigación exclusiva del sabio, como al «apostolado» cuando va acompañado del olvido del Dios vivo y personal. Moisés conduce a su pueblo en esa marcha hacia la Tierra Prometida que representa la historia de toda la humanidad. Ahora bien Moisés es el hombre a quien Dios habla «como u amigo habla a su amigo» (Ex 33, 11). La vida cristiana jamás será otra cosa que una amistad del hombre con Dios, y si hay alguna definición de la caridad hacia la cual debamos volver sin cesar como al manantial de nuestra juventud y de nuestro asombro es la de santo Tomás de Aquino: «la caridad es una amistad con Dios.» Esta breve frase sin brillo es más fulgurante, si la hacemos estallar en su pleno significado, que mil soles atómicos.

Nosotros, sin duda, hubiéramos pronunciado la palabra «amor», más vigorosa a primera vista; pero es otra palabra de «amistad» recogida de los labios de Señor: «Yo os llamo amigos» (Jn 15, 15) nos lleva más lejos. Dios-Señor, dueño eterno, temible, Dios-Padre fuente de nuestro ser, ternura infinitamente dadivosa: ¡qué abismos, pero que se mantienen en un dirección única! Dios-Amigo, y hemos entrado en la reciprocidad. Con una intuición teológica genial, santo Tomás de Aquino nos va a hacer penetrar más adentro en esta sorprendente realidad: no solamente se toma en serio la palabra del Señor, sino que, después de preguntar al viejo Aristóteles qué es la amistad, santo Tomás aplica la noción humana que de él recibe al

encuentro recíproco y prolongado del hombre con Dios.

Una amistad es, en primer lugar, lo opuesto al egoísmo: es poner al amigo delante de uno mismo, querer su bien, y he aquí al hombre que, para ser amigo de Dios, se eleva hasta querer el bien de Dios para el mismo Dios. Se alegra de que Dios sea Dios, y esto le importa más que su propia miseria de hombre. Quiere que Dios sea lo que es, y se adhiere a lo que Dios quiere, puesto que es nuestro amigo. Es imposible añadirle nada, darle nada —¿quién podría añadirle un rayo al sol?—, pero se desea ser el trozo de vidrio o la gota de rocío que reflejan el sol y reciben su luz: «Sed mejor conocido en todas partes, más amado, mejor servido»: la oración jocista lo expresa admirablemente.

Si la amistad se opone radicalmente al egoísmo, exige a cambio reciprocidad. Carmen puede cantar en todos los teatros del mundo: «Si no me amas, yo te amo, — y si yo te amo, ten cuidado de ti»; Carmen no conocerá la amistad, que exige ese mutuo cambio de dar y recibir. Santo Tomás tiene esta frase admirable: «Porque un amigo ama en su amigo a alguien que también le ama a él.» Entre Dios y nosotros, nosotros y Dios, existe una perpetua reciprocidad: Dios me ama, yo Le amo, nosotros nos amamos, y, si alguna triste circunstancia de mi vida me hace ser traidor a este amor de Dios, no puedo dudar del amor sin quiebra de Dios a mí.

Pero —tercera exigencia de la amistad según Aristóteles— el don de sí y la reciprocidad exigen, para asentarse, un terreno común. Se trata de algo mucho más que una simpatía nacida de un parecido talante espiritual, o que una afinidad, por profunda que sea: simpatía, afinidad, enriquecen la reciprocidad de la amistad, pero no la crean. La comunión-comunicación de la amistad tiene que enraizarse en un suelo nutricio común a los dos amigos: este terreno común es un fondo indiviso de ser y de vida, una comunidad en una semejanza.

Pero, entre Dios y yo, ¿puede haber un terreno común, que pertenezca en propiedad a Dios y que me pertenezca a mí también, y sobre el cual podría edificarse nuestra amistad? Lo imposible se hace realidad en la comunicación que Dios me hace de su propia vida: lo que Él es en su misterio, me lo da a mí, para que ambos, a partir de esta comunidad de ser, podamos realizar la comunión de la amistad. Así, el hombre de Dios es aquél que ha renunciado a todas las demás cosas para no ser más que el hombre de la amistad con Dios. A esto están llamados todos, no es cosa reservada a algunos especialistas; pero hay quienes un día se han sentido tan deslumbrados por ello que ya no pueden —que ya no quieren—conocer ni vivir

otra cosa. Un hombre de Dios es un hombre orientado hacia Dios y que Le encuentra en todas sus presencias. La primera de ellas es la creación misma, porque la creación es ya un signo que hace presentir a Dios.

No hace mucho tiempo, en uno de los más grandes procesos de nuestro tiempo, en el banquillo de los acusados, un hombre hacia la declaración siguiente: «Mi familia no me dio una orientación, y ni en la Biblia ni en Carlos Marx acerté a descubrir ese orden de movilización moral que yo buscaba. Tal vez creí percibirlo a través de Nietzsche; tenía que buscar mi camino... No estoy hastiado ni amargado. Sin ser un creyente, yo sé que existe algo, algo que puede descubrirse en la sonrisa de un niño, en un ramo de rosas o en un concierto de Bach.»

El hombre de Dios sabe descubrir ese lazo de unión entre el rostro de un niño, el perfume de la rosa y Dios. Su facultad de asombro queda así agrandada sin límites: un grano de polen le basta para descubrir a su creador.

El hombre de Dios posee un secreto: Dios le ha revelado su nombre, «Yo soy». Mejor aún, le ha revelado sus nombres: Padre, Hijo, Espíritu de amor, y a través de esas palabras humanas el hombre se acerca al íntimo misterio de Dios. A través de esas palabras que balbucea y que permanecen cargadas de oscuridad, entra en comunicación con cada una de las personas divinas: en ellas encuentra su alegría más honda, su pacificación, no un refugio, una evasión, sino el centro mismo, infinitamente sereno, en el que todo se recapitula. Si viviera lejos de todo esto, no se sentiría a gusto, como tampoco si dejara de ser un perpetuo amador de su amigo-Dios.

Es un hombre orientado hacia Jesucristo, la gran presencia de Dios «que habitó entre nosotros». Ese Dios de la creación, ese Verbo igual al Padre, se puso a nuestro alcance para que la reciprocidad, la comunicación, la comunión entre Dios y el hombre sean totales. «Me amó y se entregó por mí» (Gál 2, 20) y yo, a mi vez, Le doy mi vida: Se la doy no a través de una ideología, sino con un vínculo de persona a Persona. Este Cristo es tan hombre que, al igual que Yo, y según la expresión del salmo, «fue tejido en el seno de una madre» (Sal 139, 13); y a esa madre, la suya, yo la amo, yo la quiero entrañablemente, yo la elijo como madre mía, y El me la da. Y su nombre es María.

Y Jesucristo y la Iglesia son un todo inseparable: el hombre de Dios es un hombre de la Iglesia. ¿Cómo podría ocurrírseme ser un reformador de la Iglesia? ¿Voy yo a reformar a Dios? Pero ese Cristo me llama a mucho más: esa Iglesia por la cual El murió en la cruz es la humanidad entera

desde Adán hasta el Apocalipsis. Él la quiere sin mancha, sin arrugas, esplendorosa como una esposa en la mañana de sus bodas, y he aquí que mi amigo me llama a continuar lo que El hizo, es decir, a completar lo que falta a su pasión, en mi propio cuerpo, por la porción de la humanidad de hoy.

El hombre de Dios es el hombre de un gran amor: Dios le embelesa, Dios le deslumbra, gusta de Dios, su bondad le asombra más cada día. Y cuanto más insensibles permanecen los hombres en torno suyo, tanto más se siente él llamado a esto en nombre de todos: «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados» (1 Pe 4, 8), un solo amor pesa más que mil ingratitudes. Por eso, en nombre de todos los hombres, se vuelve cada vez más hacia Dios para que tampoco ellos se vean privados de esta alegría, para que, a través de él, al menos entre la multitud en la que forma un todo con sus hermanos, Dios deje de ser despreciado. Nada en el mundo es tan infinitamente atractivo, tan maravillosamente distinto y totalmente sencillo como Dios: el ser más amado se agota; a Dios jamás se acaba de descubrirlo, y el hombre de Dios irá siempre de gozo en gozo.

* * *

No basta haberse dicho y repetido a sí mismo, haber predicado, explicado, que el cristianismo no es solamente una doctrina, sino el encuentro con alguien, la adhesión a una persona, la del Señor, Jesús, con quien nos une un vínculo real, misterioso y fuerte, y que todo esto hace que nuestra fe se diferencie de cualquiera otra religión; no por eso deja de ser ínfima la proporción de los apóstoles que viven en sí mismos el misterio de Cristo y no se contentan con predicarlo. La terrible enfermedad profesional del misionero consiste en creer que puede desempeñar una función al mismo tiempo que deja, más o menos, de vivir en sí mismo el misterio que anuncia.

Todos nosotros estamos amenazados de esto: convertirnos en un «profesional» de la misión, en un profesional del apostolado, en un especialista de la liturgia o de la catequesis, en un funcionario de esto o de aquello, en un profesional de la Acción Católica, incluso tal vez en un profesional del episcopado, y decir «profesionalmente» todo lo que haga falta, con satisfacción incluso; pero esa función ha prescindido de lo único necesario: vivir, sufrir en Cristo.

Se ha acabado por ser un hombre del apostolado, se ha dejado de ser

un bautizado que vive su bautismo. Se anuncia a Cristo, pero la unión con Él es débil Y con intermitencias. Se Le ha dado la propia vida, como un marido que un día entregó su vida a su joven esposa ante el juez y el cura, pero ahora se contenta con vivir simplemente al lado de ella. No se es positivamente infiel, pero la arteria a través de la cual corre la gracia está obstruida por los posos.

¿A quién de nosotros no le ha ocurrido, un día, decirse: «En fin de cuentas, yo hago por Dios tanto como el Cura X o el Padre Y?», Sí, mi trabajo está mejor organizado, he percibido mejor las tendencias actuales de la juventud, he caído más en la cuenta del papel del laicado, y todo lo que quiera añadirse..., es posible incluso que, con relación al pobre cura, simple encargado, yo tenga la categoría de jefe de un secretariado; pero estemos alerta, uno y otro, si no somos más que funcionarios y no «apasionados» de Cristo. Estemos alerta, no seamos de esa gente que desciende del Calvario diciendo: «Ha sido una hermosa ceremonia, había mucha gente...»

Basta mirar a un recién convertido: *el Señor, para él, ha sido el descubrimiento de su vida*. El Señor le habla de verdad, Cristo Jesús le da consignas precisas: «Si tu ojo te escandaliza, si miras a una mujer con mal deseo, si te acuestas con algo en tu corazón contra tu hermano... Vende lo que tienes, compra la perla única; ora en lo secreto a tu Padre; tenía hambre y me diste de comer...» Todo se lleva a cabo directamente entre Cristo y su discípulo, entre el discípulo y su Señor. Se sacia la sed en la fuente de agua que salta hasta la vida eterna. Entre el convertido y Cristo no se ha interpuesto toda esa serie de presas y trasvases que transforman el agua viva en agua de grifo y al apóstol en un soldador especialista en cañerías.

Yo no digo que las presas de decantación sean inútiles: si nos fijamos, por ejemplo, en el problema del hambre en el mundo, hacen falta una F. A. O., organizaciones, máquinas estadísticas electrónicas, revistas, macro y micro-realizaciones, hay que despertar la opinión pública, y, ante la plaga que azota a mil millones de hombres, no podemos contentarnos con hacer que recen los niños de la catequesis y que den unos céntimos para «los pobres niños que mueren de hambre». Todo esto es evidente.

Pero al mismo tiempo que aumentan los medios puestos en acción, debe crecer, en proporción geométrica, la fe del cristiano que, en la persona del subdesarrollado de América, de Asia, de África o del suburbio próximo, alimenta conscientemente a Jesús de Nazaret, a El mismo, al Verbo hecho carne, al deseado de los collados eternos.

Vivir a Cristo es esto: estar directamente "injertado» en Aquél que nació en un pesebre, creció en Nazaret, predicó en los campos de Galilea, se declaró Hijo del hombre e Hijo del Padre, Aquél que dijo: "Antes que Abraham naciese, Yo soy» (Jn 8, 58) y que, con la misma verdad, dijo: "Tengo sed» (Jn 19, 28). Es proyectar, en la pantalla de televisión de nuestra vida, a Jesús presente.

Ahora bien, nosotros *diluimos* a ese Cristo, si no nos precavemos contra ello, en esas organizaciones que nos asaltan por todas partes, tan vastas y numerosas que invaden nuestro tiempo y nuestro espíritu.

Se las puede citar todas, y si olvido alguna, que no se me acuse de tener hacia ella una secreta preferencia: un cristianismo enrolado en un movimiento sindicalista o en una acción social, litúrgica o bíblica, misionera o de Acción Católica; el favorecedor de *Témoignage Chrétien,* o de la *France Catholique,* o de *L'Homme Nouveau,* el teilhardiano que descubre las dimensiones cósmicas del alfa y la omega, etc., en una palabra, todos aquéllos que se han puesto en movimiento en nombre del Señor, todos ellos están en peligro de traición y de ineficacia final si no se aferran celosamente a lo único necesario: el encuentro personal, silencioso, «sentados a los pies del Señor, escuchando su Palabra» (Lc 10, 39) ante su persona real, llamándole por su propio nombre: «Jesús, Señor», y escuchándole llamarnos también por nuestro nombre.

Ahora bien, vivir a Cristo es encontrarle en sus misterios, a Él y a su Madre, y unirnos sin cesar a todos los episodios de su vida, uno tras otro, haciéndolos desfilar en una meditación que les dará más consistencia real que todas las idealizaciones que los ilustrados derraman en nosotros. Es practicar los «retornos a Dios», que son como un «flash» suyo a lo largo de nuestras jornadas. Es, asimismo, hacer ciegamente eso que Jesús llama amar, practicar como niños pequeños sus lecciones sobre el amor, las lecciones personales que Jesús da *en su propio nombre: Pero yo os digo*...; remachar en nosotros, incorporar a nosotros esas actitudes de obediencia a Jesús. De este modo, con actitudes concretas —ofrecer la mejilla izquierda después de la derecha, las peticiones del padrenuestro, el amor a los enemigos—, Jesús dará a nuestro corazón la forma, el ímpetu de la caridad...

Vivir a Cristo es, también, encontrarle en sus modos actuales de presencia, los sacramentos, pero a condición de que éstos sean realmente modos de presencia y no unos ejercicios a los que nos sometemos más o menos generosamente. Es típico, a este respecto, el sacramento de la peniten-

cia. ¡Qué frases se han inventado para designarlo! «Vaciar el saco, hacer la colada, y, en el mejor de los casos, «tengo que ir a confesarme». ¿Nos hemos olvidado de que es un encuentro con el Señor, la renovación de nuestra amistad con Él, y, si hemos pecado gravemente, la repetición del gesto del hijo pródigo, que se levanta y se encamina a su Padre, que perdona y borra el pecado?

Del mismo modo, una misa, habitualmente no preparada, que nosotros, los sacerdotes, celebramos saltando de la «vespa» o del «2 CV» a la sacristía y al altar, una comunión hecha, de prisa y corriendo, por el fiel, ¿cómo pueden ser presencias fecundas que crean y dan amor?

Y que nadie me objete: «Nosotros no somos monjes», sacando del bolsillo una agenda atiborrada de ocupaciones cada cuarto de hora. Dios no nos ha llamado para que seamos hombres de negocios: nos pide que seamos contemplativos de su misterio y que el misterio contemplado se lo transmitamos a los demás.

El Padre Peyriguère decía a unos futuros sacerdotes: «Poned sumo cuidado para que, en el servicio a la Iglesia, no seáis un apóstol más, que habla simplemente de Cristo. ¿Cuántos dan a Cristo sin hablar de Él? ¿Cuántos, que hablan de Él sin vivirle, no Lo dan? Cristo está harto de apóstoles que hablan ¡Y tiene sed de apóstoles que Lo vivan.»

5. El envío a los paganos

El llamamiento, el vivirlo con el Señor, el envío a los paganos: tres tiempos de un mismo movimiento, cada uno de ellos inseparable de los otros dos. Griegos y judíos, ateos y creyentes, todos, sin distinción, han sido llamados «por Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 3-4). Este es el extraordinario Evangelio, que es el asombro de san Pablo desde el principio al fin de sus cartas, el ecumenismo de la riqueza de Dios ofrecida a todos los hombres: «Que son los gentiles coherederos y miembros todos de un mismo Cuerpo, copartícipes de las promesas por Cristo Jesús mediante el Evangelio» (Ef 3, 6).

A los paganos recién convertidos de Roma san Pablo les recuerda esta cadena divina de eslabones irrompibles, o, más exactamente, esta reacción en cadena que no puede menos de producirse. Para ser *salvos* es preciso *invocar* a este Señor; para invocarle es necesario *creer;* para creer es necesario *oír;* para oír es necesario un *anunciador;* para ser anunciador es necesario ser *enviado* (cf. Rm 10, 14-17). Así, el envío invisible del mensajero es el signo de que Dios, invisiblemente, está en acción para salvar: Enviado — anunciador — oír — creer — invocar — salvar.

Hay aquí una certeza que es la fuerza más poderosa del apóstol: si Dios me envía, es que Él ha decidido salvar. No todos, ¡ay! —y san Pablo lo dice—obedecerán a la Buena Nueva, pero el enviado sabe que su sola presencia es ya un signo de la voluntad de Dios, que ama a aquéllos a quienes les envía su mensajero. Si es cierto que toda oración hecha en nombre del Señor es escuchada a causa de la Palabra divina, con mayor razón todo acto hecho, inspirado y movido por el Señor ha de ser ciertamente eficaz. Esto se apoya en una verdad metafísica: Dios creador no puede hacer nada en vano; desde el momento en que llama a una criatura a la existencia es para obrar en ella y para atraerla hacia Él. Y su Providencia se sirve de sus criaturas para obrar. A condición, naturalmente, de ser verdaderamente «enviado» en nombre del Señor, y no por nuestra propia

fantasía o nuestra necesidad de actividad:

«Yo no enviaba a los profetas y ellos corrían. —No les hablaba — y ellos profetizaban. — ¿Acaso han asistido a mi consejo?» (Jer 23, 21-22).

La garantía más segura de la autenticidad del envío es la autenticidad con que hemos permitido al Señor que se apodere de nosotros, de todo nuestro ser. Pero este «para mí el vivir es Cristo» (Flp 1, 21), este «es menester que Él crezca y yo mengüe» va a verse sometido a ruda prueba en esta tercera fase. La rutina, los métodos, las empresas apostólicas mismas, en lo que implican de material, son como una vegetación parasitaria que poco a poco ahoga el vivo amor del mensajero a su Señor. Esta fase ha sido ya descrita en la parábola del sembrador, en que las zarzas ahogan la semilla caída al borde del camino, invadiendo a la larga la tierra buena del campo propiamente dicho.

El mal, hoy día, es más prolifero aún que en la parábola del sembrador, porque las espinas no son solamente las complicaciones inherentes a toda vida, o las seducciones propias de todas las épocas. Un fenómeno apostólico nuevo se ha producido hoy, con la explosión demográfica, la civilización industrial, la urbanización y la democratización de la instrucción. Se han inventado palabras terriblemente feas, pero que traducen una realidad innegable: el mundo se ha «masificado», existen «efectos de masa» semejantes a la ley de la atracción universal, y la existencia de una masa va a desempeñar un papel proporcional a su grandeza para aglutinar a los hombres en ella. Y se habla incluso de una «masa media», para designar a los medios intelectuales de comunicación.

Ahora bien, desde los tiempos de Constantino, el apóstol llegaba con ese «triunfalismo» de que hablaba Mons. de Smedt en el concilio, y la triple corona de la tiara del papa era la transcripción visible del poder, no únicamente espiritual, que, de rechazo, respaldaba a cada misionero: el número y la civilización estaban de su parte a los ojos de los cristianos de Europa y a los de los paganos más o menos salvajes de América y de África. A la vista estaba, desde luego, la dificultad de penetración de este cristianismo en las viejas civilizaciones de la China, de la India y del Japón, pero este fracaso no lo interpretaba el misionero como un caso en que el efecto de masa trabajaba ya en contra suya, privándole de influencia.

Hoy día, cuando el misionero se mezcla con las masas, está terriblemente solo, sin prestigio ni poder: se ve clasificado como un vestigio del pasado y, en el mejor de los casos, como un extraño, un ser de otro mundo. Esto puede parecer que está en contradicción con el espacio que a las ce-

remonias vaticanas dedican la radio, la televisión y la prensa, pero es un hecho que ningún misionero negará. Una vez más, no a título de prueba, sino como simple ilustración, cito esta anécdota: el día de la coronación de Pablo VI, alguien preguntó por la noche quién era el ganador de la Vuelta a Francia, y la buena mujer que había estado viendo la televisión respondió: «Esta tarde no ha habido noticias de la Vuelta a Francia, porque durante toda la tarde la televisión no ha hecho más que presentar a una especie de canónigo...» ¡Este canónigo era Pablo VI y su coronación en Roma!

Aislado, hombre de poco peso —hablo humana y sociológicamente— eso es hoy día el misionero en medio de los hombres, y el efecto de masa, proporcional a la respectiva magnitud de las aglomeraciones humanas, trabaja ahora en contra de él.

En este terreno, nada puede sustituir a la experiencia personal: del mismo modo que el apóstol descubre el llamamiento del Señor a través de la herida que recibe de la incredulidad, así tiene que descubrir esta ley de la humanidad de hoy día en la miseria de su propia impotencia.

Pienso ahora en una de las ciudades más nuevas de Alemania, donde radica la fábrica Opel. Es sin duda, una de las fábricas más americanizadas de Europa. Hay allí muchas cosas hermosas y buenas: máquinas admirables, una enfermería modelo, un fichero sanitario impresionante, duchas, lavapiés con jabón desinfectante incorporado al agua, y hasta un encantador depósito de cadáveres, color lila, para caso de accidente. Los salarios son buenos, la gente parece tranquila, libre de apasionamientos. A la salida del trabajo, es imposible distinguir a un simple obrero de un jefe.

Pero, una vez franqueada la monumental puerta de la fábrica, se le encoge a uno el corazón ante la inexpresable y punzante desproporción entre esta perfección de la fabricación, estos geniales inventos que funden, comprueban, retocan los motores, levantan y estampan una plancha de latón convirtiéndola en una carrocería, entre toda esta riqueza de medios desplegados —y no enfrente de todo esto, ni siquiera al lado, sino relegada a un rincón de la antigua aldea, conservada intacta desde los tiempos de Adam-Opel—, la pequeña iglesia de la aldea, que data de 1880. Limpia, desde luego, nada fea, pero tan apartada de todo lo que constituye la vida moderna, tan anacrónica como una vieja caja de música en medio de una orquesta sinfónica tocando a toda potencia, tan poco conquistadora en apariencia ante una industria que extiende por todo el mundo sus agencias, como indica el mapa luminoso del mundo instalado en el vestíbulo de en-

trada de la Opel.

Por supuesto, nuestras armas no son las de este mundo, y la Opel dejará de existir, mientras que la Iglesia permanecerá siempre viva. Viva, sí; pero frente a esta gigantesca y genial fábrica, ella, la iglesia del lugar, está en letargo. Y, sin embargo, sus excelentes sacerdotes son dignos de todos los elogios.

Es evidente que ni el jabón desinfectante, ni el depósito de cadáveres de suaves colores, ni tampoco los miles de coches que esperan a la puerta a sus propietarios obreros no pueden llenar por mucho tiempo un corazón humano. Pero es no menos evidente que el párroco más digno, el más venerable, es impotente ante la Opel: en otros tiempos, el campanario se elevaba sobre los tejados de la aldea como un signo de la grandeza transcendente de Dios. Pero ¿qué campanario puede elevarse hoy por encima de la torre de la General Motors?

Y entonces, sin que yo lo buscara, se me impuso, como se imponen a los sentidos un ruido o un olor, esto: solamente equipos vivientes, alegres, dinámicos en su fe, en su acogida, en su rigurosa rectitud, y también en su fantasía y en su alegría de hijos de Dios, pueden colocarse frente al gigantismo de hoy como testigos de la libertad y de la gozosa juventud de Dios.

* * *

A través de estos hechos, se comprueba mejor el carácter arduo, que siempre habrá de tenerse presente, de la tentativa apostólica: la levadura mezclada con la masa. Esta es precisamente la orden del Señor y, bajo su palabra, desde hace dos mil años, tan pronto como se descubría un rincón de tierra, los misioneros partían para infundir la levadura nueva de la Iglesia en la masa de los hombres. Pero hoy día, y de una manera acelerada en estos últimos veinte años, ¡he aquí que la misma masa del mundo ha fabricado y contiene su propia levadura! En el dinamismo, en la grandeza y en los descubrimientos del mundo actual hay una fe que es una religión. Y los más pobres de esta masa se sienten ante ella tan deslumbrados como los que la crean. Desde luego, la levadura del mundo no nos molesta: porque la inteligencia del hombre ha sido creada a semejanza de Dios y san Ireneo resume acertadamente a san Pablo cuando escribe: «La gloria de Dios es el hombre viviente.» Pero estas hermosas y grandes realidades, aun cuando no sean opuestas a Dios, son naturales y se mantienen al nivel del hombre. Invaden poco a poco al misionero, tanto más cuanto que, al querer darles

su plena significación, no toma respecto a ellas la actitud de oposición con que se enfrenta a los ídolos enemigos. Él quiere dar al César lo que es del César, rindiendo a Dios, al mismo tiempo, el homenaje de su creación.

En este momento, no entra en juego solamente el efecto de masa. En su proximidad con los hombres, el misionero se encuentra sometido a las interacciones, a las tensiones y a los intercambios que tienden a vaciarle de Dios y a llenarle de todas las «glorias» del mundo. Entra en juego otra ley universal, que gobierna todos los intercambios vivos, la ley de la presión osmótica que, mediante el juego de las presiones mutuas, tiende a vaciarle de Dios y a llenarle del ambiente que le rodea.

La Iglesia ha conocido siempre casos en que los hombres han sufrido una especie de perfusión espiritual, que les quitaba su propia sustancia y la sustituía por otra; algunos de estos casos son llamativos y sintomáticos, aquéllos en que, sin pasión política ni defección de la carne, ha bastado la simple influencia del ambiente y la voluntad de ser a toda costa como ese ambiente. Reduciendo la altura de las barreras de sus costumbres y de sus hábitos, el hombre de Dios puede irse transformando, hasta el día en que no quede de él nada de lo que era en el momento de la partida. Todo parece permanecer intacto, pero el alma ha cambiado: Cristo no es ya más que un elemento en medio de tantos otros, ya no se es ciudadano del cielo y conciudadano de los santos, se es de la tierra, que ha invadido el corazón: «donde está tu tesoro, allí estará tu corazón» (Mt 6, 21).

No se trata de un fenómeno nuevo: Loisy y los demás sacerdotes que abandonaron la Iglesia a finales del siglo XIX debieron sufrir la misma ósmosis, pero el asunto se ventilaba entonces en el plano de la inteligencia y afectaba, por tanto, a unos cuantos hombres aislados. Hoy día esta atracción de la mentalidad de una masa se ejerce sobre todo nuestro ser y sobre todo el comportamiento de nuestra vida: la cabeza, las piernas, el corazón.

Los viejos relatos de las «Vidas de los Santos» narran frecuentemente el episodio de la mujer de mala vida que se presentaba ante ellos para apartarlos de su vocación. ¿Qué hacían en aquellas épocas los que no han sido canonizados? ¿Y qué haríamos nosotros? Sin embargo, la lucha era en cierto modo igual: una mujer, un hombre. Hoy día, el apóstol se enfrenta con una multitud en la que todos piensan de distinta manera que él, y llaman en su auxilio a las ciencias más modernas: sociología, sentido de la historia, sicología. Ya no es tentada solamente la carne, sino también el espíritu.

* * *

«¿Busca verdaderamente a Dios?», se pregunta san Benito ante un postulante que llama a las puertas del monasterio. Hacemos nuestra su frase, pero añadiendo a continuación: «¿desea verdaderamente anunciar a Dios entre los paganos?» ¿Por qué, por ejemplo, rehusar la acción temporal al hombre consagrado a Dios y encargado de anunciar el mensaje? Por dos series de razones, que afectan, por un lado, al misionero, y por otro a aquéllos a quienes somos enviados.

Por parte del misionero, existen en primer lugar —aun cuando esto le moleste un poco— razones de prudencia: el hombre se deja dominar por la pasión política en el sentido más noble de la palabra, porque el hombre, quiero decir el varón, está hecho para esto tanto como para procrear. En ambos casos se encuentra ante una tarea que absorbe todo su ser, cuerpo y alma. Del mismo modo que el que se ha hecho «eunuco por amor al Señor» sabe que su fidelidad exige una delicadeza mayor y hasta en terrenos que para otros carecerían de peligro, así el que, para mejor dar testimonio del Invisible, debe renunciar a la gestión de los asuntos humanos. Corre más peligro que los demás de sumergirse en ellos, y con una intemperancia tanto más viva cuanto que ha estado apartado de ellos durante más tiempo y ha descubierto su grandeza un poco tarde.

Aun cuando supiera detenerse a tiempo, queda el hecho de que la vida espiritual es una cosa muy exigente para aquél que hace profesión de ella, para sí mismo y para llevar a ella a los demás. La seguridad de pulso que necesita el cirujano le prohíbe hacer trabajos que exijan esfuerzos musculares, la cantante cuida de sus cuerdas vocales, el hombre que escruta lo invisible debe proteger su mirada: el cine y la oración, la televisión y la adoración no pueden cohabitar en el mismo hombre, lo mismo que los juegos del circo de antaño. Aceptemos este límite de vulnerabilidad más grande para nosotros que para el hombre casado. La custodia del depósito que nos ha sido confiado exige la dedicación de todas nuestras energías para él solo. Esto lo sabía muy bien David cuando decía a Dios: «Hacia Ti miro, fortaleza mía» (Sal 58, 10).

No se trata de costumbres de un alma coqueta, que cuida de la frescura espiritual de su tez. Por parte de aquéllos a quienes somos enviados y que deben escuchar el mensaje, es necesario un choque, y este choque será el resultado del exclusivismo que pongamos en la custodia y el crecimiento de aquel mensaje, y por lo tanto en la constancia para traducirlo en actos

de vida a lo largo de años. La clausura no tiene el fin exclusivo de proteger a los contemplativos, es un signo, difícilmente comprensible, pero vigoroso, de que su felicidad viene de Dios solo.

Ahora bien, para nosotros, este exclusivismo en el anuncio del Evangelio es del mismo orden. San Pablo muestra bien este vínculo cuando escribe a Timoteo: «No descuides la gracia que posees, que te fue conferida en medio de buenos augurios, con la imposición de manos de los presbíteros. Esta sea tu ocupación, éste tu estudio, *de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto*» (1 Tim 4, 14-15).

El hombre interior —hay que insistir en ello—engendra otros cristianos a la par que crece él mismo. Continúa el mismo Pablo: «Vela sobre ti, atiende a la enseñanza, insiste en ella. Haciendo así te salvarás *a ti mismo y a los que te escuchan*» (1 Tim 4, 16).

Del mismo modo que en la caridad debe ser respetado el orden de los mandamientos, así el ministerio apostólico tiene sus raíces en «la gracia que posees».

Para que los espíritus distraídos de los hombres, atrapados por lo sensible, se vuelvan hacia Jesucristo, es necesario adaptar los mismos métodos de la moderna publicidad, aquéllos de los que habla san Pablo a los gálatas (3, 1): «Ante vuestros ojos han sido presentados[6] los rasgos de Jesucristo en la cruz.»

Si presentamos a Cristo en medio de toda una serie de artículos sobre temas sociales, políticos, artísticos, literarios, como hacen las revistas ilustradas, esta presentación le destrona de su categoría de Señor Único y contradice todo cuanto podemos afirmar de Él, a saber: «Que no hay otro nombre, fuera del suyo, en el cielo y en la tierra.» «Debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios», dicen los judíos a Pilato (Jn 19, 7); es indudable que nuestra afirmación de la misma verdad nos acarreará desprecios, pero ¿en qué parte del Evangelio está escrito que el discípulo haya de ser mejor tratado que su Maestro?

En el inmortal Marius de Pagnol, el capitán Escartefigue, a bordo de su «ferry-boat», durante la travesía del Puerto Viejo, al oír cómo su segun-

---

[6] La Biblia de Jerusalén traduce «pintados»; «ha puesto ante sus ojos una especie de cuadro», escribe L. CERFAUX, *Le Chrétien dans la théologie paulinienne,* p. 46. La palabra griega significa pintar, dibujar.

do hace sonar prolongadamente la sirena, grita: «Va a acabar con todo mi vapor.» El capitán Escartefigue tenía muy vivo el sentimiento de que él representaba a la Marina Nacional, pero sus medios eran limitados, lo sabía y sacaba las consecuencias. Nuestros medios son, también, limitados: no podemos accionar la sirena del mundo y al mismo tiempo consagrar todo nuestro vapor al anuncio de la Palabra de Dios. Vamos en el mismo barco que los demás, pero, dentro del barco, nuestra misión es distinta.

Si el apóstol quiere presentar ante los ojos de los hombres de hoy «los rasgos de Jesucristo en la cruz», es necesario que contemple él mismo con sus propios ojos este modelo y diga también él: «No he venido a anunciaros el testimonio de Dios con el prestigio de la palabra o de la sabiduría. No. Nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (1 Cor 2, 1-2).

PARTE SEGUNDA

LOS RASGOS DISTINTIVOS DEL APÓSTOL

1. Una oración insistente

Desde hace veinte años hemos estado buscando explicaciones a la descristianización de los hombres. Hemos encontrado en primer lugar la pobreza, la inseguridad, la miseria, pero ahora añadimos a todas esas causas la riqueza, la seguridad, la comodidad, que nos parecen más descristianizadoras aún: la Polonia pobre, el Brasil miserable en sus masas conocen a Dios y viven en su presencia.

Hemos ido acusando por turno al marxismo, a la injusticia en la empresa y en su organización; pero en la Alemania Federal el marxismo es inexistente, la empresa está superiormente organizada y, sin embargo, los hombres están completamente apartados de Dios.

¿El conformismo cristiano, los sacerdotes mediocres? Pero allí donde la Iglesia está mejor «establecida», materialmente hablando, es donde se la critica menos y donde son más numerosas las vocaciones sinceras. Hay países donde una tupida red de propaganda niega a Dios oficialmente, está igualmente olvidado en ciertas naciones que se glorían de su libertad, pero en las cuales los sentidos lo han invadido todo.

Finalmente, ninguna explicación parece suficiente, ni siquiera los terribles tiranos del capitalismo o del comunismo. La ausencia de Dios adopta formas diferentes, según los lugares, pero el mal es el mismo y el remedio hay que buscarlo más allá de las causas inmediatas y aparentes. Solamente Dios puede tocar un corazón humano: ni la ciencia, ni la sabiduría humana, ni la elocuencia, ni el arte, ni ningún prestigio pueden abrir a Dios el corazón de un incrédulo. Hay demasiadas escapatorias, demasiados atajos. Hay demasiadas seducciones, nobles o rastreras, demasiadas presiones sociales, consignas. Todos somos demasiado inconstantes, tanto en lo mejor como en lo peor. El ambiente en que se debate un corazón humano es tal, que ese corazón nunca encontrará estabilidad, pos sí mismo, a menos que alguna cosa —o alguien— le fije vigorosamente. La voluntad sólo cesa de buscar cuando es seducida por una pasión o un amor.

Hay otra razón, no más sicológica, pero que nace de la naturaleza misma de la conversión: un alma que ha abandonado a Dios —o que no le ha conocido nunca— no puede introducirse por sí misma en la amistad divina. Nos lo dice Jesús: «Nadie puede venir a Mí si el Padre no le trae» (Jn 6, 44). El retorno de la conversión no es una empresa de hombres: solamente Dios conoce los caminos que, desde dentro, conducen a Él; o, más exactamente, solamente Dios puede penetrar en un corazón y establecer allí su morada. «Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si no guarda el Señor la ciudad, en vano vigilan sus centinelas» (Sal 127).

Lo hemos experimentado cien y mil veces. Nos es preciso, pues, comprender que nuestra primera tarea y nuestra primera eficacia consisten en una oración insistente y constante ante Dios para que El obre en el secreto de los corazones.

No ha habido ningún gran misionero que no haya sido un hombre de oración y de intercesión. «Seguid adelante, y pensemos en nuestro Salvador», decía santo Domingo a sus compañeros de viaje: «Y se le oía gemir y suspirar. En cualquier parte que se encontrase, hablaba sin cesar de Dios o con Dios, y exhortaba a sus frailes a hacer lo mismo», dicen los que viajaban con él.[7] Durante sus plegarias nocturnas, se le oía gemir: «¡Señor, tened piedad de vuestro pueblo! ¿Qué va a ser de las pecadores?»[8] Y cuando celebraba la misa, «las lágrimas corrían por su rostro con tanta abundancia que una gota no esperaba a la otra».[9]

San Ignacio de Loyola no tuvo otras armas: su extraordinario cuaderno de notas, que, más que «diario espiritual», podría titularse «libro de cuentas», registra con una taquigrafía algebraica sus lágrimas durante la misa y la oración.[10] Cuando el texto de san Ignacio se hace más claro, nos descubre su secreto: «A lo largo de toda la misa, grandísima y prolongada devoción y muchas lágrimas, perdiendo frecuentemente la palabra, y todas las devociones y sentimientos desembocan en Jesús.»

Ahora bien, en el momento en que derraman esas lágrimas, lo mismo

---

[7] P. VICAIRE, *Historia de Sto. Domingo,* Científico-Médica.

[8] Ibid.

[9] Ibid.

[10] ALAIN GUILLERMOU, *San Ignacio de Loyola,* Aguilar.

san Ignacio que santo Domingo están en plena madurez, multiplican las fundaciones, los trabajos apostólicos y las misiones lejanas. No hay nada que pueda hacer pensar en un enternecimiento senil. Su actitud es la única actitud lógica: oran para obtener de Uno más grande lo que saben que no pueden alcanzar por sí mismos. «La mies es mucha, pero los obreros son pocos», dijo Jesús; nosotros añadiríamos, sin lugar a dudas: por lo tanto, hay que trabajar el doble. Pero el Señor concluye inmediatamente: «Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37-38). Ese «pues» bastaría por sí solo para sumergirnos en la oración y en la palabra de Jesús; su vida, sus noches de oración después de sus jornadas de trabajo, son todo un comentario vivo.

La vulgar objeción: «¿Acaso mi oración va a hacer cambiar a Dios, va a obligarle a querer lo que antes no quería?» ayuda a situarnos en la verdadera perspectiva, incomparablemente más alta. Yo no haré que Dios cambie, por supuesto, pero cuando oro me convierto en el instrumento vivo y verdadero, querido por Dios desde toda la eternidad para esta hora y que realiza en este momento preciso lo que Dios quiere que sea efecto de mi oración. Y si Dios quiere mi oración y quiere que esa oración produzca tal fruto, ¿cómo no habría de ser eficaz y estar segura de su resultado?: «Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quien se las pide!» (Mt 7, 11). Porque es Dios mismo quien primero suscita mi oración y me impele secretamente a pedir, buscar y llamar.

Asociados a la obra de Dios, porque somos sus hijos, nuestra oración adquiere categoría y dignidad de causa: Dios ha decidido que determinados efectos sólo se producirán si sus hijos los piden. Como el labrador es una de las causas de la cosecha, así la oración en la mies de Dios: nosotros, los mendigos, nos convertimos en cooperadores de Dios.

Esta certeza basada en Dios, siempre el primero en toda acción y siempre eficaz, debe llenarnos de fe, de fuerza y de eficacia apostólica: «Y todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis» (Mt 21, 22). Un hábito que debemos adquirir: jamás levantarnos después de haber orado sin adherirnos a ello con toda nuestra certeza y pronunciar las mismas palabras de Jesús: «Padre, Te doy gracias porque Me has escuchado. Yo sé que siempre Me escuchas...» (Jn 11, 41-42). ¿Cómo podría ser de otra manera, puesto que El mismo ha suscitado mi petición?

Orar es, pues, una función inmediatamente ligada a nuestra tarea mi-

sionera. Poco importa que nuestra oración sea de consolación o de aridez, gozosa o trabajosa; es nuestra herramienta, el trépano que perfora las profundidades para que de ellas brote Dios. En el Cuerpo Místico de Jesús, nos unimos a la oración de los que viven en los claustros y nos apoyamos en ella, pero tenemos que remodelar, tenemos que remasar su oración en la masa de los hombres concretos con los que nos codeamos cada día: nuestra fábrica, nuestro taller y, a partir de nuestros camaradas, Pedro o Antonio, todos los demás semejantes a ellos, todos los capataces a partir del capataz, los patronos... Y nuestra calle, nuestro barrio, desde el vecino que está separado de nosotros por cinco centímetros de tabique hasta el desconocido que pasa... Los novios que vienen a vernos nos los envía Dios para que los impregne una oración directa.

Puesto que comprendemos la necesidad de la oración para abrir a Dios el corazón de los demás, supliquemos a Dios que haga comprender a todo nuestro ser, inteligencia y corazón —y desde dentro— el puesto primordial de esta función en nuestra tarea de apóstoles. El Padre Lacordaire expresaba esto cuando decía que «el apóstol es el Cristo particular de un alma».

El apostolado es *el contacto de un hombre animado por el soplo del Espíritu de Jesús*. El milagro de Eliseo que resucita a un niño muerto está lleno de enseñanzas. A petición de la pobre madre, Eliseo envía a su criado, le entrega su propio bastón y le ordena que coloque ese bastón sobre el niño. El criado lo hace, pero el niño sigue «sin voz ni sentido». «Llegado Eliseo a la casa, el niño estaba tendido, muerto, en la cama. Entró entonces él, cerró la puerta tras los dos y oró a Yavé. Subió a la cama y se acostó sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre los del niño, y sus manos sobre las manos del niño, y se tendió sobre él. La carne del niño se recalentó, y Eliseo se alejó, yendo y viniendo por la habitación, y luego volvió a subirse en la cama y se tendió sobre el niño. El niño estornudó siete veces y abrió los ojos» (2 Re 4, 32-35). El bastón de Eliseo, es decir, el contacto solo no resucita al niño: es necesario el doble cuerpo a cuerpo del profeta con Yavé, por una parte, y del profeta con el niño, por otra, para recalentarle.

Si el apostolado es, como dice muy bien el abate Lochet, *«primordialmente una gracia que hay que obtener para un ambiente»*, es indisolublemente una resurrección que hay que obrar mediante nuestro soplo espiritual. Por lo tanto, todo lo que mantiene y eleva nuestro soplo es tan capital como el buen estado de nuestras piernas para mantenernos en medio de

los hombres. Hacer simpática a la Iglesia mediante nuestra presencia no basta para remontar los obstáculos que se levantan ante los hombres y que, en fin de cuentas, son de un orden mucho más alto: hace falta algo más. Este algo más es la toma de conciencia y la utilización de «la inconmensurable grandeza del poder de Dios que obra en nosotros, los creyentes» (Ef 1, 19).

¿Hace falta insistir? No oramos para tener una vida equilibrada (aunque esto sea indispensable), menos aún por una especie de decoro eclesiástico, que nos tranquilizaría a nosotros mismos y a nuestros superiores de toda categoría, dándoles una especie de garantía respecto a nosotros. Oramos como el panadero trabaja su masa para hacer el pan, como el médico pone los rayos X a su enfermo, como la madre amamanta a su hijo: todo esto no les plantea ningún problema, ¿cómo podrían obrar de otro modo? Lo mismo debe sucedemos a nosotros: oramos porque es necesario para que Dios visite y transforme los corazones. Es una necesidad, una ley.

«Luchad, combatid conmigo en la oración» (Rm 15, 30). Pablo, anciano, no tiene otras palabras. Y si, para Juana de Arco, las manos elevadas al cielo ganan las batallas que sus soldados van a emprender, ¡con cuánta más razón en las batallas del espíritu! San Juan, en su gran visión, ve «las oraciones de los santos, como copas llenas de perfumes» (Ap 5, 8) e indica el papel que desempeñan: apresurar el advenimiento del día de la venida de Dios.

Cuando pronunciamos palabras como: contemplación, silencio, retiro, unión con Dios, vida interior, oración, perfección, tenemos tendencia, cualquiera que sea nuestra opción personal, a concebirlas en oposición, o al menos en competencia con la otra serie: acción, apostolado, entrega a los demás, contactos, misión, etc. El hecho mismo de ver una dualidad es una falsa pista: no cabe aplicar aquí lo de que no se puede tocar las campanas y estar en la procesión, sino que se trata de un organismo vivo, en el que ambas cosas son necesarias y mutuamente dependientes. Un campeón de carreras es músculos y aliento a la vez. Así sucede con nuestra vida apostólica. No tenemos por qué oponer visitas por una parte y, por la otra, una oración y una adoración; hay visitas apostólicas en las que uno se busca a *sí mismo*, y hay también adoraciones en las que no se hace más que rumiar los problemas propios. Unas y otras, visitas y adoraciones, deben ser, por el contrario, «actividades de apóstol»; los tres pasajes paralelos de los Hechos (Hech 2, 42; 4, 32; 5, 12) muestran hasta qué punto la vida de los primeros cristianos integraba oración, contemplación, acción.

Porque en cada una de nuestras acciones hay un más allá que es la acción misma de Dios, que sobrepasa y sobrealza aquello a lo que nosotros apuntábamos. Ahora bien, para que no falte lo que Dios espera de nosotros, necesitamos un verdadero silencio y una verdadera atención a Dios. Se podría escribir un pequeño apunte humorístico, suponiendo, por ejemplo, a la Virgen tal como ordinariamente somos nosotros: se ha propuesto prestar ayuda a su prima Isabel, según un tipo bien definido de acción, que, nada más llegar, se precipita sobre las cacerolas y las escobas, lava, friega, lo pone todo en orden y realiza, en fin, su pobre acción humana en vez de llevar a cabo la obra asombrosa: la oración del Magníficat y la santificación de Juan Bautista.

Este «más allá» existe en la oración misma, porque nosotros no sabemos cómo hay que orar: pero «el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8, 26). Debemos, pues, tener mucha delicadeza, estar atentamente a la escucha para colaborar con Dios, para ser sus instrumentos vivos, y, aunque caminando y avanzando hacia adelante, no apropiarnos la meta que guía nuestra acción. Esta es, una vez más, la actitud de María, que «guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). Lo que hará de nosotros un contemplativo y no un honrado funcionario eclesiástico es precisamente el preguntarnos con frecuencia: «¿Dónde están en tu vida los verdaderos momentos de tus verdaderos encuentros con Dios?” Porque nuestros verdaderos encuentros con los hombres tendrán lugar en la medida en que hayamos partido de verdaderos encuentros con Dios y en la medida en que aquéllos nos conduzcan a éstos.

Un hombre, el Padre Pâris, que dejó una profunda huella apostólica, decía con un tono penetrante e inolvidable, al parecer, para sus oyentes, que «el apostolado era una misteriosa mezcla de acción y de pasión». No cabe expresar mejor las exigencias de nuestra vida. ¿Por qué nos apartamos de ellas tan fácilmente? Por lo menos, quede dicho, escrito, afirmado y repetido que la oración es el alfa y omega de nuestra acción de apóstoles. El camino hacia la Tierra Prometida solamente se abre ante la oración de Moisés, en la montaña, con los brazos extendidos hasta el límite extremo del agotamiento.

2. «Como el Padre me envió»

LA FUERZA IMPERATIVA DEL «COMO»

Nosotros somos, por nuestra oración personal, el último relevo, en medio de los hombres, de la oración de los contemplativos puros. Pero a esta función, y, para nosotros, inseparable de ella, se añade otra: la de copiar en nosotros los rasgos de Cristo, sus modos de ser, de obrar, su mentalidad, su espíritu, y esto precisamente para que los hombres que Le ignoran Le descubran a través de nuestro parecido con El. Todo cristiano, por definición, debe tender a ser la efigie, la semejanza, el resplandor de Cristo, a imagen de ese mismo Cristo, «Hijo, heredero, esplendor de la gloria del Padre e imagen de su substancia» (Heb 1, 2-3).

Pero para el apóstol (y todo cristiano en ambiente incrédulo es apóstol), la imitación de Cristo no es solamente una exigencia de su bautismo: es su función, y, debemos atrevemos a decirlo, «su oficio», su razón social. Enviado no tanto como embajador (lo cual es propio de la misión jerárquica), sino como una auténtica muestra, como un trozo de la piedra de que hemos sido formados. La imitación de Dios, desde la aurora judía de nuestra fe, descansa en esta «imagen y semejanza de Dios» según la cual fue creado el hombre: «Sed santos, porque santo soy Yo, Yavé, vuestro Dios» (Lv 19, 2 y 1 Pe 1, 15). Esta orden la hace suya, en su primera carta, san Pedro, que oyó al Señor, Jesús, afirmar en el Sermón de la Montaña, «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48).

Pero corresponde a san Juan el restituir a esta palabra *«como»* el extraordinario valor que tiene en labios de Cristo. Jesús nos va revelando por etapas quién es este Padre perfectísimo, el secreto de la identidad de Él, Jesús, con su Padre, y finalmente la semejanza que debemos procurar con Jesús y su Padre. El *como* de Jesús es el lazo de unión de esta triple realidad: el Padre, Jesús y nosotros. Cada uno de los textos que ponemos a con-

tinuación es conocido de todos; su yuxtaposición, sin embargo, les da tal fuerza probatoria que es conveniente transcribirlos y leerlos seguidos:

«Yo conozco a mis ovejas y mis ovejas Me conocen a Mí, como el Padre Me conoce y Yo conozco a mi Padre» (10, 14-15).

«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como Yo os he amado» (13, 34).

«Permaneced en Mí como Yo en vosotros» (15, 4).

«El que permanece en Mí como Yo en él» (15, 5).

«Como el Padre Me amó, Yo también os he amado» (15, 9).

«Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como Yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor» (15, 10).

«Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como Yo os he amado» (15, 12).

«Padre santo, guarda en tu nombre a éstos que Me has dado, para que sean uno como nosotros» (17, 11).

«Ellos no son del mundo, como no soy del mundo Yo» (17, 16).

«Como Tú Me enviaste al mundo, así Yo los envié a ellos al mundo» (17, 18).

«Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también ellos sean uno en nosotros y el mundo crea que Tú Me has enviado» (17, 21),

«Yo les he dado la gloria que Tú Me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno» (17, 22).

«Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que Tú Me enviaste y amaste a éstos como me amaste a Mí» (17, 23).

(El día de la resurrección), «Les dijo otra vez, La paz sea con vosotros. Como Me envió mi Padre, así os envío Yo» (20, 21).

Estamos en la cumbre de la identidad, y santo Tomás de Aquino comenta: «Enviados por el mismo amor, con la misma fuerza, con el mismo poder con que el Padre envió a su amado Hijo Jesucristo.»

La verdad interna de nuestro apostolado reside en la realidad misma de este «como»: con esta sola palabra, Jesús nos coloca en un punto cen-

tral, desde el cual podemos comprender nuestra religión y juzgar la calidad de nuestra acción. Debemos obrar a la manera de Dios, como Dios: en su amor, por su poder, con su fuerza. Un cristiano no se define por ninguna función, por santa que ella sea, por ningún compromiso, por eficaz y heroico que sea, sino por su carácter de hijo de Dios, y ser hijo ¿qué es, en fin de cuentas, sino ser como su padre? Este Padre, este Dios al cual debemos parecernos, nos ha dicho su propio nombre: Dios es Amor. Esto es lo que le constituye en su fondo más íntimo, el misterio mismo de su Trinidad: Dios es Amor. He aquí lo que debemos contemplar y hacer que se transparente en nuestras vidas.

A los 25 años, siendo incrédulo aún, comencé a buscar a Dios cuando caí enfermo y tuve que ir a descansar en Suiza. La buena señora protestante que me recibió en su casa tenía un auténtico placer en compartir sus deliciosas confituras con sus pensionistas... A cada desayuno, a cada merienda, nos las traía en una bandeja, cubierta con un paño en el que, bordada por su mano, se leía esta frase: «Dios es Amor.» Para un incrédulo como era yo, resultaba conmovedor, a la par que lleno de humor, el que cosas tan buenas, materiales y terrestres, fuesen presentadas en aquella bandeja: «Dios es Amor.». Ahora pienso que aquella frase fue penetrando poco a poco en mi alma, mientras hacía honor a las confituras. He olvidado otras muchas cosas, pero aquella breve frase penetró en mi corazón de incrédulo de tal manera que, ahora, comprendo que no hay ninguna otra verdad, ninguna otra lógica en el mundo que sea tan cierta, y que ésta es la única luz en nuestra vida. Dios es Amor. Dios existe, Dios nos ama, está ahí...

Cuando pronunciamos estas palabras, cuando decimos simplemente esta palabra: Dios, y añadimos que existe y nos ama, debería producirse en nuestra alma una especie de luz, una iluminación... Esta verdad es la columna vertebral de nuestra vida, de nuestra acción, de lo que somos.

Dios nos ama, Dios es Amor... Pero, entonces, ¿cómo ser hijos de un tal Padre, cómo descubrir a este Padre lo suficientemente cerca para llegar a ser hijos a semejanza de Él? Porque no somos hijos de la «presencia» —aunque la presencia sea necesaria en el mundo—, no somos hijos de la «eficacia», no somos hijos de la «acción», somos hijos del Amor, por ser hijos de Dios. Para descubrir esto, lo único que podernos hacer es mirar a nuestro Señor Jesucristo: «El que Me ha visto, ha visto al Padre...» (Jn 14. 9). El, el Hijo por excelencia, es quien va a enseñamos cómo un hijo se parece a su Padre.

Lo que vemos en la tierra en las palabras y obras de Cristo, es la hu-

mildísima transcripción del misterio eterno de ese Hijo de Dios en el seno de la Trinidad: semejante al Padre porque lo ha recibido todo de Él, pura mirada a su Padre, como el Padre es un puro Don a su Hijo, su Bienamado, su Único, «en quien ha puesto todo su Amor» (Mc 1, 11). Durante años, hemos tenido en los labios la palabra «compromiso», o la de «presencia», y habremos de seguir teniéndolas, porque el mismo Jesús nos ha pedido que seamos la sal de la tierra. Pero es necesario ir más lejos: las costumbres de Dios, si es lícito hablar así, deben ser nuestras propias costumbres.

Ahora bien, Dios es inmutable, no cambia, no se mueve, porque es perfecto. Nada se le puede añadir, nada se le puede quitar, puesto que Él lo es todo. Y nosotros, contemplando este carácter inmutable d Dios, aprendemos a ser estables, en el éxito lo mismo que en el fracaso.

Ahora bien, Dios ama el Bien, lo Bello. Para Él no hay clases, no hay grupos, no hay rivalidades. Así pues, «tended a todo cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza; a eso estad atentos» (Flp 4, 8).

Ahora bien, Dios es justo: cuando Él mira a hombre, no mira si es patrono u obrero, comunista, progresista o integrista. Para Dios, es un hombre, pues, revelemos Dios a los hombres mirando a cada uno tal como es, con la mirada misma de Dios.

Ahora bien, Dios es misericordioso. Jamás condena sin usar una misericordia más grande que su justicia, y Él, que nada puede recibir, puesto que Él es quien lo da todo, es el generoso por excelencia. Y Dios es verdadero. «Yo soy el camino, la verdad, la vida» (Jn 14, 6). Su palabra jamás dejará de ser verdadera. Por lo que a nosotros hace, que nuestro «sí» sea «si», que nuestro «no» sea «no».

* * *

Para que esos «como» penetren verdaderamente en nuestra vida, se requieren solamente dos condiciones, pero éstas son indispensables: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Tenemos aquí una primera equivalencia: tenemos que hacernos pequeños. El único obstáculo que nuestra existencia ofrece a la caridad de Dios es que no sabemos aceptar el ser pequeños... Sin embargo, para entrar en esta caridad de Dios no es preciso adquirir, basta perder y achicarse ante Dios: «Preciso es que El crezca y yo mengüe» (Jn 3, 30).

La segunda equivalencia, de parte nuestra, es más urgente aún; es el «como» del padrenuestro: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Dios medirá su actitud según la nuestra.

Sabemos muy bien que no podemos acercarnos a los hombres sino con las mismas manos de Cristo, porque nuestras pobres manos humanas serán con demasiada frecuencia manos paternalistas, manos excesivamente seguras de sí mismas, manos duras y callosas, que, más que hacer bien, herirán. Pero, si verdaderamente hemos sabido inyectar este amor del Padre en nuestra vida, si hemos sabido hacerlo todo, como Cristo, por amor al Padre, entonces nuestras manos serán luminosas con la luz de sus propias llagas, estarán taladradas, como las manos de Cristo, por el amor de Dios, y serán bienhechoras y suaves.

«Como» Dios, quiere decir eso...

3. Imitadores y prototipos

San Pablo no podía tener una doctrina distinta de la de san Juan: pero le va a dar un giro inesperado, que merece nuestra atención. Hay una palabra que se repite no menos de diez veces en sus cartas, y con una insistencia tan especial que el sabio Giuseppe Ricciotti termina la última página de su libro sobre *San Pablo Apóstol* con esa misma palabra, que resume, dice él, no solamente la doctrina de las epístolas, sino la misma vida del Apóstol: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» (1 Cor 11, 1).

Pero esta palabra de «imitador» la toma san Pablo de la lengua profana del arte de su tiempo, técnica, pintura, danza, y sobre todo de la lengua del teatro: el intérprete de una obra, que se identifica de tal modo con el papel de su personaje que acaba por adquirir todos sus rasgos. Así, la traducción habitual: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo» oculta este sentido mucho más vigoroso: «Interpretadme a mí (en el sentido dicho), como yo interpreto a Cristo.» Al comienzo de la misma carta (1 Cor 4, 16) había dicho lo mismo: «Quien os engendró en Cristo por el Evangelio fui yo. Os exhorto, pues, a ser imitadores (intérpretes) míos.»

Pero la palabra representación trae a la memoria otra palabra correlativa: el modelo que se ha de reproducir, el «tipo», dice san Pablo, y que podemos traducir por «el prototipo»: el apóstol, del que se ha dicho en otra parte que «ha venido a ser espectáculo para el mundo», se convierte, imitando a Cristo, en el *prototipo* que los hombres deberán imitar para llegar al Señor: «Nosotros (Pablo, Silvano y Timoteo) queríamos proponeros un modelo (prototipo) que imitar» (2 Tes 3, 7 y 9). Tenemos aquí una constante en las exhortaciones de san Pablo; a los filipenses les escribirá lo mismo: «Sed, hermanos, imitadores mío y fijaos en los que se comportan según el modelo que en nosotros tenéis» (3, 17). Y esta doble función de intérprete y de prototipo no es privilegio del apóstol, sino el modo normal de propagación de la fe y de Palabra: «Os hicisteis imitadores nuestros (una vez más, el trío de Pablo, Silvano y Timoteo) y del Señor, recibiendo la palabra con gozo en el Espíritu Santo, aun en medio de grandes tribula-

ciones, hasta venir a ser un modelo (prototipo) para todos los fieles de Macedonia y de Acaya» (1 Tes 1, 6-7).

De este modo, el apóstol viene a ser como el puente de unión entre Cristo y los hombres: su semejanza con el Señor hace visible al Cristo invisible. En este terreno, nuestras ambiciones parecen ser extrañamente limitadas. Tenemos tanto miedo a no ser «como los demás», a parecer gentes aparte, que a veces damos la impresión de haber tomado como modelo la «entrega» de los que no creen, su ardor en acondicionar la tierra para instalarse en ella.

Ciertamente, no hay ninguna razón para que el cristiano sea inferior a los paganos en los dominios de lo temporal y terreno. Pero no puede ser en esto en lo que se le reconozca: la señal del cristiano y su efigie son las Bienaventuranzas. Es decir, ese mundo al revés, en el que se proclama dichosos a los que lloran, en el que quienes reciben una bofetada en la mejilla derecha deben ofrecer la izquierda también, y regalar el manto a quien les roba la túnica. El discípulo se aplica a vivir esto, y así es como demuestra pertenecer a Cristo: «Habéis oído que se dijo..., pero yo os digo...» En todos los demás terrenos, el cristiano puede encontrar maestros que le enseñen; en éste es inimitable por esta cualidad del corazón y de todo su ser que pone en primer plano las Bienaventuranzas, por ese consentimiento dado a Dios, por ese contentamiento de Dios.

El miembro de un equipo que está en la fábrica y trabaja de firme, el sacerdote que trabaja también de firme en sus visitas, lo hacen sin duda alguna por amor de Cristo. Pero la sustancia de su acción, la manera misma como la viven y transcriben ¿es según el modelo de Cristo, está marcada por las virtudes evangélicas, que la convierten en una «demostración» de Cristo?

Finalmente (¡e1 que tenga oídos oiga y no me haga decir lo contrario de mi pensamiento!), yo he acabado por desconfiar del empleo que hacemos de la frase de Jesús: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros», porque esta frase-clave la hemos laicizado. Este amor de que habla el Señor lo hemos convertido en abnegación, filantropía, compromiso, eficacia, etc., siendo así que es un amor calcado en el modelo de la intimidad de la vida de Dios. En efecto, la frase que citamos a diestra y siniestra va precedida de otra que la explica, y en la cual encontramos un «como» que nos sitúa en un nivel totalmente distinto: «Que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado» (Jn 13, 34-35).

Es amor, el «divino Agape» es lo que debemos aprender de nuevo; y

su dimensión es tal, que jamás abraza a Dios sin abrazar a nuestro hermano, jamás contempla a nuestro hermano sin ver su dimensión divina. Estamos muy lejos de las cortas dimensiones humanas, incluso del «dar la camisa». En definitiva, si permanecemos en la misma longitud de onda que quienes ignoran a Dios, ¿cómo podrían éstos descubrir lo que, por definición, ignoran: la longitud de onda de Dios, que sobrepasa todo lo creado?...

Ahora bien, aquí está el nervio del problema: ¿cómo reaccionaría Jesucristo reprendido ásperamente por un jefe de equipo imbécil? ¿Cómo se conduciría frente a tal contrariedad concreta: llueve, se recibe la orden de descargar un camión, los infelices peones acuden, habituados como están a obedecer? ¿Qué hacer: ir o negarse? ¿Ir por amistad hacia los peones, para que se mojen durante menos tiempo? ¿Explicar inmediatamente al capataz que eso no está bien? ¿Cómo obraría Jesús frente al incrédulo que viene a pedir el bautismo de su hijo? (No se trata de doctrina, sino de cómo portarse). Y todas las actitudes ante el «confort», el dinero, la importancia respectiva, digamos, de la tierra y del cielo, de lo visible y de lo invisible. Ahora bien, a través de todo esto, de nuestros gestos y palabras, es como debe brillar la luz de Dios, iluminando a cada instante, a través de nuestro ser, «a todo hombre de este mundo».

¿Y la cruz...?

Todo esto no se improvisa. Hace falta esmero, cultura, perseverancia. Esto no cabe en reglamentos. Es el Verbo del Evangelio que se hace carne en nuestra propia carne. Sólo llegaremos a ello si lo hacemos objeto de nuestra constante búsqueda. La revisión de vida, el poner las cosas en común, no tienen otro objeto, en el fondo, que el de ayudamos a modelamos según Cristo, «no que nosotros seamos la luz, sino para ser testigos de la luz» (Jn 1, 8): imitadores de Cristo y no de los hombres.

La pobreza, la obediencia, el voto de castidad encuentran aquí su razón de ser y su irradiación apostólicas: como todas las virtudes que les sirven de apoyo, estas exigencias tienen por fin activar y actualizar la imitación de Jesucristo todos los días de nuestra vida, incluso el gran día de nuestra muerte.

Temible es esta entrega al apostolado «en espíritu y en verdad». Se nos han lanzado a la cara mil veces los tópicos: «Los cristianos no son mejores que los demás... Yo he perdido la fe a causa de aquel cura a quien he visto vivir...» Hemos protestado: «Dios no depende de sus siervos, del mismo modo que al sol no le afecta la basura sobre la cual proyecta su

luz.» Pero, en el fondo, esos tópicos no son más que el anverso de la exigencia de san Pablo: «Sed imitadores del Señor.»

Tal es el segundo instrumento constante de nuestro apostolado, parte integrante de éste.

4. Semejanza y desemejanza

Un punto de importancia práctica considerable es éste: ¿en qué medida, en qué, cómo un equipo misionero debe ser semejante a la gente que lo rodea? ¿En qué medida ha de ser desemejante?

Cabría, sin duda, hacer el sicoanálisis del «complejo de mellizo» (!): a fuerza de querer ser el hermano gemelo de los incrédulos, se acaba paralizado. A fuerza de querer parecerse a ellos en todo, se acaba por no ver lo que ellos pudieran encontrar atractivo en nosotros. No pocos cristianos, hombres, mujeres, han sido literalmente esterilizados en su fecundidad apostólica por este complejo de semejanza.

Se parte de la idea, justa, de que ciertas costumbres de Iglesia aparecen frecuentemente como las de un «ghetto»: hábitos, casas, horarios, recursos, lenguaje, todo ello incontestablemente separado. El cura de sotana o de clergyman, incluso de gris antracita, tiene muchas probabilidades de conservar vacío el asiento de al lado en el tren o en el autobús.

Para dejar de ser del «ghetto» y convertirse en sal, el cristiano tiene que mezclarse con los hombres; la creación de los Institutos seculares lo dice bien claro: oficio, lugares, circunstancias, compromiso, en nada de todo esto debe distinguirse de cualquier otro ciudadano.

Pero el complejo aparece en el cultivo de la semejanza por la semejanza misma. Ir al baile, al cine, al sindicato, por el placer de la danza, del film o para defender la justicia hacia los obreros es excelente; ir «para ser como los demás» es un absurdo: asemejarse al hombre anónimo es perder el propio rostro y condenarse a no ser nada. Porque, si el cristiano debe evitar todas las desemejanzas ficticias, lleva en sí mismo una «señal de contradicción» mucho más llamativa que todos sus esfuerzos de semejanza, y aunque esté en el mundo, no pertenece al mundo. Esto lo grita el Evangelio en cada línea.

El Señor no trató de distinguirse de los hombres: por el contrario,

unió cuidadosamente su humanidad a la humanidad, en todo lo que una verdadera humanidad lleva consigo: María, José, Belén y el censo, infancia, la peregrinación a Jerusalén, la adolescencia, el carpintero hijo del carpintero, en resumen toda su vida, incluidas el hambre y la sed.

Pero, desde la huida a Egipto hasta la cruz, no dejó de ser el hombre que plantea un problema, que desconcierta, al que se trata de Belcebú, el que divide las gentes tres contra dos y dos contra tres, al que se quiere apedrear y respecto al cual se toma, en último término, la decisión: «es preferible que muera.» San Pablo no se equivoca cuando se declara «espectáculo para el mundo... desecho del mundo... estropajo de todos» (1 Cor 4, 9, 13). Tratar de agradar a los hombres no ha sido jamás un principio de acción: lo proclama san Pablo, pero La Fontaine dice lo mismo en la fábula de *El molinero, su hijo y el burro*.

En realidad, cuanto más vivamos en la comunidad de los hombres, sumergidos en el mundo, tanto más deberá brillar nuestra desemejanza fundamental, radical, con el príncipe del mundo.

La historia secreta del mundo se abre con este texto:

«Dijo Yavé Dios a la serpiente: "Por haber hecho esto, maldita serás... Pongo perpetua hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Este te aplastará la cabeza y tú le morderás a él el calcañal"» (Gn 3, 14-15).

Otro texto cierra esta historia, el día en que «la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra», ella y sus ángeles «serán arrojados al estanque de fuego y azufre por los siglos de los siglos» (Ap 12, 9; 20, 10).

Entre estos dos textos se sitúa el combate en medio del cual nos hallamos y los incesantes tanteos que lleva consigo: «No meter la bandera en el bolsillo» son las palabras que el cristiano un poco integrista convertirá en su lema. Pero un pedazo de tela, aunque sea de sotana, cualquier forma de apoyo a la escuela libre no constituyen forzosamente una bandera, ni siquiera el mismo crucifijo colocado ante los ojos de gentes que no le quieren.

El famoso «miedo a cortar los puentes» del progresista carece igualmente de valor, porque solamente es trágico cortar los puentes que nos unen a Dios. Y no es en El en quien principalmente se piensa cuando se pronuncian esas palabras, o cuando se evita como un mal imperdonable el hacerse enemigos a la izquierda.

La semejanza y la desemejanza de los cristianos con la humanidad hay que buscarlas en un nivel mucho más alto, si no se quiere traicionar ambas cosas: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16), y el apóstol, instruido par su Maestro, buscará por este camino las semejanzas fundamentales.

La primera semejanza ha de buscarse en el nivel de los grandes momentos de cada vida. "¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase?» (2 Cor 11, 29). Judío con los judíos, sometidos a la ley con los sometidos a la ley, sin ley con los sin-ley, sí, «todo para todos, para salvar a todos» (1 Cor 9, 20-22). ¿Y qué decir de «la gran tristeza y el dolor continuo» que le hacen desear ser anatema él mismo por sus hermanos según la carne? (Rm 9, 23). El corazón del Apóstol «está abierto de par en par para todos, ninguno se encuentra allí al estrecho». «Estáis dentro de nuestro corazón para la vida y para la muerte» (2 Cor 6, 11 y 7, 3).

La semejanza se produce al nivel de la redención, del drama del hombre pecador frente a Dios, y no de la participación más o menos activa en los movimientos temporales. Todas estas cosas no son desdeñables, y menos aún despreciables, pero pertenecen a otro orden. Podrán facilitar u obstaculizar el acceso al reino, porque todo está enlazado, pero tomarlas por el reino es una abominable confusión.

Ahora bien, el apóstol, por su vocación, se sitúa en el nivel esencial, el de la salvación. En este plano, la semejanza, tal como san Pablo la vive, lleva en sí la desemejanza: «¿Busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Acaso busco agradar a los hombres? Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo» (Gál 1, 10).

¿Por qué, en definitiva? Pablo lo explica: «Os hago saber, hermanos, que el Evangelio por mí predicado no es conforme al gusto de los hombres...» (Gál 1, 11).

Es preciso que el apóstol diga sin rodeos: «Deseo con toda mi alma que haya cristianos cineastas geniales, cristianos sindicalistas (y no forzosamente de la C. F. T. C., aun sintiendo hacia ellos la más viva simpatía), cristianos metidos en lo temporal hasta el cuello, cristianos que trabajen en orden a la *"consacratio mundi"*. Yo sé, porque lo he estudiado en santo Tomás, la grandeza de los "príncipes cristianos" (hoy diríamos los militantes) y cómo ellos, por medios legítimos, hacen entrar multitudes en el cie-

lo. Yo sé que no hay en la tierra ningún acto indiferente, y que todo acto lleva a Dios o aparta de Él. Y me gusta pensar, como me lo enseñan los físicos, que la tierra se desplaza en el otro sentido con un salto no mayor que el de una pulga o el de una niña que juega a la comba; y esto, en el mundo no ya de la física, sino de los hombres y del espíritu, es aún más cierto y más mensurable. Yo me adhiero totalmente a eso y yo lo refiero, con un gozo perpetuo, a mi Creador. Soy hombre y nada humano me es extraño.»

Sí; pero si atendemos a la vocación propia a la que Dios llama a su apóstol, entonces tenemos que decir que su función en la Iglesia y en el mundo, para sacar a los hombres de su sopor espiritual, consiste en grabar, con caracteres monumentales, a *Jesús, y a Jesús en la cruz,* sin nada a su lado, para que esto, y sólo esto, atraiga las miradas.

San Pablo no obra de distinta manera (cf. Gál 3, 1). Nosotros no despreciamos nada, ¡al contrario! Porque, como testigos de Jesucristo solo, tenemos esta función limitada y especializada, que es el alma misma de la fe, esperamos y deseamos todas las demás formas de vida cristiana. Lo que decimos es que la vocación apostólica, a semejanza de san Pablo, es esto. Y tenemos la debilidad de amarla más que a las demás, puesto que es la que Dios ha escogido para nosotros.

Ante las dificultades de la evangelización, que superan siempre nuestros cálculos, nos sentimos tentados a pensar que el mensaje del Señor sería mejor recibido si fuese envuelto en otra cosa. Involuntariamente, invertimos la frase: «Buscad el reino y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura« (Mt 6, 33): pensamos que la añadidura conduciría al reino. Ahora bien, en este terreno, que es el nuestro, todas las añadiduras, tan preciosas en manos de los hombres, se convierten para el apóstol en un estorbo: ocultan lo esencial.

También aquí, será conveniente que nos expliquemos. Muchas de estas añadiduras han sido adoptadas frecuentemente no tanto por su valor propio cuanto a manera de compensaciones para tratar de encubrir modos de vida apostólicamente dudosos: un sacerdote más o menos rico —en relación a su contorno, todo es relativo— se sentirá inclinado sicológicamente a emprender obras sociales para justificar su abundancia personal; un burgués intelectual que ha comprendido la justicia de la causa de los proletarios, abundará en conceptos obreristas. Pero quien esté verdaderamente bien situado, interiormente en su puesto, sólo pensará en anunciar a Dios, y no en hacerse perdonar el hecho de ser como es. De ahí la importancia de

un modo de vida que sitúe al apóstol sin engendrar en él complejos nacidos de una situación más o menos falsa: «Procuramos hacer lo que es bueno no sólo a los ojos del Señor, sino también a los ojos de los hombres» (2 Cor 8, 21).

Es necesario que, no habiendo puesto —en la medida de su flaqueza— ningún obstáculo al Evangelio, por tratarse de vivirlo más de cerca, el apóstol pueda afirmarse y presentarse, sin tener que ruborizarse, como ministro de este único Evangelio. Poco importa entonces que pase por cavernícola, por hombre de otra edad, si ello es en nombre del Evangelio y no por razones de costumbres sociológicamente pasadas de moda.

Es lamentable ver a qué complicaciones han llegado hombres y mujeres que quieren ser sinceramente misioneros, para justificar, excusar su castidad o su pertenencia a Dios solo: «La gente no puede comprender», dicen. Pero se trata, precisamente, de dar testimonio mediante la castidad, y la incomprensión hará más mella que todas nuestras explicaciones: «El que tenga oídos para oír, que oiga.» No olvidemos estas palabras del Señor.

Tal hombre consagrado a Dios protestará, en nombre del movimiento obrero, contra las horas suplementarias, contra el trabajo del sábado por la tarde, o del domingo por la mañana. Muy bien; pero ¿por qué no ha de atreverse a decir a sus camaradas que necesita estar libre, el sábado por la tarde, para orar y para leer la palabra de Dios? Y esto, porque sabe que es hijo de Dios y quiere cumplir plenamente su destino de hombre. Y, si los camaradas le dicen: «Entones, tú no necesitas dinero», ¡qué hermosa ocasión para explicar que él ha elegido la pobreza voluntaria!

Estamos en el centro mismo del problema. Es evidente que si el obrero en cuestión es conocido como poco servicial, si está catalogado como trabajador mediocre (tal vez porque el trabajo que realiza supera su capacidad práctica); si, por otra parte, carece de esa cordialidad, de esa benevolencia que brota de la caridad, el testimonio que aporte será de signo negativo. Pero, si vive el Evangelio en las acciones más sencillas de cada instante, y si se trasluce en él un gran amor a todo lo que es bello, verdadero y noble, entonces podrá dar testimonio, y lo que le distinguirá de los demás será, aunque no lo comprendan, el sacramento por el cual un día pasará Dios.

¡Somos una generación de acomplejados! Esto no es forzosamente malo, y, en último caso, más vale ser excesivamente sensibles que ser como algunos de nuestros antecesores (así al menos nos parece), curas omni-

potentes, de la especie de las apisonadoras. Pero que los defectos, reales o pretendidos, de nuestros padres no nos paralicen en sentido inverso. Enviar al infierno a todos los no católicos es teológicamente falso (tanto peor para los malos predicadores de antaño); pero enviar al infierno a los católicos de hoy y reservar el paraíso para los incrédulos es igualmente ridículo.

Estemos alerta para «no imponer más cargas de las indispensables» (Hech 15, 28); pero las cargas incondicionales del Evangelio hagámoslas destacar valientemente, bravamente: ellas son nuestra corona y nuestra gloria.

Esta actitud de «descomplejados» nos será infinitamente preciosa en otro punto, que es diferente sólo en apariencia. Se trata de aquéllos que se encuentran en un mundo que carece en absoluto de mentalidad religiosa y que clasifica la religión en el apartado de las manías personales y facultativas, como ser aficionado a la fotografía o al jazz. Pienso en esas cuadrillas de obreros del petróleo, atrapados en una vida tan artificial que la única moneda de los intercambios humanos y de las conversaciones son las mujeres (ausentes), los autos y el trabajo. Colocar en tales condiciones el correspondiente rollo sobre Dios y Cristo no está prohibido, pero parece un tema tan insólito, que no deja más huellas que un vaso de agua derramado en la arena.

Sabido es que en este caso, y durante largos años, sólo cabe una cosa: vivir como discípulo de Cristo, respetando a los jefes jerárquicos, a los compañeros y a los peones, lo mismo a unos que a otros, y traducir esto en acciones concretas, reclamando cuando sea preciso los derechos imprescriptibles de la oración del domingo, porque Dios lo ha dicho.

Pero el problema que se plantea es éste: tal género de vida ¿es posible y duradero, o bien acabará uno, casi infaliblemente, arrastrado por el ambiente a ras de tierra? Aquí es, en mi opinión, donde la transcendencia y la inmanencia en el ambiente en que se vive deben dar todo su juego: será necesario que los actos claros y visibles, que manifiesten que no se es del mundo, sean tantos como los actos que manifiesten que se está en él. Si nuestra inmanencia y nuestra transcendencia van perfectamente unidas, el resultado será un modo de vida en la que inserción y separación constituirán a los ojos de todos el testimonio visible de nuestra vida: «tomado de entre los hombres, instituido para intervenir en favor de los hombres en sus relaciones con Dios» (Heb 5, 1).

No se trata de una dosificación de inserción y separación, sino de una

unificación de estos dos componentes. Y la primera condición para lograr esta unidad consiste en afirmar que éste es nuestro trabajo. Y, para no omitir nada, la crucifixión será la «batidora» que hará pasar de la yuxtaposición a esta nueva forma de ser.

En definitiva, el misionero en ambiente ajeno a lo sobrenatural sólo puede evitar el naturalizarse de dos maneras: o mediante el desprecio cuidadosamente cultivado, que le mantiene fuera de ese ambiente, aun cuando viva en medio de él, y que se comunicará a aquéllos a quienes apretará y reunirá en un pequeño «ghetto»; o mediante la creación de un modo de vida original y planteado como tal: vibrando con todas las grandezas del ambiente, ayudándole incluso a detectarlas, pero al mismo tiempo lúcido ante sus miserias naturales, dando su vida a sabiendas y de manera visible para curarlo de esa miseria sin nombre que es la ignorancia de Dios.

El hecho de vivir en equipo debe traducir concretamente ese modo de vida. Por lo que hace a los miembros de un equipo aislados por las condiciones mismas del medio que deben evangelizar, es preciso que encuentren los gestos y las acciones que habrán de traducir y significar su presencia y su razón de ser, y no con una tibia papilla explicativa, que se queda a medio camino y no da ni frío ni calor. Su inmersión total debe hacerlos más atentos aún a los gestos interiores que los vinculan al Dios que los envía, y a los gestos proféticos que darán testimonio, ante los ojos de los hombres, del único necesario. Hay un texto cristiano venerable: descubierto en el siglo XV, en Constantinopla, en una pescadería, entre un montón de papeles para envolver, data en realidad de los años 190 a 200 de nuestra era. Bajo la forma de una carta «a Diogneto», es el primer testigo de la actitud de los cristianos en el mundo. Merece la atención por su extraordinaria actualidad; la cita es larga, pero es conveniente que todos puedan tenerla a mano:

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranje-

ros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se los injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio.

Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; así los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, porque no le deja gozar de los placeres; a los cristianos los aborrece el mundo, sin haber recibido agravio de ellos, porque renuncian a los placeres. El alma ama a la carne y a los miembros que la aborrecen y los cristianos aman también a los que los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos están detenidos en el mundo, como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. El alma inmortal habita en una tienda mortal; así los cristianos viven de paso en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción en los cielos. El alma, maltratada en comidas y bebidas, se mejora; lo mismo los cristianos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. Tal es el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él.»[11]

---

[11] *Discurso a Diogneto,* traducción de DANIEL RUIZ BUENO, en *Padres Apostólicos*, B. A. C., Madrid, 1950.

5. El culto a la verdad

Entre las actitudes que se imponen a nosotros como imitación de Cristo y de sus primeros apóstoles, imitadores a su vez del Señor, una de las primeras consiste en realizar en nuestras vidas el «en espíritu y en verdad» de Jesús: «Ya llega la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4, 23).

Adorar a Dios «en espíritu» es movilizar todos los recursos de un espíritu de hombre en relación con el Espíritu; es un modo de vida suprahumano, y, sin embargo, le es ofrecido a todos. La contemplación no es una técnica accesible sólo a unos cuantos especialistas: es el fruto normal de un espíritu que mira a Dios y que, sobrecogido de admiración, adora en silencio. El espíritu del hombre, creado por la verdad, goza en contemplar a Dios y se toma tiempo para ello.

Adorar a Dios «en verdad» significa incluir a Dios en la vida concreta de nuestras acciones: es hacer coincidir la imagen que los hombres —que ven lo exterior— tienen de nosotros con la que tiene Dios —«que escruta los corazones»—: «Habiéndonos juzgado Dios dignos de que se nos confiase el Evangelio, hablamos no como quien busca agradar a los hombres, sino sólo a Dios, que ve el interior de nuestros corazones» (1 Tes 2, 4).

Siendo Dios la verdad misma, nuestra primera imitación de Dios consiste en el culto de la verdad: «A Dios bien de manifiesto le estamos; espero que también a vuestra conciencia» (2 Cor 5, 11). Ser verdaderos en la vida, en el ministerio, en el comportamiento de cada uno, como en la vida, en el ministerio, el comportamiento del grupo a que eventualmente pertenecen, ser verdaderos ante Dios «que ve en lo secreto», ser verdaderos ante nuestros hermanos, todo esto difícilmente se traduce en reglas establecidas de antemano, sino que debe ser objeto de reflexión por parte de cada cual. Esto supone haber aceptado personalmente desde el principio lo que somos, lo que las circunstancias han hecho de nosotros, herencia, in-

fancia, ambiente, estudios anteriores, etc. Significa igualmente hacerse ayudar para conocerse y sacar lealmente el mejor partido de lo que somos, mediante perfeccionamientos constantes y progresivos.

Ser verdaderos significa aceptar, cuando es preciso, el no agradar a los hombres, «sino a Dios que ve el interior de nuestros corazones» y evitar todo cuanto pueda halagar las tendencias erróneas de quienes nos rodean: «Que vuestra palabra sea: sí, sí; no, no» (Mt 5, 37).

El rechazo de la mentira no es cosa fácil: la red del complejo social y administrativo se ha hecho tan densa que nos ahoga, y se sienten unas terribles ganas de pasar a través de las mallas para lograr un mínimum vital de libertad. ¿Cómo conseguir uno o varios días de vacaciones fuera de los tiempos reglamentarios? Decir la verdad, explicar las razones, por legítimas que sean, es exponerse a quedar mal con todos los jefes, que, por otra parte, están apresados en la misma red. En cambio, ampararse tras el seguro durante ocho días, so pretexto de enfermedad, ¡es tan fácil de lograr! Y entonces todo resulta perfectamente reglamentario y legítimo. En el trabajo, si se abona el salario según el tiempo en él empleado, ¿cómo rectificar los errores del cronometrador? ¿Pedir una verificación? Sabido es en qué acabará esto, y caer en desgracia conduce pronto al despido. Pero hacer trampa, escudarse en un trabajo difícilmente verificable, ¿quién es el obrero, e incluso el capataz, que no prefiere esta solución? ¿Y si el compañero que se ha herido el pie el domingo, en su jardín, pide que uno sea testigo del esguince que afirma haberse hecho en el trabajo del lunes por la mañana? En el primer caso, sólo percibirá una escuálida indemnización, en el segundo le abonarán una remuneración más sustanciosa.

Elevar la verdad al nivel de un absoluto sólo se concibe prácticamente si la verdad y Dios coinciden. Decir: «una mentirijilla que no hace daño a nadie» es olvidar que supone una injuria contra Dios y, a través de Él, contra el hombre, hecho para la verdad. ¡Se ha caído tan bajo, que se ha llegado a hablar de «piadosa mentira»! En este punto, la actitud humilde, pero firme, del apóstol, negándose a todo compromiso, cualesquiera que sean las razones de servicio o de camaradería que se invoquen, debe ser tan manifiesta que nadie pueda jamás ponerla en duda. Cualesquiera que sean las situaciones, difíciles o aparentemente inextricables, a que esta voluntad de verdad pueda dar origen, debemos hacer de ella nuestra arma de luz: es frecuentemente el testimonio más visible de nuestra fe en pleno mundo.

Es inútil multiplicar los ejemplos; lo que necesitamos es pedir a la Palabra de Dios que nos revele la grandeza de esta actitud de búsqueda absoluta de la verdad: «Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad», dijo Jesús a Pilato (Jn 18, 37).

Consagrados a Dios para el culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4. 23-24), este culto debe traslucirse en todo nuestro comportamiento: «Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19). San Juan es el apóstol de esta revelación de Dios: Dios es el Verdadero (1 Jn 5, 20). Jesús se presenta lleno de gracia y de verdad (Jn 1, 14, 17) y el enviado por Jesús es el «Espíritu de verdad». En torno a esta verdad se centra la oposición al espíritu de este mundo, que no puede recibir el espíritu de verdad porque su dueño es «mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44).

Luz y tinieblas. No hay más que dos caminos, sin comunicación entre uno y otro: elegir uno significa rechazar el otro. Los 150 salmos no tienen otros protagonistas: los servidores del príncipe de las tinieblas, por una parte, y por otra los que buscan la luz admirable, detestan la mentira y aman la *torah,* a Dios en la plenitud de su palabra. El Nuevo Testamento confirma estos dos «imperios» y sus respectivos súbditos: «los hijos de la luz» y «los hijos de las tinieblas». Es el drama que describe el Evangelio de san Juan, el enfrentamiento de la Luz Verdadera del mundo con las Tinieblas, que no pudieron sofocarla. San Pablo repite el mismo tema: «Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas» (1 Tes 5, 5).

«La verdad os hará libres» (Jn 8, 32): esta palabra tiene plena aplicación en Aquél que se calificó a Sí mismo como «Camino, Verdad y Vida». Es Cristo quien nos hace libres; pero en cualquier parte donde hay una verdad y un hombre que trata de hacer coincidir su vida con la verdad, allí existe un jalón para la venida de la Gracia, allí está presente también Cristo. Dios de verdad, Dios de fidelidad son dos expresiones equivalentes para el hebreo, que las opone a los «ídolos de la nada»: verdad y fidelidad son equivalentes para el cristiano.

En un libro admirable, *Pleure, mon pays bienaimé,* Alan Paton ha expresado de modo inolvidable esta liberación por la verdad: el abogado Jarvis, un blanco que ha consagrado toda su vida al servicio del África del Sur, acaba de ser asesinado, y en su despacho se encuentra su testamento:

«No me preguntaré nunca si tal o cual cosa es cómoda; únicamente me preguntaré si es justa. Obraré así, no porque yo sea noble y desintere-

sado, sino porque la vida nos deja atrás y porque yo necesito, durante lo que me queda de viaje, una estrella que no me engañe, un compás que no mienta. Obraré así no porque sea negrófilo y enemigo de mi raza, sino porque no encuentro en mí la posibilidad de obrar de otro modo. Si peso esto contra aquello, estoy perdido; si me pregunto si los hombres, blancos o negros, ingleses o africanos, gentiles o judíos, me aprobarán, estoy perdido. Trataré, pues, de hacer lo que es justo y de decir la verdad.

«Obro así, no porque yo sea valiente y sincero, sino porque es la única manera de poner fin al conflicto profundo de mi alma. Obro así porque no soy capaz de seguir aspirando al más alto ideal con una parte de mí mismo, mientras la otra traiciona ese ideal. No quiero vivir de esa manera; preferiría morir. Ahora comprendo a quienes murieron por sus convicciones, y su muerte no me parece tan sorprendente, tan noble o tan valiente. Prefirieron la muerte a un determinado modo de vivir: eso es todo.»

Jarvis, en plena batalla racial, ha comprendido las palabras del Señor: «La verdad os hará libres.» Libres ¿de qué? Libres de nuestros complejos, del «qué dirán» los de la derecha o los de la izquierda, libres respecto al resultado —éxito o fracaso—, libres de todo cuanto pudiera doblegar a nuestra conciencia. Santa Teresa del Niño Jesús escribía: «Nunca he hecho como Pilato, que rehusó escuchar la verdad. Yo le he dicho siempre a Dios: ¡Oh Dios mío, yo quiero escucharos, os suplico que me respondáis cuando os digo humildemente: ¿Qué es la verdad? Haced que yo vea las cosas tales como son, sin que nada me ofusque.»[12]

La consagración a la verdad en los actos de nuestra vida personal y en nuestro comportamiento colectivo nos hace transparentes a Dios y a su Palabra, y nos habilita para «dar testimonio de la Verdad». Nuestra palabra es un misterio por el lado de quien la recibe, pero lo es también del lado de quien la pronuncia. En la tantas veces citada carta a los tesalonicenses, san Pablo, después de haberse referido a Dios «que escruta los corazones», añade: «Por esto, incesantemente damos gracias a Dios de que, al oír la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y que obra eficazmente en vosotros, que creéis» (1 Tes 2, 13).

No entregamos la verdad como se transmite una doctrina: la verdad es de Dios, nosotros somos única y literalmente los portavoces de un men-

---

[12] *Lettres*, p. 135.

saje que hemos escuchado primeramente. Pero, puesto que la Palabra de Dios es viva, muere cuando el portavoz no vive él mismo de la verdad en todos sus actos. No somos máquinas parlantes; el peso y el alcance de nuestra palabra dependen directamente de la calidad de la vida de la cual brota. Esta búsqueda de la verdad ¿nos endurecerá y nos cerrará, dándonos ese aire de gente que no quiere escuchar, porque «posee» la verdad? Sabemos muy bien que es demasiado grande, demasiado alta y. en fin de cuentas, en la aparente complejidad de las cosas, demasiado sencilla para que podamos asirla, y menos aún poseerla, de un golpe, con nuestras limitadas inteligencias.

Pero, una cosa es decir que no existe la verdad y que la verdad de hoy será falsa mañana, y otra muy distinta ir en busca de esta verdad como de una realidad nunca estática ni terminada: nos acercamos a ella, es una conquista difícil..., avanzamos a tientas; pero nada puede ser preferido a ella en la acción.

"El que aspira a ser, con Cristo y por Cristo, testigo ante el mundo de la verdad que libera y redime, deberá ser educado en el culto de la verdad, tanto en las palabras como en las obras, y por consiguiente en la sinceridad, en la lealtad, en la fidelidad, la coherencia.»[13]

¿Quién se atrevería a pretender que lo ha logrado?

[13] PABLO VI, *Summi Dei Verbum*, 4 de noviembre de 1963.

6. Sentido y respeto a la persona

Quiérase o no, el sentido de la persona humana es una especialidad cristiana. Ante tal afirmación, un marxista se sobresalta; le viene a la memoria inmediatamente el título de un librito de Stalin: «El hombre, el capital más precioso», con lo cual cree que nuestra afirmación cae por tierra. Estos marxistas, cuyo espíritu de servicio es a veces tan profundo, ¿tienen o no motivo para indignarse al ver que tratamos de monopolizar la defensa y la dignidad de la persona?

Sin embargo, cualesquiera que sean, por una parte, las omisiones (verdaderas y supuestas) de los cristianos, y cualesquiera que sean, por otra, las justas y gloriosas luchas de los militantes marxistas, no hay más remedio que reconocer que solamente el cristianismo da a la persona humana su dimensión total, porque saberse destinado a la eternidad no es, para cada hombre, una bagatela. Que la gota de agua caída en la colina se evapore entre guijarros y desaparezca, o que acabe en el mar y se sumerja en la inmensidad del océano, no es cosa baladí para ella, si la gota de agua fuera capaz de elegir.

Y si para nosotros la vida terrena es el tiempo durante el cual se teje la eternidad, toda la existencia del hombre, desde su concepción hasta el sepulcro, debe llevar el sello de esa eternidad. No es cosa de insistir aquí sobre este punto, ni de reunir un florilegio con los textos, tan bellos, de los últimos pontífices, desde Pío XII hasta Pablo VI, pasando por Juan XXIII. Pero no está de más saber alguno que otro de memoria, por ejemplo éste de Pío XII: «¿Queréis que la estrella de la paz brille y se detenga sobre la sociedad? Trabajad con todas vuestras fuerzas por devolver a la persona humana la dignidad que Dios le otorgó desde los orígenes. La razón de ser de la sociedad, su fin esencial, consiste en conservar, cultivar, perfeccionar

la persona humana...»[14]

¿Qué textos podrían rivalizar con éstos?

Pero vivir esta doctrina en los contactos diarios y en la vida cotidiana es infinitamente más duro y, en ciertos momentos, desconcertante. Sin exagerar demasiado, se puede decir que la seducción de esta verdad disminuye con la proximidad de las personas con quienes tratamos, desde el momento en que no somos nosotros los que las elegimos.

«Mi alma está agobiada por el peso de los sufrimientos humanos», escribía Raditchev, el fundador, en el siglo XVIII, de la Intelligentzia rusa, y esta frase permite entrever un gran corazón. Pero uno de sus discípulos, Petrachevski, nos ha legado con cándida inocencia este otro pensamiento: «No encontrando, por lo que a mí hace, nada que sea digno de afecto, ni entre los hombres ni entre las mujeres, me consagro al servicio de la humanidad...»[15] ¡Hermoso ejemplo de amor al «lejano» y no al «prójimo»!

Pero, ¿a quién de nosotros no le ha servido esta bondad universalmente tierna y fácil de coartada para rechazar a aquél que, concretamente, viene a incomodar nuestra vida? Cuando los gitanos de al lado tocan la mandolina hasta el amanecer; cuando el vecino, borracho, viene a que le consolemos y no quiere marcharse; cuando los emigrantes que comparten nuestro camarote en el barco obstruyen los lavabos con las colillas; o cuando el pupilo a quien hemos dado alojamiento se sirve subrepticiamente de nuestra máquina de afeitar o de nuestro cepillo de dientes, entonces el racismo no parece una monstruosidad y el amor a las personas deja de ser seductor.

Debe haber algo difícil en el amor verdadero y continuo a los demás cuando Jesús hace de él una ley especial para sus discípulos: «Si amáis a los que os aman, ¿qué gracia tendréis? Porque también los pecadores aman a quienes los aman. Y si hacéis bien a los que os hacen, ¿qué gracia tendréis? También los pecadores hacen lo mismo...» (Lc 6, 32-33).

El primer testimonio de la misión consiste en poner por obra y traducir en hechos lo que el hombre es en el pensamiento de Dios: una criatura a imagen del Creador, animada del soplo mismo de Dios, un «único» que escapa al anonimato de las categorías en que pudiéramos tratar de ence-

---

[14] Navidad 1942.

[15] Citado por BERDIAEFF, *Sources et sens du communisme russe*, pp. 30 y 44.

rrarlo.

Porque Dios no es un perfecto almacenista, que reúne en estanterías los objetos similares y lleva cuenta del estado de los depósitos: para Dios no hay blancos, negros, asiáticos y occidentales, buenos y malos, practicantes e incrédulos, cristianos y no cristianos. Su Hijo murió por *todos*, y nosotros debemos hacer presentir a «todos» y a cada uno esta dimensión nueva: a saber, que Dios está por encima de nuestras dimensiones y de nuestros encasillamientos, que es Padre infinitamente y que cada uno, a imagen de Dios, está llamado a ser su hijo.

Pero esta verdad tan alta no puede ser asimilada de un solo golpe. Decírselo de rondón al hombre de la calle no sirve de nada: hace falta una preparación, y ésta consiste precisamente en nuestra manera de mirar a aquél a quien nos acercamos. Es necesario que sienta hasta qué punto le consideramos como ser «formado según un modelo único y jamás producido desde que el mundo es mundo».[16] «Este carácter singular, insustituible, de la más humilde criatura humana» es lo que ayuda a Mauriac a comprender «que cada cual puede ser el héroe de este drama de la salvación cuyo envite es la eternidad». Pero esto que descubre Mauriac es preciso que quien nos habla pueda leerlo en nuestros ojos —sin fingimiento ni rutina—, que vea en nosotros la mirada llena de asombro con que le contemplamos. Pero la mirada debe convertirse en obras y el sentido de «lo único» traducirse en un apoyo fraternal: Saint-Exupéry ve a Mozart niño emerger del montón de pobre carne humana apilada en un compartimiento de emigrantes. Hay jardineros para cultivar las rosas, «¿dónde está, pues, el jardinero de Mozart niño?»

Una persona, aun la más cultivada, jamás está concluida. Hacer a alguien más persona es ayudarle a crecer en tres dimensiones: a tomar por sí mismo. cada vez más, decisiones que le comprometen; a tener con los demás relaciones auténticas, es decir, a ser humilde y a la vez saber mantener su puesto, a abrirse a realidades absolutas y transcendentes.[17]

Pienso en uno de los barrios más pobres de Sao Paulo, en Brasil, en Villa María, donde hay un Centro Social. Cuando llegan las Navidades, ¿cómo no repartir paquetes de ropa y de alimentos, si los niños están des-

---

[16] MAURIAC, *Lo que creo,* Taurus.

[17] ROGER LACROIX, en *Masses Ouvrières*.

nudos y desnutridos y el paro es endémico? Pero, ¿qué hacer para evitar que esas madres de familia desciendan a la categoría de pedigüeñas perpetuas y, por añadidura, insatisfechas? La intuición de una mujer ha salido al paso del problema, en Navidad, el Centro se transforma en un almacén de autoservicio, y cada mamá recibe un cupón de compra. Cada una puede elegir lo que quiera: ropa nueva o zapatos usados, golosinas o cosas útiles. Por una vez, la más pobre puede elegir.

Esto es igualmente cierto en los compromisos más elevados: un militante ha sabido expresarlo con el vigor que emana de una realidad vivida:

«Sustituir las relaciones de fuerza, la utilización por no decir la explotación de la gente, por relaciones de fraternidad, de respeto y de amor.

«Nuestra meta de militantes políticos cristianos consiste en que todos los hombres adquieran responsabilidades, que elijan conscientemente —lo cual les restituye su libertad y su dignidad. Ser un objeto zarandeado a merced de los acontecimientos y de las condiciones de vida es una idea insoportable para una conciencia cristiana,

«Procurar una promoción para todos nuestros hermanos: nuestra concepción de los hombres no puede dejarnos tranquilos viéndolos pasivos, reducidos a una vida que les es impuesta y que no tienen la posibilidad de aceptar.»[18]

«Elevar a alguien —escribía Simone Weill—, niño o adulto, es en primer lugar elevarle a sus propios ojos»

Pero, si queremos que las personas reales que nos rodean encuentren su plena dimensión de vida, no basta mirarlas con ese profundo respeto: *es necesario que alcancen su dimensión social*. Esta dimensión es para mí inseparable de una parábola vivida. Descargando cajas de fruta en los muelles de Marsella, yo admiraba el arte de los embalajes: una capa de papel rizado, una capa de frutas, otra capa de papel protector, otra fila de frutas..., y me decía: «Estas frutas viajan en comunidad, suficientemente numerosas para darse compañía, mantenerse calientes unas a otras, y lo suficientemente aisladas, sin embargo, para no confundirse mutuamente. En cambio, el hombre de nuestras grandes ciudades hace el viaje de la vida no como estas frutas, en cajas, sino a granel. Viaja a la manera del carbón o

[18] *Masses Ouvrières*, abril 1959.

del mineral en esos barcos de carga, en los que diez mil toneladas se apilan, estrujan y aplastan una a otra en el mismo pañol,

Amar a la persona quiere decir, pues, permitirle encontrarse en comunidades apropiadas. En este aspecto, y en todas las escalas de la sociedad actual, hay un dato constante que necesita ser revalorizado, y que no puede ser sustituido con la reivindicación, el aumento de los salarios, la prolongación de las vacaciones. En cambio, dar al taller una estructura en la que cada cual pueda crecer en el seno de un equipo, proveer al barrio de árboles y de terreno libre donde se estrechará una comunidad, esto forma parte integrante del desarrollo de la persona, hasta llegar a una más plena participación en un sindicalismo activo, un encuadramiento político o cívico.

Pasar a la acción en este terreno es difícil, porque el verdadero sentido de la persona lleva a situarse en el corazón de tensiones múltiples: es necesario mostrar confianza en las posibilidades personales y colectivas de los menos dotados que nos rodean, sin adularlos con una demagogia larvada; y, al mismo tiempo amar también a los pobres y a los humildes con un amor de predilección, conservando plena apertura de alma y de corazón a los mandos y a los dirigentes. Es ésta una cualidad que se adquiere lentamente, pero a la cual hay que tender siempre sin dejarnos aprisionar en el estrecho nacionalismo de una categoría social. Este respeto a la persona obliga a asumir otra difícil tensión: estar arraigado en el ambiente mismo de los hombres cuyo destino se comparte —si no, el amor sería utópico—, pero prestar también una seria atención a los problemas económicos y sociales más vastos —si no, el amor sería platónico.

Esta dimensión social, sin la cual no puede la persona realizarse, debe extenderse igualmente al plano religioso. Nada es tan importante como transformar la parroquia en una comunidad real. Pero una auténtica comunidad de hijos de Dios, conscientes de su naturaleza y de sus vínculos, no es un autobús en el que cada cual sube, paga su asiento y se baja, sin preocuparse gran cosa de los demás viajeros, y en el que el párroco y el coadjutor serían poco más o menos como el chofer y el cobrador. La persona humana se perfecciona en la Iglesia local, asamblea de los hijos de Dios. Esto es cierto y reclama nuestro esfuerzo permanente: reagrupar en una comunidad, unida por los lazos de la gracia divina y de la fraternidad que es su fruto, a aquéllos con quienes nos han puesto en contacto nuestra vida y nuestra palabra es una de las primeras y permanentes tareas de los misioneros.

Pero este desarrollo de la persona, que encuentra su dimensión en la comunidad, está amenazado por esas mismas comunidades, porque es evidente que el sindicato, los partidos políticos, el comité de barrio, el centro cultural, y del mismo modo el movimiento de Acción Católica, la parroquia, la comunidad cristiana, no pueden prosperar en el desorden. Exigen la organización de sus miembros y la disciplina de sus fieles. Y, en un mundo urbano, no se desenvuelven ya a la manera artesana, el fichero reemplaza al libro de almas y la tarjeta perforada tiene más importancia que el contacto natural. Entonces, estas comunidades, hechas para el hombre, ¿no serán una argolla suplementaria, que roba a la persona la poca espontaneidad que le quedaba?

La dificultad es grande; y aumenta aún en el plano religioso, por el hecho de que el que viene a buscarnos suele tener la mente deformada por ideas equivocadas acerca de la Iglesia, y sobre todo está muy poco habituado a expresar las realidades del alma. Un Francois Mauriac sabe decir admirablemente lo que cree o aquello de lo cual duda, pero un iletrado puede experimentar las mismas realidades sin ser capaz de expresarlas. Imaginemos a ese Mauriac, que no sabe traducir sus aspiraciones profundas, convertido en catecúmeno, impulsado por lo más profundo que hay en él, una necesidad oscura de ser perdonado, un deseo de ternura por parte de un Dios desconocido, pero con el cual ansía estar de solo a solo; y este hombre, que busca todo eso, se encuentra con un sacerdote lleno de ideas sobre la comunidad cristiana, la liturgia, el concilio, lo social... ¿Qué saldría de su diálogo? ¿Qué es lo que se le propondría a este buscador de Dios? Reuniones, no pocas veces desiguales y que le robarían sus pocos ratos libres, organizaciones, acciones a veces irrisorias, liturgias en las que aprenderá a levantarse, sentarse, arrodillarse al toque de la campanilla, compromisos..., pero ¡qué peligro de pasar de largo al lado del maravilloso y divino misterio de este ser único, de las riquezas que ese Mauriac iletrado no acertaría a expresar como el verdadero y que permanecerían enquistadas en él!

¿Sabremos respetar suficientemente a nuestro catecúmeno para no encasillarlo en nuestra idea, en vez de cultivarle según lo que Dios ha hecho de él? Escuchar, amar, convencerse del carácter único de cada ser, concederle tiempo: en esto consiste el respeto a la persona humana.

Y con esto llegamos a un punto esencial y eminentemente práctico: el sentido de la persona está ligado al tiempo, con lo que la dificultad se hace mayor para los apóstoles, poco numerosos y sobrecargados. Pero de-

ben tener siempre presente la palabra de Jesús: camina dos millas con quien te pide que le acompañes una, y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado. El apostolado nunca tendrá nada en común con la ficha perforada y el cerebro electrónico. Si se quiere encontrar algo moderno que se parezca al apostolado entre las personas, habré que buscarlo más bien (y es simplemente una comparación entre dos «ritmos») en el sicólogo que escucha pacientemente a cada cliente y le ayuda a descubrirse a sí mismo.

¿Cómo llegar a este sentido de la persona? La oración es su compañera inseparable. En la medida en que uno se sabe amado de Dios, en que uno se ha repetido mil y mil veces: «Me amó y se entregó por mí», extasiándose ante este hecho; en esa misma medida se sabrá hacer oración sobre la presencia de Dios en aquéllos que, en la realidad, nos rodean; nos detendremos para contemplarlos inefablemente enriquecidos por Cristo muerto y resucitado por ellos, no los estimaremos por su peso puramente humano, sino por su valor divino, y nuestro sentido de la persona adquirirá toda su fuerza. Sólo Dios, que da la caridad, puede hacernos llegar a ello. No creamos que el tiempo que nos falta es un obstáculo inseparable. Este obstáculo lleva en sí mismo la solución: tomándonos tiempo para esta oración previa, haremos descubrir a quien se nos acerca, por nuestro modo de recibirle, el sentido de la persona. Esta actitud es comunicativa: otros apóstoles desplegarán la misma actitud en torna suyo.

¿Puede un solo hombre sostener estos múltiples «dos extremos» de la cadena? Parece que no, pero una vez más, ahí está el equipo y la Iglesia entera. Así, pues, el testimonio del misionero consiste en un esfuerzo ardiente para situarse en medio de los hombres como *un hombre de Dios, testigo de su existencia y de su amor singular a cada ser*. Un hombre de Dios que vive en la lógica de la fe en Jesús, que se entregó por nosotros no para juzgar, sino para salvar y para congregarnos en la unidad.

Las organizaciones cristianas son necesarias, porque la Iglesia es una comunidad y una sociedad, pero ante los hombres ya «sobrecargados» y que se doblegan bajo su fardo, no desvirtuemos jamás la palabra del Señor: «Mi yugo es suave.» Tengamos siempre presente la declaración del primero de todos los concilios: «Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros otra carga fuera de las necesarias» (Hech 15, 28).

7. La constancia

¿Los rasgos distintivos del apóstol? — Una «perfecta constancia...» (2 Cor 12, 12). «En todo mostrémonos como ministros de Dios: con una perfecta constancia...» (2 Cor 6, 4).

Una característica presentada con tal relieve no es posible pasarla por alto: es uno de los «leitmotivs» del pensamiento apostólico de san Pablo. Pero es también un fruto de la experiencia, porque veinte años de despertar misionero en Francia desembocan en la misma conclusión: la prueba principal de la misión no es la prueba misma, sino la continuidad en la prueba, la paciencia, la resistencia para no desmayar.

Jesús había concluido la parábola del sembrador con la misma palabra clave, que, pronunciada en último lugar, se graba en la mente de los oyentes: «los que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la Palabra y dan fruto por la constancia» (Lc 8, 15). Y san Lucas refiere otra frase del Señor: entregados aun por los parientes, aborrecidos de todos e incluso condenados a muerte, «por vuestra constancia salvaréis vuestras almas» (Lc 21, 19). Así, pues, desde el comienzo, desde la primera parábola, el discípulo está prevenido; y esto se le repite en la descripción de sus palabras. No tiene nada de extraño que san Pablo, el apóstol por excelencia, viva y repita incesantemente esta realidad.

De esta constancia, tan alta y tan esencial, san Pablo hace una virtud casi teologal, puesto que cada vez que la menciona la asocia estrechamente unas veces a la fe, otras a la caridad: a los tesalonicenses les dice que está «orgulloso» de su «constancia y de su fe en todas las persecuciones y tribulaciones» (2 Tes 1, 4); y a Timoteo le recomienda solemnemente que le siga a él, a Pablo, en su enseñanza y en su conducta, «en mi fe, en mi paciencia, en mi caridad, en mi constancia en las persecuciones y sufrimientos...» (2 Tim 3, 10). ¿No había conjurado ya solemnemente al mismo Timoteo, «su verdadero hijo en la fe», en su carta anterior: «Tú, hombre de Dios..., sigue la justicia, la piedad, la fe, la caridad, la constancia, la man-

sedumbre»? (1 Tim 6, 11).

Esta cualidad apostólica disfruta, pues, de un parentesco cuasi teologal, que brota de su misma naturaleza, porque es, a los ojos de san Pablo, una fuera que participa del mismo dinamismo de Dios: «Fortalecidos con toda fortaleza según el poder de su gloria en orden a adquirir toda constancia y longanimidad» (Col 1, 11). Todo está dicho en esta frase: la gloria de Dios son sus obras, y una de las más vigorosas consiste en infundirnos su poderosa fortaleza. Pero esta adquisición no es posible sin nuestra propia participación: esto se adquiere, y esto supone una lucha. Nos vienen a la memoria las solemnes palabras dichas por el mismo Yavé a Josué, cuando invita a éste a entrar en la Tierra Prometida: «Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de introducir a este pueblo a posesionarse de la tierra que a sus padres juré darles; esfuérzate, pues, y ten gran valor» (Jos 1, 6).

Sólo Dios da la victoria, pero nosotros tenemos que mantenernos firmes en el combate. Y mantenernos firmes hasta el fin... Por eso, la constancia es para san Pablo una de las cualidades de los ancianos: «Que los ancianos sean sobrios, graves, discretos, robustos en la fe, en la caridad, en »la constancia» (Tit 2, 2). Los grandes comentadores observan finalmente que, si las tres primeras cualidades son naturales de las personas de edad, la fe, la caridad y la constancia les son más difíciles: las decepciones empañan la vivacidad de la fe, la tristeza no favorece los contactos con los demás, los achaques de la edad hacen la paciencia difícil. Que Tito sepa educar a los ancianos cristianos para que lleguen felizmente al término de su carrera.

La tentación del apóstol (y mucho antes de llegar a la edad de los ancianos) es interrumpir el combate: se siente quebrantado por demasiadas pruebas imprevistas. Esperaba el combate, «como buen soldado de Cristo», pero imaginaba que ese combate sería frente a frente con la incredulidad, en el que cada adversario se explicaría. Y se encuentra can que no se le quiere escuchar —«te oiremos otra vez—, y al mismo tiempo «apartan los oídos de la verdad para volverlos a las fábulas» (2 Tim 4, 4). Unas veces se desconcierta ante la desproporción entre la poca atención que se le presta y la grandeza del mensaje que anuncia; otras veces, después de haberle escuchado con gozo, se da cuenta de que la palabra de vida se transforma en prácticas rutinarias. Y en algunas ocasiones —¡ay!— «disputáis, os mordéis, os devoráis», y esto entre cristianos y entre apóstoles (Gál 5, 15).

¡Cuánto tiempo perdido en complicaciones inútiles, en frenazos, en

querellas judaizantes, sin hablar de los falsos hermanos, y que están de buena fe en sus propias puntos de vista! Lanzado a situaciones nuevas, el apóstol se encuentra aprisionado en reglas caducas, y no sabe cómo echar el vino nuevo en odres nuevos. Hay que decirlo: su tentación más peligrosa le viene no tanto de aquellos a quienes se dirige, de su indiferencia o de sus costumbres, cuanto de aquellos que le envían, a veces, tan prudentes y anquilosados (y, en el fondo, piensa que tal vez ellos tengan razón...).

El apóstol, entonces, se siente tentado a desertar: ¿para qué seguir combatiendo? Puede rendir las armas y hacerlo de manera que no llame la atención, sin las apariencias de una traición. Incluso podrá seguir en su apostolado, pero embotando el filo de la espada y protegiéndose a sí mismo con un *no man's land* de seguridad que creará en torno suyo, con un blindaje de insonorización y de aburguesamiento.

En esta hora de la elección y de la noche oscura, el apóstol se encuentra despojado y desnudo: las privaciones que le rodean le hacen sentir más lúcidamente su propia nada, su propia miseria: «Asediado por el pecado», ¿cómo «correr con constancia al combate que se nos ofrece»? (Heb 12, 1). Solamente existe en el mundo un remedio, eternamente el mismo desde que la serpiente de bronce, levantada en un madero, en el desierto, curaba a los que la miraban: la mirada a Cristo clavado en la cruz. Esta es también la respuesta de Pablo: «Poner los ojos en Cristo Jesús, que, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz...» (Heb 12, 2).

En definitiva, solamente la voluntad del apóstol de permanecer hasta el fin «junto a la cruz de Jesús» y «cerca de su madre», que está allí a pie firme; solamente la ardiente voluntad de «completar en su propio cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24) puede dar la resistencia perseverante: «Traed, pues, a vuestra consideración al que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo, para que no decaigáis de ánimo rendidos por la fatiga» (Heb 12, 3). Así, la constancia completa la semblanza del apóstol y su imitación de Cristo: *«El Señor guíe vuestros corazones en la caridad de Dios y en la paciencia de Cristo»* (2 Tes 3, 5).

La entereza del apóstol es ahora la entereza de Cristo que se prolonga en él. En este nivel, el combate, el más interior del apóstol, adquiere su dimensión, que sobrepasa nuestras medidas humanas: el apóstol puede entonces avanzar, no dormir, sufrir cualquier cosa, mientras las turbas esperan en la noche exterior lo único necesario que él posee y que es lo único que puede iluminarlos. Pero, al mismo tiempo que en esta comunión de

impaciencia con todos los impacientes, vive en una obediencia total, absoluta, interior, y se adhiere a ella sin condiciones, con paz en el alma, porque de este modo, y no de otro, salvó Cristo al mundo: «entre unos centímetros de pesebre y dos metros de cruz», decía un amigo brasileño. El discípulo no es mayor que su Maestro. Y hay que saber callar para dejar hacer a Dios.

Seríamos unos imbéciles si pronunciásemos las palabras del Señor como venidas de Dios y si, olvidándolas inmediatamente, nos dejásemos ahogar por las dificultades cotidianas (en nosotros y fuera de nosotros), alineándolas unas tras otras como si fueran la última palabra.

«En el mundo habéis de tener tribulación. Pero confiad: Yo he vencido al mundo», dice el Señor (J 16, 33). Todo apóstol es elegido para ser testigo d la victoria del Señor, y esta victoria es segura, porque es de Dios: una actitud de acomplejado y vencido sería la contradicción misma de la Palabra omnipotente. Lo que al apóstol se le pide, en primer lugar, y en ello debe hundir sus raíces todo lo demás, es la constancia de su fe en esa victoria definitiva. Más aún, el apóstol no espera de la fe que le dé, un día, la victoria: esa fe es ya la victoria.

8. El gozne unificador entre la contemplación y la acción: El instante presente

«Tomado de entre los hombres, puesto para intervenir en favor de los hombres en sus relaciones con Dios» (Heb 5, 1), el apóstol se encuentra situado entre la contemplación de Dios y las mil vicisitudes en que su vida entre los hombres le coloca. Con la misma fe teologal, cree en la primacía de lo espiritual y en que la levadura debe mezclarse con la masa. Sabe que Dios es Dios, que es el único absoluto, y entra intrépidamente, «sin mirar atrás», en el campo de trabajo. Sabe que «a cada día le basta su afán». Ha aprendido de memoria la magnífica expresión de Pío XII, que rechaza todo dualismo entre el apostolado y el espíritu interior de una vida totalmente consagrada a Dios: «Vuestro apostolado pondrá de manifiesto el espíritu interior que lo anima y, al mismo tiempo, alimentará y renovará sin cesar ese espíritu.»[19]

Pero esas certezas de fe basadas en la Escritura, corroboradas por la sabiduría de los santos, autenticadas por la Iglesia, es preciso encontrar la manera de vivirlas cada día, y esto no es fácil ni automático, aunque en el fondo es muy sencillo. ¿Cuál es, pues, el gozne que unificará armoniosamente nuestras dos líneas de vida: *hombre de Dios*, más unido a Dios que el esposo más amante a aquella que ama; y *hombre de los hombres*, más atento a los hombres que la madre más maternal?

Ese gozne es el instante presente, el momento en que Dios y mi acción se encuentran y se unen, ese minuto fugitivo y siempre actual que me es dado para que en él adquiera mi vida su peso y su consistencia de eternidad. Pascal, que fue un hermoso ejemplo de presencia ante Dios y ante los hombres de su tiempo, lo había comprendido: con su lenguaje incomparable describe esta movilidad del hombre siempre preocupado del futuro

---

[19] Pío XII, *Primo feliciter*.

o del pasado:

«No nos atenemos nunca al tiempo presente. Anticipamos el futuro, como si fuera demasiado lento en llegar, como para acelerar su curso, o recordamos el pasado, para detenerlo, como demasiado rápido; somos tan imprudentes, que vagamos por tiempo que no son los nuestros, y no pensamos en el único que nos pertenece; y somos tan vanos, que pensamos en los tiempos que ya no existen y dejamos escapar sin reflexión el único que subsiste. Es que el presente, de ordinario, nos hiere. Lo ocultamos a nuestra vista, porque nos aflige; y, si nos es agradable, nos lamentamos de verle huir...

«Que cada cual examine sus pensamientos: los encontrará completamente ocupados en el pasado y en el porvenir.

«Apenas si pensamos en el presente; y, si pensamos en él, no es más que para tomar su luz en orden a disponer del futuro. El presente no es jamás nuestro fin.

"De este modo, no vivimos nunca, sino que esperamos vivir; y, preparándonos para ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca.»

Estas palabras del gran Pascal, crueles de verdad, nos dejan desamparados: ¿llegaremos alguna vez a escapar de esta doble atracción fundamental del pasado y del porvenir? Jesús, a su manera divina, nos va a enseñar a hacerlo, en menos palabras que Pascal, y con mucho más vigor: «Deja a los muertos sepultar a sus muertos» (Lc 9, 60) —ahí tenemos el pasado—; «no os inquietéis por el día de mañana; porque el día de mañana ya se inquietará de sí mismo; bástele a cada día su afán» (Mt 6, 34).

Pero Jesús no se contenta con decirlo; nos descubre el secreto que nos permitirá escapar de esas dos atracciones que nos fascinan, y ese secreto, más seductor que aquellas atracciones, es la presencia de Dios en el instante presente. Las palabras de Jesús, portadoras de estabilidad y de paz, son abundantes:

«Mi alimento es hacer la voluntad del que Me envió y acabar su obra» (Jn 4, 34).

«Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que Me envió...» (Jn 6, 38).

Y esta adhesión a la voluntad del Padre trae consigo la presencia misma del Padre, y esto hasta la hora de la cruz: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que Yo soy, y no hago nada de Mí mismo, sino que, según me enseñó el Padre, así hablo. El que me envió es-

tá conmigo; no me ha dejado solo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado» (Jn 8, 28-29).

Con esto, Jesús nos hace prestar atención a lo que va a dar a nuestras vidas en cada instante una plenitud total, siempre nueva, sin rutina ni monotonía; el tiempo no me llega vacío, el tiempo, normalmente, me llega a cada instante bajo la forma de una ocupación concreta: ocho o diez horas de fábrica, con órdenes y gestos positivos a cada minuto, la hora de la oración, de la vida de equipo. Ahora bien, esos gestos, esa oración, esa comida en común, yo puedo vivirlos o recibirlos en su consistencia propia, no ver en ellos otra cosa que la que muestran inmediatamente; o puedo recibirlos, viendo más allá de su apariencia, como la voluntad de Dios que adopta la forma de esta acción concreta. Los acontecimientos me llegan entonces literalmente como un presente de Dios, presente en el doble sentido de la palabra: presencia y regalo. Este instante presente me llega, portador de Dios, para hacerme existir, pero me llega también arropado en una acción que se me ofrece y se me pide. Hacer la cama o celebrar la misa, limpiar unas legumbres o comulgar, esperar el autobús o hacer oración, la acción que en este instante se me ofrece es la presencia que adopta Dios en mi vida.

En el minuto que precedió al segundo más solemne de la historia del mundo, el ángel explica a la Virgen de Nazaret: «El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra» (Lc 1, 35). El ángel sabe muy bien que estas palabras, para María, son una evocación de la oscuridad luminosa de la nube del Éxodo, signo de la presencia de Yavé y oscuridad al mismo tiempo. Es igualmente una evocación de la gloria de Dios sobre el Arca. Así, pues, para la Virgen, y lo mismo para nosotros en las acciones más sublimes al igual que en las más vulgarmente cotidianas, la presencia operante de Dios llega «envuelta en la sombra», sí, oculta bajo la sombra del gesto familiar que se nos pide en esta hora concreta, y esto es lo que debemos aprender a reconocer en primer lugar, y después a amarlo entrañablemente, a cultivarlo con esmero. Este instante concreto me llega portador de Dios y esto, guardando las debidas proporciones,[20] es tan cierto respecto a la Virgen en el momento de la anunciación, como respecto al momento en que Dios me pide que cepille mi abrigo.

---

[20] Cf. Ch. JOURNET, *L'Eglise du Verbe incarné*, t. II, cap. II, excursus II, *Présence de la Trinité à elle-même et au monde*, pp. 358 ss.

Esta actitud no es una espiritualidad que se elige o no, según la escuela a que uno pertenezca, sino el sencillo reconocimiento del encuentro de Dios y de su creación; vivimos entonces esta altísima verdad metafísica: en Dios, Dios y su voluntad son la misma cosa. *Adherirse amorosamente a la voluntad de Dios, es adherirse a Dios, fundirse con Dios*. No hay Dios en Sí mismo por un lado, y su acción y su designio sobre nosotros por otro lado, de tal suerte que en un instante dado se pudiera amar a Dios y su ser, y no aceptar sus planes. Esto nos sucede a veces con las personas humanas a las que más amamos. Pero esta disociación es imposible con las personas divinas, porque, en ellas, lo que son y lo que quieren forman un todo indisoluble. Dios es puro Amor, y este Amor, desde el momento en que se dirige a otro distinto de El mismo, es creador de ese otro, o de cualquier cosa en ese otro. Rechazar lo que Dios hace o crea, es rechazar al mismo Dios.

Porque el amor de Dios a nosotros es un amor creador. Lo que nuestro padre y nuestra madre hicieron en esa fracción de segundo en que nos dieron la vida, lo hace Dios con cada criatura a lo largo de todo el tiempo que dura su existencia. Yo existo en el instante presente solamente porque Dios me hace participar de su existencia, y su amor se traduce en aquello que se me propone: cada momento es una creación continuada por parte de Dios.

Cuando el secreto del instante presente nos ha llegado a ser familiar, nada es capaz de hastiarnos, ni el hastío mismo; nada puede turbarnos, ni siquiera nuestra miseria. Yo acepto las consecuencias de mis faltas, por dolorosas que sean, porque Dios, ciertamente, no quería mi pecado, pero el desorden que de él resulta, el enredo en que me he metido y cuya pena arrastro ahora, esto lo quiere Dios, como quiere que ponga todos los medios para reparar mi falta. Pascal lo había comprendido y su misterio de Jesús suena de manera completamente distinta que sus reflexiones de filósofo: «Si Dios nos enviara maestros directamente, ¡oh, de qué buena gana los obedeceríamos! La necesidad y los acontecimientos lo son infaliblemente.»[21]

El Padre de Caussade es un maestro admirable de esta adhesión plena a Dios: «Acordaos de nuestros grandes principios: 1.° Que nada hay tan

---

[21] J..-P. de Caussade, *Lettres spirituelles,* presentadas por el P. Olphe-Gaillard, Ed. Desclée de Brouwer.

pequeño ni tan indiferente en apariencia que no sea ordenado o permitido por Dios, ¡incluso la caída de la hoja de un árbol! 2.° Que Dios es suficientemente sabio, bueno, poderoso, misericordioso, para hacer que los acontecimientos más funestos en apariencia se conviertan en bien para aquellos que saben adorar y aceptar humildemente todas sus divinas y adorables permisiones.»

No es una casualidad que el Padre Caussade, como su gran compañero, el Padre Luis Lallemant, sean jesuitas: no han aminorado en nada el ideal apostólico de su Orden, su activa presencia, su voluntad de obediencia, su aplicación a explotar los talentos de cada uno. Pero, al contacto con san Juan de la Cruz, con san Francisco de Sales y con Fénelon, han imbuido de paz los combates del apostolado, mostrando cómo se realiza el equilibrio entre la presencia activa en todos los problemas de los hombres y un «profundo amor a las cosas sobrenaturales». El Padre Olphe-Gaillard lo muestra muy bien en la introducción que ha escrito.[22]

Afinar nuestra atención a la presencia de Dios en los acontecimientos de nuestra vida, es al mismo tiempo entrar en comunión más íntima con la Sagrada Escritura; descubrimos mejor la importancia de los salmos, el Dios omnipresente: «Tú me has examinado y me conoces, no se te oculta nada de mi ser. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme, y de lejos te das cuenta de todos mis pensamientos...» (Sal 139), pero también un mundo en el que todo tiene un sentido: «El mundo del salmista es un mundo pleno de significado: todo es orden, peso, signos, consecuencia.»[23]

Y el misterio del mal, aun cuando sigue siendo una espina dolorosa y oscura, deja de ser un obstáculo en nuestra marcha hacia Dios: «Todos los senderos del Señor son gracia y verdad para los centinelas de su alianza, de sus testimonios», y el salmista nos enseña a vivir en adelante esta actitud fundamental: «He escondido en mi corazón tus palabras para no pecar nunca contra Ti» (Sal 119, 11).

San Pablo no conoce otra manera de vivir: «Ya comáis, ya bebáis o ya hagáis cualquier cosa, haced lo todo para gloria de Dios» (1 Cor 10, 31). A primera vista, estas palabras nos dejan desconcertados: nos parece

---

[22] *Ibid.*, pp. 22-32.

[23] No solamente la traducción, sino también la introducción de André Chouraqui son una clave admirable en este sentido. Cf. *Les Psaumes*, traducidos y presentados por A. CHOURAQUI, Presses Universitaires de France.

que sería necesario poseer y derrochar tesoros de entusiasmo para que de nuestras acciones tan vulgares pudiera surgir la gloria de Dios. Necesitamos comprender que lo que Dios quiere no es, en principio, ni tal tarea ni tal apostolado, humilde o glorioso, sino el «querer hacer su voluntad», puesto que esa voluntad es Dios mismo.

No estamos en la época en que para meditar sobre la fragilidad del tiempo se ponía delante una calavera; hoy día, si hubiera que buscar un símbolo, creo que sería más bien el de un cristal puro y frágil, que se rompe instante tras instante para renacer inmediatamente y estar dispuesto en cada resurrección a llenarse de eternidad. Porque el tiempo es a la vez la realidad más frágil y más fluida, pero es también una realidad que puede llenarse de las más altas densidades de vida y de ser. Es la característica del hombre, que se hace poco a poco, crece, se forma y se forja.

«Bienaventurados los obradores de la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios», decía Jesús en las Bienaventuranzas (Mt 5, 9). Para llevar a los hombres esta paz que sobrepasa todo sentimiento, es preciso que seamos nosotros mismos hombres de paz y, para ser pacificadores, ser pacíficos. La unión con la voluntad de Dios nos llevará a esa «tranquilidad en el orden» que es, como se sabe, la definición de la paz.

PARTE TERCERA

LAS PERSONAS Y LOS TIEMPOS

1. Los tres llamamientos del Señor

«En la casa de mi Padre hay muchas moradas»: el apóstol Pedro, que había escuchado estas palabras y que, «en la montaña», había visto al Señor transfigurado, «se regocijaba con un gozo inefable y glorioso» (1 Pe 1, 8) cuando evocaba «la viva esperanza de la eternidad».

Pero, ya en nuestra tierra, la gracia de Cristo obra con la misma profusión y la misma diversidad. Y, si es cierto que nuestro individualismo lo favorece también algunas veces, la liberalidad de Dios brilla en la multiplicidad de las vocaciones y en su diferenciación.

A través de las situaciones, de las gracias y de las funciones que constituyen la riqueza del Cuerpo Místico, se destacan tres llamamientos del Señor a los suyos; llamamientos que, con la ayuda de la teología, importa distinguir: el llamamiento al bautismo, a los consejos evangélicos y al sacerdocio. Estos llamamientos permiten comprender mejor la diversidad de los dones en la unidad del Espíritu; permiten asimismo a cada uno situar su propia función y su propia manera de anunciar a sus hermanos el verdadero destino del hombre.

I. EL LLAMAMIENTO AL BAUTISMO

Todo bautizado y, en potencia, todo hombre que viene a este mundo, está llamado a la perfección, es decir, a la imitación del Padre. Las palabras de Jesús en san Mateo, ya citadas, debemos recordarlas aquí una vez más: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48).

Santiago (Sant 1, 4), san Pedro (1 Pe 1, 15) no cesan de hacerse eco de estas palabras que invitan a los hombres a la perfección del amor. El mismo lenguaje usa san Pablo: «La voluntad de Dios es vuestra santificación» (1 Tes 4, 3), pero este mandamiento se remonta mucho más atrás: «Sed santos, porque santo soy Yo, Yavé, vuestro Dios» (Lv 19, 2). Esta

orden dada desde los primeros días a la comunidad de los hijos de Israel no cesa de acompañar la marcha de la humanidad.

Esta es la ley más fundamental del cristiano, desde el más oscuro y anónimo hasta aquel que es elevado a la cumbre del pontificado. Y este tender a la perfección, que a todos se les pide y a todos les es posible, es la que juzgará al hombre para toda la eternidad. Esto es lo que impele a cada uno a vivir en las perspectivas de desprendimiento, de pureza de corazón, de sumisión, que piden las Bienaventuranzas a todo discípulo del Señor, y esto lleva muy lejos.

Los que han prestado oído atento a este llamamiento descubren en él «las incalculables riquezas del Señor», saltan de gozo sabiendo que ellos son «linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable...» (1 Pe 2, 9).

Cada palabra del apóstol Pedro abre horizontes teológicos inmensos. Pueblo de Dios, los cristianos saben que son «partícipes de la divina naturaleza, habiendo sido librados de la corrupción que por la concupiscencia existe en el mundo» (2 Pe 1, 4). Son «ciudadanos del cielo, de donde esperan al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a Sí todas las cosas» (Flp 3, 20-21).

Esta convicción la posee el cristiano desde los primeros interrogatorios de su bautismo: «¿Qué te da la fe? —La Vida eterna.» Ella ilumina ahora su vida a través de todas las oscuridades, y también él, siguiendo a san Pablo, proclama: «Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres» (1 Cor 15, 19).

Conciudadano de los santos y miembro de la casa de Dios (Ef 2, 19), ha recibido el poder de orar, de ofrecer el sacrificio del Señor y de comulgar en él. Con y por el Señor es mediador entre los hombres y Dios. Ha recibido el encargo de anunciar el reino de Dios a sus hermanos, «siempre dispuesto a dar razón de la esperanza que posee» (1 Pe 3, 15).

La Acción Católica ha venido a recordar (y éste es un inmenso beneficio que no cesa de producir nuevos frutos) la grandeza del pueblo cristiano; ha precisado las actividades a las que cada cristiano está obligado por su bautismo y su confirmación. Puesto que constituye vitalmente una sola cosa con Cristo, el cristiano es mediador con El para ofrecer, para orar, para ser mensajero de la Buena Nueva en toda su vida, en todo lo que

hace «en el nombre del Señor».

A los miembros que participan en los movimientos propiamente dichos de Acción Católica, ésta les ha hecho descubrir el papel que la Iglesia les confía a través del mandato de la jerarquía, que llama a los laicos a ocupar un puesto en ese gran movimiento de la mediación apostólica que hace a la Iglesia y la reúne.

Sin embargo, el cristiano no está dispensado, antes al contrario, de edificar la ciudad terrena en su finalidad propia: aplicación viva del mandamiento fundamental impuesto por Dios al hombre en la misma aurora del Génesis: «Procread, multiplicaos y henchid la tierra; sometedla» (Gn 1, 28).

Aquí es donde se sitúa el compromiso temporal, su necesidad, su grandeza, y la Acción Católica ha hecho ver igualmente todas las componentes que, en este terreno de la edificación del mundo, deben animar la misión humana de cada cristiano.

El bautizado está obligado a ejercitar con todas sus fuerzas una caridad que no consiste «en palabras y lengua solamente», sino que ha de ser operante, a fin de que en el mundo se busque siempre el orden querido por Dios, que todo hombre sea considerado como una persona y no como una cosa y que las riquezas del universo sean equitativamente repartidas entre todos y no acaparadas por unos cuantos.

Porque hay estructuras de la vida social que facilitan la vida según el Evangelio, y otras que la hacen «prácticamente imposible», según la fuerte expresión de Pío XII, y ante las cuales la Iglesia, es decir, el conjunto de todos los bautizados, «no puede guardar silencio y hacer como si no las viera ni las comprendiera» (Mensaje de Pentecostés 1941).

El mismo Pío XII, en 1957, en su último mensaje de Navidad, recordaba «el llamamiento a una acción constante y austera, en todas las direcciones y aspectos de la vida... La intervención en el mundo para sostener el derecho divino es un derecho y un deber que pertenecen intrínsecamente a la responsabilidad del cristiano y que le permiten emprender legítimamente cualquier acción, privada o pública u organizada, dirigida y apta al fin» (Radiomensaje a todos los pueblos del mundo, 22 diciembre 1957).

El bautismo pide al cristiano igualmente que sea anunciador de Cristo haciéndole visible a través de su propia vida y, al mismo tiempo, que esté activamente presente en todos los sectores de este mundo, trabajando en común con todos los hombres de buena voluntad.

Esta amplitud del llamamiento de Jesús, que no cesa de maravillarnos y que a veces nos sorprende desprevenidos, tienen su origen en esa real participación en la sepultura y en la resurrección del Señor, que constituye el bautismo: hemos sido injertados vitalmente a Cristo, somos miembros de su Cuerpo, estamos soldados a El.

Todo cristiano, pues, debe meditar en su alma y en su acción misma las condiciones para adherirse positivamente a Cristo: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz, y sígame» (Mt 16, 24).

Jesús nos indica claramente lo que nos espera y el modo de ser sus discípulos. Nada se nos puede proponer tan grande ni tan positivo, puesto que la cruz conduce a la resurrección: pero se nos pide por anticipado no solamente que aceptemos esa cruz, sino que la reconozcamos como el instrumento de trabajo apto por excelencia para edificar el reino de Jesús en la tierra y en el cielo.

En conclusión, con este primero y fundamental llamamiento, cada cristiano está llamado a compartir la semejanza divina en el amor: «Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» (1 Cor 3, 23); la única frontera limitadora es nuestra capacidad de amar.

II. EL LLAMAMIENTO A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

En lo más hondo de este llamamiento universal y fundamental, se deja oír, para algunos, un segundo llamamiento. Este último no viene a abrogar la ley fundamental ni a añadirle exigencias de perfección de caridad más alta (como si a uno se le pidiese un millón en vez de cien mil), sino que viene a precisar un camino: una pobreza más efectiva, una castidad más radical, una obediencia más organizada. Esto es lo que en este segundo llamamiento se propone, pero siempre con miras al mismo fin.

Para hacer que todos vivan mejor las Bienaventuranzas, el Señor llama a algunos a la búsqueda única y más constante de ciertos grandes medios que conducen más directamente a la ley fundamental. Este es el sentido del llamamiento a la práctica de los consejos evangélicos. La ley primera de la caridad se presenta como necesaria: es un mandamiento; los consejos son una invitación: «Si quieres...», le dice Jesús al joven rico.

Para quien ha escuchado este segundo llamamiento, y siempre con el mismo aspecto de muerte-resurrección, tres maneras de vivir van a ser fundamentales:

— la castidad absoluta del cuerpo y del espíritu, rechazando todo lo que pudiera apartar nuestra vida de la única mirada a la resurrección y a la contemplación sin particiones del Señor;

—la pobreza, con lo que ella supone de renuncia voluntaria no sólo a las riquezas más sanas, sino también a las facilidades y comodidades de la existencia;

— la obediencia, con la persuasión de que ella es el camino más breve hacia Dios, que permite a Dios tomar en sus manos una vida que quiere estarle incansablemente sometida en lo concreto, a semejanza del Señor, que obedeció hasta la muerte en cruz.

Mediante este triple despojo, el hombre consagra a Dios todo su ser, y, si no retira su entrega a lo largo de su existencia, lo ha dado verdaderamente todo. Otros hombres podrán conocer una miseria más punzante, separaciones más dolorosas, una obediencia a los acontecimientos más heroica, pero quien ha escuchado este llamamiento ha escogido por anticipado y voluntariamente a Dios solo.

Es el «Ven, sígueme» de Jesús, con la respuesta de los apóstoles: «Dejando luego la barca y a su padre, le siguieron.» «No todos comprenden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado» (Mt 19, 11), dice Jesús cuando invita a algunos a esa castidad perfecta que parece contradecir la orden del Génesis respecto a la fecundidad y a someter la tierra; pero no se trata de una contradicción, sino de un llamamiento más alto para entregarse al Señor sin divisiones «por amor del reino de los cielos». «El que pueda entender, que entienda», añade Jesús de nuevo.

Con esto, aquel que recibe este segundo llamamiento tendrá que renunciar a ciertas grandes tareas que su bautismo le proponía: lo hace para pertenecer más íntimamente a su Señor, y de este modo se convierte, en el mundo, en testigo del Invisible.

Si se aparta del tiempo y de lo temporal, no lo hace por desprecio, antes al contrario, para darles su verdadero sentido haciéndolos desembocar en otra dimensión. Si recuerda a todos, con su vida, que «la figura de este mundo pasa» (1 Cor 7, 31), es para esperar mejor la venida del esposo y enseñar a los hombres a estar atentos a ella: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor» (Mt 24, 42).

Finalmente, lo que el matrimonio simboliza a través del amor del hombre y la mujer, o sea, la intimidad y la santidad del alma y de la Iglesia unidas a Cristo, que serán una realidad para todos en la resurrección, eso

mismo es lo que directamente se busca y se alcanza ya mediante la consagración de la castidad perfecta.

La respuesta a este segundo llamamiento trae consigo el gozo de «sin particiones», que no busca más que los intereses de su Señor: una intimidad que nada distrae es su fruto y, por añadidura, estas tres maneras de ser brillan ante los ojos de los hombres como un signo de Dios: sólo Dios basta.

Se comprende que el apóstol pueda elegir una vida así, puesto que sólo ha pretendido estar con Dios todos los instantes de su vida y se ha consagrado exclusivamente a esta apertura sin reservas al reino, podrá facilitar el acceso del mismo a los demás.

III. EL LLAMAMIENTO AL SACERDOCIO

Dentro, no del segundo llamamiento, sino siempre del primero, Jesús llama a algunos a un servicio especial: «Haced esto en memoria mía.» Este llamamiento es concreto: es una invitación a consagrar el Cuerpo Eucarístico del Señor y a reunir para esto a su Cuerpo Místico, preparándole dignamente mediante los sacramentos y el ministerio de la Palabra. «Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios», dice san Pablo a los corintios (1 Cor 4, 1): este texto lo aplica la Iglesia a los sacerdotes.

Habría que poder pesar según su valor divino nuestras palabras humanas cuando decimos con la Iglesia que el sacerdote es «ministro servidor de Jesucristo, y por lo tanto un instrumento en manos del Redentor para la continuación de su obra».

La grandeza del sacerdocio, el poder extraordinario del sacerdote, que hace a Cristo presente en el altar y, en nombre del mismo Cristo, lo ofrece como víctima, no deben hacernos olvidar que este llamamiento está destinado ante todo a asegurar una función, la más alta que a un hombre le pueda ser propuesta, y que se define en relación con la comunidad cristiana, hecha o por hacer.

El hecho de que este llamamiento prescinda de la mitad de la humanidad, puesto que se dirige a los varones con exclusión de las mujeres, demuestra por sí mismo que el sacerdocio está en la línea de una función (en el sentido de servicio). Aun cuando exige una santidad más alta, a causa de las realidades plenamente divinas que maneja (*Imitamini quod trac-*

tatis, se dice en la Ordenación), no se trata de una forma especial de gracia santificante.

Puesto que el sacerdocio confiere un poder con miras a la edificación del Cuerpo Místico, nadie puede reivindicado como un derecho. Llamar al sacerdocio compete en exclusiva a la jerarquía: inmenso «honor que nadie toma por sí mismo», puesto que se es enviado para el servicio de la comunidad, y al cual nadie se llama a sí mismo «sino el que es llamado por Dios, como Aarón» (Heb 5, 4).

Este llamamiento supone, además del deseo de servir a Dios, la donación y la entrega al servicio de la comunidad. En la Iglesia latina hay que añadir la aceptación por todos del celibato; y el paso hacia adelante que, a invitación del obispo, da el futuro subdiácono significa la disponibilidad para Dios al mismo tiempo que para la Iglesia. De este modo, el celibato crea un cierto «estado de vidas que, en este punto, empareja al sacerdocio con la vida según los consejos evangélicos, pero no por eso dejan de ser distintos estos dos llamamientos del Señor.

El sacerdocio exige para su ejercicio aptitudes especiales de ponderación, de dominio sobre sí mismo, de seguridad en la enseñanza de la doctrina, en una palabra, cualidades de pedagogía y de gobierno de la comunidad (*oportet praeesse!*), que explican la prudencia de san Pablo cuando recomienda a Timoteo que «no sea precipitado en imponer las manos a nadie» (1 Tim 5, 22).

Pero, cualquiera que sea la grandeza de su función, la santidad del sacerdote —como la de todo cristiano— le viene siempre de la fidelidad cotidiana al primero y primordial llamamiento a la imitación divina: «El día más grande de la vida de un papa —decía Pío XI— es el de su bautismo...»

Par su ordenación, el sacerdote está «cualificado» para el trabajo misionero: ha recibido los poderes para realizarlo en plenitud, desde la Palabra que abre la puerta al misterio, hasta la eucaristía que funda y estrecha a la comunidad.

IV. TRES LLAMAMIENTOS DIFERENTES, PERO COMPLEMENTARIOS

Llamamiento al bautismo, llamamiento a vivir los consejos evangélicos, llamamiento al sacerdocio: estas tres realidades pueden vivirse de ma-

neras distintas. El llamamiento a los consejos evangélicos puede vivirse con o sin el sacerdocio, y éste no incluye aquellos necesariamente.

La vida de los consejos evangélicos, que durante tanto tiempo se mantuvo «fuera del mundo», puede ser vivida en pleno mundo y «como a partir de él». Es la gran novedad que Pío XII introdujo en 1947; y el cardenal Cardjin había demostrado desde 1927, con la vida de los primeros jocistas, el papel insustituible de un cristiano como apóstol en su propio ambiente de vida.

La actitud misionera no es monopolio de nadie, sino que forma parte inseparable de cada uno de los tres llamamientos: es cosa de todo bautizado, del consagrado, del sacerdote, los cuales, aunque formando un todo, descubren su diversidad y su complementariedad en la manera propia de cada uno de dar testimonio de «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (Ef 4, 5-6).

La experiencia los lleva a una convicción íntima, a saber: que uno de los medios más eficaces para suscitar la conversión de los hombres a Dios, dentro del respeto a su libertad, es la existencia de comunidades cristianas en las que hogares militantes, misioneros consagrados y sacerdotes, oran y trabajan en plena unión y amistad, cada cual según la gracia propia de su estado y dentro de esa complementariedad que constituye la Iglesia.

De esta complementariedad en el Cuerpo de Cristo habla san Pablo cuando enumera las diversas funciones dentro de la unidad del Espíritu.

Ante la explosión demográfica del mundo, que acentúa la desproporción entre creyentes y no creyentes, aparecen nuevas formas de vida consagradas a la evangelización.

Pero el tiempo de la búsqueda aún no ha terminado: a través de grupos misioneros tan diversos por su origen como por su ubicación geográfica, a través igualmente de las numerosas discusiones sobre el diaconado, parecen prepararse en la Iglesia nuevos tipos de hombres consagrados al apostolado. En el corazón de esos hombres se deja oír un llamamiento cuya primera exigencia no consiste en ser sacerdote o no-sacerdote, sino «misionero», dispuesto a llevar el Nombre del Señor hasta los confines de la tierra.

Como Pablo, se sienten llamados a ofrecer a Dios «un culto espiritual anunciando el Evangelio de su Hijo» (Hm 1, 9); y ante la desventura del inmenso pueblo no creyente, reconocen en su corazón las palabras del

apóstol: «Cristo no me envió a bautizar, sino a evangelizar» (1 Cor 1, 17).

Es demasiado pronto para precisar lo que estos hombres serán, pero tal vez, y como simple hipótesis de trabajo, puede preverse cuál será su puesto en la edificación del reino.

Ni militantes de Acción Católica, aun cuando trabajen en gran proximidad con los movimientos especializados, ni sacerdotes, aun cuando trabajen como parte integrante de un equipo sacerdotal.

Muy próximos a los militantes por su vida en la fábrica, por su participación en el peso del trabajo, encuadrados en los mismos talleres; muy diferentes de ellos por la consagración de su vida a Dios en la castidad.

Muy próximos también al sacerdote, pero libres del ministerio propiamente dicho, para ser más «ministro del Evangelio», en el corazón de las masas.

Podrán solicitar el sacerdocio, según las necesidades de la Iglesia, puesto que habrán hecho los mismos estudios filosóficos y teológicos que el sacerdote, pero podrán también ser solamente hombres de la Palabra entre los hombres.

Participando, en pleno corazón de las fábricas, del trabajo de sus compañeros, unidos en sus alegrías y en sus fatigas, podrán ser el signo de la tierna solicitud de Cristo, que vino a compartir la vida de la humanidad, revelando con todo su ser el rostro del Señor: «¡Si conocieras el don de Dios!» Y cuando un compañero les pregunte qué don es ése, ellos podrán explicárselo entonces con las palabras de cada día, pero cargadas, eso sí, de una densidad nueva.

Corresponde a la jerarquía reconocer y confirmar el papel apostólico de estos hombres, que deben existir, como lo ha hecho con los miembros de la Acción Católica, con los que se consagran a la vida de los consejos evangélicos y con aquellos a quienes ella llama al sacerdocio.

Ella es la que tiene el encargo y el poder de evangelizar, recibidos del mismo Jesús cuando dijo a los apóstoles: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las naciones» (Mt 28, 18).

La evangelización viene de Dios. La demostración primera y fundamental de nuestra fe consiste en obrar dentro de la unidad y de la comunión con la Iglesia. Olvidar o menospreciar esta verdad, cualesquiera que fueren las circunstancias o las excusas tras las cuales pudiéramos ampararnos, equivale fabricar moneda falsa y llevar a cabo una evangelización semejante a un cheque sin fondos.

2. El equipo, instrumento de apostolado

Tenga el lector la bondad de recordar el prólogo de este libro: el equipo, tal como aquí lo describirnos, no lo ofrecemos como un arquetipo, sino como un ejemplo entre otros de una realidad esencial al apostolado: «Cuando dos o tres están reunidos en nombre del Señor»; y más aún: »Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (1 Jn 3, 14). Este paso, esta Pascua, deberá realizarse analógicamente en todos los niveles de la vida de los hombres: el hogar, el equipo de bese de Acción Católica, el grupo de trabajo, la unidad de vecindad, etc. El apóstol es el delegado para este «paso». La descripción concreta de una forma posible de equipo puede ayudar a distinguir en las demás formas lo esencial de lo accidental.

I. GENESS Y EVOLUCION

Mientras reflexionaba, en la mañana del lunes de Pentecostés, en mi habitación del seminario mayor de Olinda, cerca de Recife, y al término de toda una serie de *elctrochocs* recibidos a lo largo de once semanas a través de la América del Sur, tan apasionante y dolorosa, una frase volvía a mi mente una y otra vez, como un estribillo: «El equipo, instrumento de apostolado»... Verdad es que estas palabras las había dicho y repetido ochenta o cien veces en las reuniones, conferencias, charlas y explicaciones de todo género. Pero, aquel día, llegaban a mi espíritu como desde fuera, imponiéndose como una evidencia que surgía de todo lo que había visto, oído y comprobado durante aquel viaje.

Otro pensamiento acompañaba —en sordina— al primero: a pesar de nuestras afirmaciones, no hemos realizado aún, desde dentro, lo que en verdad es el equipo, y hemos seguido un modo de trabajar muy individual. No basta que «el equipo, instrumento de apostolado» sea una frase; ni,

menos aún, basta que tres o cuatro vivan bajo el mismo techo. La verdad de nuestro apostolado existirá verdaderamente cuando, juntos, hayamos realizado esa unidad profunda que encuentra su prueba en la revisión de vida, signo de la unidad del equipo.

A) Primeras definiciones: tarea común y bien común

El equipo, como todas las cosas fundamentales, jamás se lo acaba de descubrir. Desde hace dieciocho o veinte años, el equipo caracteriza a los grupos recién formados, tanto en el clero diocesano como en las congregaciones religiosas, y ha impreso su sello en los movimientos de Acción Católica. Cada grupo lo vive de una manera peculiar, pero puede ser conveniente tomar como ejemplo uno de ellos para distinguir sus partes integrantes y recordar la marcha de esta especie de cometa que, como la estrella de los Magos, ha brillado a lo largo de toda nuestra ruta.

Creo que, a los comienzos, lo que a unos y a otros nos llamaba la atención, aun sin habernos puesto de acuerdo, era el texto que tantas veces hemos leído en el breviario, en el oficio de un Confesor: *«Misit binos discípulos»* — «envió a sus discípulos de dos en dos», y el comentario de san Gregorio dice, en efecto, que la caridad no se puede ejercitar si no es al menos entre dos. Considerábamos también todos los textos en que se habla de los doce, «los doce»: esta idea de la comunidad apostólica y de la comunidad de los enviados de Cristo era, pues, como el llamamiento del Señor, con miras a su reino. Mediante la certeza empírica de que nada puede uno solo, se llegaba a la conclusión de que era necesaria la unión de varios.

Era también la época en que, en un folleto del abate Pihan, para uso de los «Corazones Valientes»: «Cómo formar a vuestros jefes de equipo», encontrábamos la famosa y siempre excelente definición del equipo. El equipo, en general, es:

— una asociación de iguales,

— poco numerosos,

— unidos para un trabajo común,

— bajo la dirección de un jefe.

Dicho de otra manera: el equipo consiste en un grupo de *hombres* (elemento subjetivo, material) *a los que una misma tarea* (elemento objetivo, formal) *une*.

De esta definición se desprenden dos leyes:

a) Lo que especifica y determina el sentido del equipo es la tarea.

b) Cuanto más «unificadora» es la tarea, más profunda será la unión del equipo —equipo de taller, de fútbol, de sabios o de exploradores—; éste es el caso, en primerísimo lugar, del equipo misionero con miras al reino de Dios, en la misma línea de los doce.

Esta definición se ha visto reforzada, posteriormente, por la etimología misma de la palabra «equipo», que viene de la vieja palabra francesa «esquif» (esquife). El equipo, pues, no es un trasatlántico inmenso; tampoco es la flota de recreo en la que cada uno, a bordo de su bote particular, elige el lugar donde irá a pescar, según su gusto: el equipo es el esquife, como si dijéramos la barca artesana y familiar del apóstol Pedro, un grupo poco numeroso y unido.

En las comunicaciones y discusiones de los primeros tiempos, se descubría el *bien común*, al cual el Padre Lebret, por esta época, devolvía toda su actualidad. Habiendo encontrado esta noción en el viejo granero tomista, el Padre Lebret, como el buen escriba de la parábola, la había sacado cuidadosamente del viejo tesoro y la presentaba como la novedad capaz de rehacer las comunidades de base y, progresivamente, un país entero. En oposición al interés, incluso el interés general, que divide («los intereses generales, esos temibles guerreros», gustaba decir Maurras), el bien común une. Un bien no es el bien común sino cuando tiene en cuenta los demás bienes y se subordina a ellos en una pirámide ordenada.

Por otra parte, entre bien común y equipo había una atracción mutua: un bien, si es común, no puede surgir de un solo hombre. Ciertamente, el jefe es el responsable del bien común (ésta es precisamente la definición de jefe, dentro de esta perspectiva), pero ese jefe supone un equipo que trabaja con él. Del mismo modo, el miembro de un equipo no se define con relación al responsable, sino con relación al equipo. El responsable no es, en principio —puede serlo y debe serlo en ciertos momentos de decisión o de tormenta—, el jefe que manda, sino el que encarna el bien común elegido por todos y hace visible la unidad resultante. El responsable es responsable del fin, es decir, del bien común del equipo, que incluye el verdadero bien de cada miembro del equipo.

Al mismo tiempo, se afirmaba que el bien común no es la suma pura y simple de los bienes particulares, sino que es un bien mucho más alto, resultado de la abnegación de todos y que después, pero solamente después, revierte sobre cada uno. Así, pues, el equipo solamente alcanzaría su objetivo si cada uno de sus miembros se subordinara a este último y re-

nunciara por lo mismo a la prosecución de sus fines propios, por nobles y desinteresados que pudieran parecerle: se trata de una toma de conciencia de la solidaridad fundamental de los hombres, ya que cada hombre no se realiza plenamente sino en la medida de su unión con los demás.

Frente al gran número de quienes desean la vida común para, según su expresión, «alcanzar en ella su pleno desarrollo» («me doy cuenta de que únicamente en equipo alcanzaré mi pleno desarrollo»), la doctrina del Padre Lebrel abría una perspectiva muy diferente: el bien común se alcanza mediante el esfuerzo armónico del grupo, y su instrucción exige un perpetuo olvido de sí mismo: unidad de miras y de formación, sentido de la solidaridad, aceptación de los mismos objetivos y coordinación de esfuerzos, fidelidad a los compromisos y a la disciplina. «No he venido a ser servido, sino a servir»: las palabras del Señor son lo opuesto de la búsqueda del «pleno desarrollo».

Curiosamente, una segunda consideración, procedente del lado de quienes deseaban la vida de equipo, venía a poner una limitación a la profundidad de ésta. Procedía de algunos sacerdotes. Estos habían comprobado (y sin duda con razón) que ciertos grupos más antiguos, en los que algunos sacerdotes se habían reunido para realizar la santidad sacerdotal en torno a la vida común, parecían más vueltos hacia el interior que hacia sí mismos, su ministerio y su apostolado.

Por reacción, aquellos ardientes sacerdotes de los años 1942-1945, que deseaban intensamente la vida de equipo con miras a su ministerio, sentían una gran desconfianza hacia todo lo que pudiera parecer una vida «a estilo de convento». No se reunían para hacerse santos (el Cura de Ars había realizado muy bien eso completamente solo, y lo mismo miles de santos sacerdotes), sino para promover y extender el reino del Señor.

En estas reacciones había algo excelente, que nos obligaba a salir de los viejos carriles, aun cuando algunos auténticos valores corrían el riesgo de permanecer, durante algún tiempo, bajo el celemín.

B) «Vivir el amor del Señor»

Después del Padre Lebrel, dos magníficos amigos iban a enriquecer nuestra idea del equipo: Magdalena Delbrel y Mons. Baron.

Magdalena Delbrel tenía ya una experiencia de diez o doce años en el

grupo de Ivry cuando trabamos conocimiento. También ellas, Magdalena y sus amigas, se habían reunido. Como nosotros, pero bastante antes, habían vivido los beneficios del equipo: vida más equilibrada, control mutuo, multiplicación del dinamismo. Y, puesto que habían franqueado el cabo de los primeros años, también ellas habían agotado los filones de la superficie, y la duración misma de su equipo las había obligado a excavar más a fondo. Una sencilla y fraternal exposición de Magdalena Delbrel (en 1946 ó 1947), comenzaba con estas palabras: «¿Qué es lo que hace a un equipo sólido o frágil?»

«¿Por qué se alista uno en un equipo?» Magdalena Delbrel decía esto como otras pueden decir: «voy a hacer la limpieza.» ¿Es un ambiente en el que unas cuantas personas se reúnen simplemente para darse, por Cristo, a los demás? ¿Un ambiente en el cual, estando todos juntos, será más fácil mantenerse fiel? ¿Un ambiente más equilibrador? Todas estas razones son importantes, pero secundarias; si no hubiera más que éstas, los equipos serian siempre frágiles.

«Si algunos cristianos viven en equipo, lo hacen ante todo para ser en bloque una respuesta al amor que Cristo pide a los cristianos; se reúnen para vivir, con toda la intensidad posible, el verdadero amor de Cristo, el verdadero amor a los demás.» «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre...» (Mt 18, 20), de este modo se hace una verdadera unidad, real. Se reúnen para formar una sola cosa con Cristo, y una sola cosa todos juntos, y atraer a los demás a este amor.

«El cristianismo ha ido siempre hacia los demás en familia, en equipo, en fraternidad; lo que puede cambiar el mundo es el hecho de estar juntos con Cristo. Sería una fragilidad para el equipo contentarse con la amistad, la camaradería, el afecto; es necesario que lo que nos funda a unos con otros sea el amor de Cristo. La suerte del equipo consiste en encontrar personas que estén decididas a amarse juntas hasta el fin, sin tenerse maligna indulgencia los unos a los otros. Para edificar el reino de Dios es necesario que haya unidad: un equipo viviente es una parcela del reino de Dios; no es posible, por lo tanto, que exista verdadero conflicto entre misión y equipo.»

Así, pues, en el equipo se acepta amar todo el tiempo, permanecer en ese estado en que «nadie llama suyo a lo que le pertenece, sino que todo es común a todos», según la expresión de los Hechos de los Apóstoles cuando describen la primera comunidad cristiana. En un equipo, todo es de todos; el equipo nos hace salir continuamente de nosotros para meternos en

la piel de los demás.

«La presencia del Señor en el equipo debería infundirnos un profundo respeto hacia éste: el equipo lleva consigo a Cristo. En el momento en que se falta al amor mutuo, se expulsa a Cristo del equipo, el cual no podrá ya mostrárselo a los demás, puesto que Cristo no está allí.

«El equipo tiene el peligro de la rutina, del envejecimiento, quedándose en pura gentileza. Una regla del equipo es el juego del "ganapierde"; nadie tiene derechos sobre el equipo, pero el equipo debe encargarse de los derechos de cada uno. El amor no tiene reivindicaciones.

«Por supuesto, hay que meterse bien en la cabeza que la unidad no significa uniformidad: siempre acecha más o menos la tentación de la unidad confortable, en la que todos querrían hacerlo todo del mismo modo y al mismo tiempo. Hay que intentar, por el contrario, ver la personalidad de cada uno en el Señor y desterrar las ideas hechas que tenemos de los demás. Debemos pensar, igualmente, que el Señor se ha reservado el hacernos partícipes de sus sufrimientos, y que nosotros no tenemos por qué ayudarle en esto respecto a nuestros compañeros de equipo. Siempre hay una manera de hacer menos mal a las personas, incluso cuando no hay más remedio que hacerles mal.»

Para Magdalena Delbrel, el único vínculo fuerte y duradero, para un equipo, es este descubrimiento del Señor presente en medio del equipo. Y concluía: «El mundo tiene derecho a nuestros equipos sanos y santos, cuando un equipo deja de ser tal, desaparece la presencia del Señor... Para amar no hay recetas; para aprenderlo hay que acercarse al corazón de Cristo. Todo lo demás no sale de la categoría de los trucos.»

C) «El laboratorio de la unidad»

Mons. Baron aportaba también una experiencia vivida: antes de ser llamado a Roma había sido el animador y el superior de un seminario de vocaciones de adultos en su diócesis. Este seminario había sido organizado a base de equipos llevados muy lejos. Mons. Baron partía de la experiencia concreta del seminario que había tenido que dirigir: siendo el seminario una realidad sobrenatural, debe infundir a quien en él vive el sentimiento de que es más amado aún que en una familia natural. El equipo se convertía en el medio para alcanzar la unidad sobrenatural en el amor del modo más perfecto posible.

Mons. Baron insistía en primer lugar en la idea de que la noción de equipo procede de la Iglesia misma y de la Escritura: «La Iglesia no aparece, a los ojos de los hombres de hoy, como un Espíritu que unifica a la multitud, sino como un conjunto de individuos dispersos. Es necesario, por lo tanto, hacer la experiencia de una caridad en perpetua acción para mostrar la unidad que agrupa a la Iglesia.»

Los textos de la Escritura son claros y nos hacen descubrir cómo el plan de Dios es un plan colectivo en y por un grupo restringido. Por ejemplo: no estéis en discordia con nadie, en la medida en que esto es posible. Y otros textos igualmente claros: «Ser Uno como el Padre y el Hijo son Uno, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (cf. Jn 17, 21). Lo mismo enseña san Pablo: nuestra vocación consiste en lograr la unidad, para edificar todo el Cuerpo de Cristo. De todo esto se deduce una especie de carta magna espiritual, cuya cumbre es el «padrenuestro».

El equipo, la comunidad, no son en principio organismos jurídicos, sino un laboratorio en el cual se fabrica la unidad por la caridad. Y del mismo modo, la misa, la meditación que la precede y la acción de gracias que la sigue, así como todo esfuerzo en pro de la unidad durante todo el resto de la jornada, son un bloque sin fisuras:

«Queremos que la unidad que se fabrica en la misa sea la ley de nuestra unidad entre todos. Es preciso, pues, haber ofrecido previamente nuestra voluntad para morir con Cristo en orden a la formación de la unidad. Nuestra acción de gracias debe ser: "Vos acabáis de daros a mí para que os coma, a fin de que yo, dándome a los demás, realice la unidad."»

El equipo es un alumbramiento terrible: nos convertimos en seres animados por el mismo Espíritu Santo. Es la orientación hacia el otro, para ser una misma cosa con él. Es hacerse cargo unos de otros de tal manera que el equipo entero sea responsable de lo que le falte a cada uno. Es preciso tomarnos unos a otros tales como somos: «¿Quién está triste que no me entristezca yo con él?» Esto se aprende en equipos pequeños: hay que imitar a Cristo en la construcción de la unidad. Esto es lo que el Señor quiere de nosotros, y esto al hombre le es imposible sin Él.

«Mediante el equipo se construye el instrumento de la evangelización del mundo; la fe, para comunicársela a los demás, pasa a través del amor vivido en el seno del equipo. Ser testigos, hasta la sangre, de que Cristo los ama. No hay otra regla fuera de hacer saber que el amor de Dios existe. Y este amor de Dios es no solamente Dios, sino todo lo que Dios ama y como Él lo ama.

«El equipo es el amor de Dios trasvasado a nosotros, unificándonos y llevándonos a amar a nuestros hermanos.»

Por eso, Mons. Baron insistía sin cesar en la continuidad del Cuerpo Eucarístico, que se consuma en el Cuerpo Místico. La liturgia es uno de los momentos en que se realiza y se manifiesta la unidad, pero entre la liturgia y la vida no debe haber ruptura.

Cuando abordaba el problema de la castidad, Monseñor Baron lo vinculaba igualmente a esta realidad del equipo. El equipo resultaba de gran valor en este terreno. Recordaba la frase del Señor respecto a los hombres que se han hecho eunucos por el reino de Dios; y el reino de Dios, observaba, es justamente la unidad con los demás, la castidad abre la puerta a la fraternidad universal concreta. Necesitáis aceptar que el sacerdocio sea una inmolación; si buscáis cualquier otra cosa, tendréis una decepción.

«El equipo debe crear un ambiente nutricio y sobrenatural; puesto que el reino de Dios está siempre en trance de hacerse, nunca podemos instalarnos en él. El matrimonio instala al sacerdote, y por eso la Iglesia de Oriente mantiene al obispo sin instalarse, aun cuando permite al futuro sacerdote que se case.

«Si se considera lo que significa la atracción hacia la mujer, se ve que es la concentración del instinto y del afecto en una persona. El equipo ayuda a descentrar esta actividad, orientándola hacia la colectividad; se toma como regla de vida la santificación del equipo: ser enteramente para los demás en el equipo para que el equipo sea de Cristo.»

A través de todo esto, Mons. Baron concluía siempre: «Estad bien persuadidos de que es Cristo, y solamente Cristo, quien hace el equipo y quien puede hacerlo, Cristo en su Evangelio y Cristo en su eucaristía, destinada a hacernos vivir en comunidad. Cristo es el único vínculo de los cristianos. Y la caridad es la docilidad a los «sentimientos de Cristo» (Flp 2, 5). Si mi oración me separa, no es verdadera oración. Que Dios nos una juntos en su Hijo: he ahí el término de la verdadera oración. La oración debe desembocar en ese estado de disponibilidad ante Dios, para que Dios haga en mí ese trabajo que sólo Él puede hacer, para que yo forme una sola cosa con los demás.»

De este modo, la caridad viene a ocupar su puesto en el equipo y a desempeñar su papel propio de vínculo de unión: «Por encima de todo,

vestíos de la caridad, que es vínculo de perfección» (Col 3, 14).

Durante este tiempo, el trabajo proseguía en la vida. Descubríamos cada vez mejor la necesidad apostólica del equipo: nuestra misión urgente consistía en edificar la Iglesia mediante comunidades cristianas enraizadas en el barrio, en la fábrica, a ras de tierra. Pero esta aglutinación en Cristo no se producía por generación espontánea: hacía falta un núcleo, una levadura. Y eso era el equipo. Más allá del testimonio dado con el buen entendimiento entre los miembros del equipo, éste debía poseer en sí mismo un vínculo tan fuerte, que lograra unir a los demás en torno a él sin desagregar.

Para reunir en comunidad a aquéllos que han sido alcanzados por nuestra palabra, es indispensable el equipo, como núcleo de una célula viva. El contacto, los contactos, los apretones de manos..., de eso tendremos pronto todo lo que queramos: camaradas, novios, gentes, para quienes Pablo, Santiago, Juan, esos nuevos «curas»..., son tipos estupendos, de todo eso lo encontramos en cantidad. Y los sacerdotes obreros también. Pero reagrupar, reunir en comunidad, eso es lo difícil. No hay que asombrarse: sabemos que para eso murió Cristo. Tenía, pues, que ser difícil.

El equipo es el cristalizador; la caridad unificadora en el equipo aparece así necesaria:

— como fin: la conversión de los hombres al amor de Cristo y su agrupación en comunidad cristiana;

— como medio: el equipo da a luz a su semejanza; es necesario que posea en sí mismo esta caridad para reunir a los demás;

—más inicialmente aún: él mismo no puede ser equipo a menos que su vínculo sea esa caridad de Cristo; debe, pues, cultivar celosamente en sí mismo ese estado de caridad.

En esta perspectiva, la caridad vivida, concreta, permitirá franquear el obstáculo que había detenido a algunos al principio: no se trataba de buscar una vida común que replegase a los buscadores sobre sí mismos, haciéndoles descuidar el dinamismo apostólico, sino al contrario, de dar a ese dinamismo, fabricado en el seno del equipo, toda su fuerza explosiva al exterior: la unidad del equipo se convierte en fermento de unidad entre los hombres.

II. GRANDEZAS Y MISERIAS

A) ¿Volante o boya?

Cuando decimos «el equipo, instrumento de apostolado, es necesario entender bien esta expresión. Si hubiéramos de escoger un símbolo, elegiríamos el de un volante, no un volante de automóvil, sino esa rueda pesada que sirve para mantener la uniformidad de movimiento de una máquina. Un volante de fundición, lo mismo en mecánica que en sentido figurado, es una reserva de peso que asegura la buena marcha de una operación, una reserva de fuerza, de fondo, es decir, un peso, un lastre, pero para una acción más continua. Un volante no es una cosa facultativa.

Esta comparación destruye un equívoco y previene contra un error, el equipo no es un salvavidas al cual uno se aferra para mantenerse a flote. Cuando un hombre o un seminarista viene y declara (él o su director espiritual) «que necesita una vida de equipo para equilibrarse», padece un profundo error. El equipo no es un remedio contra la falta de juicio, contra la falta de firmeza en el combate de la oración o contra la ineptitud para el contacto con los hombres... Sólo puede sostener a hombres capaces de mantenerse erguidos por sí mismos; sólo a éstos puede añadirles algo. El equipo-boya se verá muy pronto sobrecargado y se hundirá con sus ocupantes.

B) Tiempo para un nuevo nacimiento

El primer factor del equipo es el tiempo. Lo mismo que los estudios de filosofía y de teología exigen tiempo, una larga maduración; lo mismo que la inserción en la vida obrera exige también tiempo, un amplio cambio y un internamiento; así la vida en equipo: aprender a hacer equipo auténtico, aprender en seguida a insertarse en tal equipo, es una obra que no se hace por las buenas, con un buen carácter o gracias a una afinidad inmediata.

Hay que asistir a clase, hacer el aprendizaje de equipo y de comunidad, y esas clases se prolongarán a lo largo de toda nuestra vida. Esto es lo que hace tan difícil, y se comprende, a sacerdotes ya un poco mayores o a religiosos que han terminado su formación en otra parte, el insertarse en un grupo nuevo y ya estructurado. Esto explica igualmente la dificultad, en el

seno de un mismo grupo, de sustituir a un miembro en un equipo antiguo: no es fácil subir a un tren en marcha cuando no se ha partido juntos.

Entrar en un equipo es volver a entrar en el seno de la madre: «¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer?» (Jn 3, 4). Es una verdadera muda, difícil para todos nosotros, de cualquier edad, de cualquier ambiente.

C) Primer estadio del Cuerpo Místico

Pero éste es un nacimiento que desemboca en el Cuerpo Místico y que da su grandeza sobrenatural al equipo.

Esta era ya la señal preciosa de la autenticidad de nuestra entrega a Dios y a los hombres, puesto que sustituía poco a poco la búsqueda egoísta de nuestro yo: «¿cómo puedes decir que amas a Dios, a quien no ves, si no amas a ese hermano que Dios ha puesto a tu lado para que le veas a Él?» Pero el equipo es mucho más: *es el primer estadio del Cuerpo Místico*; cada uno de nosotros es una célula de ese Cuerpo, pero el equipo es su primer órgano-miembro.

Para santo Tomás de Aquino, la entrada en religión era un nuevo nacimiento y los votos solemnes equivalían a un segundo bautismo: por eso, al religioso se le imponía un nombre nuevo. Dejemos a un lado el cambio de nombre, pero quedémonos con esa idea de nuevo nacimiento, que realizamos con nuestra entrada voluntaria en el Cuerpo Místico, concretizado en tres o cuatro compañeros visibles: «Porque todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28).

El misterio de Cristo en nosotros, «que lo es todo en todos», es un prodigio de unidad: Dios ha elevado a una perfección sobrenatural esa unidad que los hombres, por naturaleza, poseen entre sí. Según san Pablo, Cristo no se apodera de nosotros como de una polvareda de individuos aislados: el hombre nuevo no es solamente un individuo que se ha hecho cristiano y ha sido renovado por la gracia, sino un hombre que se ha incorporado al pueblo único y se ha integrado en la casa de Dios (cf. Ef 2, 14, 22).

Esto es lo que tenemos que vivir: la presencia de Cristo en mí, agregándome a la misma presencia de Cristo en mis hermanos. Del mismo modo que la «vida apostólica» exige la contemplación como fuente de la acción, que de ello brota, así la edificación de la Iglesia necesita, como fuente propia, la unidad real del equipo.

Este perpetuo nacimiento en el equipo es un perpetuo alumbramiento. Así, por su misma naturaleza, un equipo nunca está hecho al primer golpe —hacen falta meses—, sino que por su naturaleza de ser vivo nunca está terminado: primer estadio del Cuerpo Místico, y a su imagen, el equipo es un organismo que lucha y sufre contra el pecado, en perpetua reconquista interior, redimido y redentor a la vez.

El extraordinario texto de san Pablo que sirve de epístola en la misa de los esposos (Ef 5, 21 es) no es extraño a nuestra vida de equipo, antes al contrario. San Pablo establece un paralelo entre el matrimonio humano y la unión de Cristo con la Iglesia: «A Cristo se le puede llamar esposo de la Iglesia, porque es cabeza de ella y la ama como a su propio cuerpo, al igual que acontece entre marido y mujer; esta comparación, una vez admitida, proporciona a su vez un modelo ideal al matrimonio humano.»[24]

Ahora bien, si aplicamos este texto al equipo, no es porque un hogar amante puede ser un hermoso modelo de equipo; la comparación se sitúa del lado del Señor: del mismo modo que el Señor ama a la Iglesia como a su propio cuerpo, así el miembro de un equipo amará al Cuerpo Místico y lo edificará amando y construyendo a su equipo. No se trata de una fórmula piadosa o sentimental, puesto que el equipo es la primera célula del Cuerpo Místico. No pierde, pues, el tiempo el miembro de un equipo que ama a éste como Cristo amó a la Iglesia, que se entrega Por él a fin de santificarlo, que quiere hacerlo resplandeciente, sin mancha o arruga ni nada semejante, sino santo e inmaculado.

D) Soledad y comunión

Soledad y comunión, cuando ambas están situadas en su verdadero nivel, no se oponen. La profundización del sentido de Dios y la necesidad de nuestra unión con El constituyen el fermento que necesita la vida común. Y esto será cada vez más cierto en un mundo cada vez más colectivista. Soledad y comunión se reclaman la una a la otra: es necesario aceptar vivir para otro y a cuenta de otro —llámese éste unas veces Dios y otras el prójimo.

En todo caso, es preciso que renunciemos a esa autonomía absoluta

---

[24] Nota de la Biblia de Jerusalén.

que está tan enraizada en nuestra naturaleza (de buena gana diría: tan «enviciada»): necesitamos consentir cada vez —y esto es la caridad— la entrada de otro en nuestra vida. Es lo que expresa hermosamente el Padre de Lubac: «No somos fragmentos, sino miembros.» La aparente oposición entre soledad y comunión se resuelve en unidad, lo hemos visto, en el Cuerpo misterioso del Señor. Pero hay que ir más lejos: nuestra vida, centrada en Dios, no puede mirar menos alto que a Dios en la intimidad de su Trinidad.

«Tiene que haber unión de amistad entre aquéllos que tienen un mismo fin común», escribe santo Tomás,[25] y prosigue: «En una ciudad, los hombres están unidos por una cierta concordia, una armonía, a fin de lograr el bien de la ciudad. Los soldados, en un ejército, tienen también que estar unidos y obrar de acuerdo para alcanzar la victoria, su meta común. Ahora bien, el fin último al cual conduce la gracia de Dios al hombre, es la visión del mismo Dios, propia de Dios.»[26]

Nuestro fin común es, pues, Dios en cuanto se comunica a nosotros y nos transforma en una sociedad de amor con El. La Ssma. Trinidad es el modelo último del equipo: tres en una cohesión total, en una comunicación, en una comunión sin fronteras, y, sin embargo, sin que desaparezca la distinción entre ellos ni sus relaciones propias en el seno de la Trinidad. Cada uno de nosotros, dentro del equipo, conserva su personalidad y se caracteriza por lo que tiene de propio en relación con los demás miembros de su equipo. Pero, del mismo modo que la acción creadora de Dios, las obras *ad extra* de la Trinidad son comunes a las tres divinas Personas, así toda acción fuera del equipo debe ser verdadera y visiblemente obra común. Y esto no repliega en modo alguno al equipo sobre sí mismo.

E) Si el grano de trigo no muere

Si el equipo aspira a tales grandezas, no puede escapar a la ley de la cruz, que es la ley del crecimiento y de la resurrección. Al equipo se le aplica lo que decía san Agustín: «Nunca estéis satisfechos de lo que sois, si queréis llegar a lo que todavía no sois. En el momento en que os complacéis en vosotros mismos, os detenéis. Si decís: "esto me basta", estáis

---

[25] *Contra Gentes,* III, 117.

[26] *Contra Gentes,* III, 151.

muertos. Es necesario crecer siempre, avanzar siempre, progresar siempre.»

Es cierto que la tentación más habitual no consiste en imaginar que hemos realizado la plenitud de la vida de equipo, porque, ordinariamente, sentimos demasiado sus dificultades. Pero entonces caemos en esa caricatura que consiste en no hablar del equipo más que para ver sus dificultades, sus estridencias y sus desaciertos. Presentar así el equipo sería como si a los novios se les hablase del matrimonio mostrándoles únicamente las dificultades cotidianas, en vez de hacerles ver la hermosa y grande obra que han de llevar a cabo juntos. La esencia del equipo no consiste en sus dificultades, que son inevitables, sin en el reino de Dios que trata de edificar.

Tampoco hay que asombrarse si, en el combate que el demonio entabla contra nosotros en el apostolado, se añade contra el equipo: es una ilusión diabólica esperar a que el equipo sea lo que debería ser para ser nosotros lo que debemos ser. Es una ilusión diabólica y farisaica esperar a que el equipo sea perfecto y definitivo, para darse a él a fondo; el equipo no puede dar lo que no recibe de cada uno de sus miembros.

Todos corremos el peligro de ser terriblemente independientes y de organizar en realidad nuestra vida según nuestros gustos, aunque exteriormente parezca que estamos muy entregados a los demás. Hay que reconocer que la entrega a los demás, cuando éstos son ajenos al equipo, es mucho más fácil: uno se siente comprendido, se ve (y se lo cree más aún) útil, uno presta ayuda, y los más acérrimos detractores del paternalismo acaban por sucumbir.

Ciertamente, el equipo no es fin último de nuestra entrega, pero para el apóstol es el barómetro infalible: consultando su generosidad en el interior del equipo, el apóstol conoce su verdadera «presión” apostólica. En este sentido, y aplicando las parábolas del reino, hay que ser capaz de venderlo todo para que el equipo sea la perla preciosa y el campo que esconde un tesoro (Mt 13, 44).

La sumisión al equipo, con todo lo que esto supone de pérdida de uno mismo, es la forma práctica y permanente de la obediencia: mediante el equipo, encontramos a Dios y su voluntad, de una manera activa. Dentro del equipo, igualmente, es donde adquirimos conciencia de que es precisamente el espíritu del mal quien atiza la incomprensión mutua, la división, seguida de esas múltiples miserias cuyo catálogo enumera san Pablo en diversas ocasiones: «contiendas, envidias, iras, ambiciones, detracciones, murmuraciones, sediciones...« (2 Cor 12, 20).

El equipo en sí no es más que un medio, no es un fin: lo que hemos dicho de cada uno de los miembros del equipo en relación a éste, hay que decirlo del equipo en relación con otros equipos y, sobre todo, en relación con el reino de Dios que se trata de edificar. No hay que perder de vista que también el equipo debe estar disponible y renunciar a sí mismo para edificar el reino. En caso contrario se convierte en un «ghetto» en vez de ser fermento, será un simple grumo en lugar de ser levadura en la masa. El peligro de ciertos equipos, cuando envejecen, consiste en que sus miembros pueden estar de tal manera unidos, y de una manera tan humana, que ya no saben enjambrar para renacer en otra parte y, separándose, echar nuevos brotes para extender el reino.

F) La carta magno del equipo

«Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe...» (1 Cor 13, 1). Este himno a la caridad puede leerse, sin falsearlo, sustituyendo el Yo de san Pablo por el equipo, puesto que el vínculo del equipo es la caridad. Este texto tan inflamado y tan práctico al mismo tiempo se convierte entonces en una guía incomparable para quienes han escogido esta forma de vida apostólica: «Si el equipo hablase lenguas de hombres y de ángeles» (y se comprende todo lo que esto podría significar en la liturgia, la mentalidad y las conversaciones), «si no tiene caridad es como bronce que suena o címbalo que refine» (vale tanto como una campana que suena en vano y no congrega a nadie).

Del mismo modo debemos parafrasear todo este texto de San Pablo, por el cual desfila todo: la catequesis, los sermones fogosos, la entrega absoluta a los demás, el estilo de vida pobre, todo eso no servirá de nada para el apostolado si el equipo no está arraigado en la caridad: «Aunque el equipo tuviera el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera tanta fe que trasladase los montes, si no tiene caridad, no es nada. Aunque el equipo distribuyese todos sus bienes en limosnas, aunque el equipo se entregara a las llamas, si no tiene caridad, de nada le aprovecha.»

Y de la misma manera que esta caridad tan elevada, «el camino mejor» (1 Cor 12, 31), va a concretarse en una serie de actitudes profundamente humildes, amando al prójimo más que a nosotros mismos, así el equipo, dentro y fuera de sí mismo, va a aprender cuáles son las verdaderas credenciales de su nobleza: «el equipo no es envidioso, no es jactancio-

so, no se hincha; no es descortés, no es interesado, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.»

Que Dios nos conceda la gracia de comprender las riquezas del equipo y, una vez comprendida su necesidad apostólica, la constancia para realizarlo.

3. Murmuración y murmuradores

San Pablo escribe a la naciente comunidad de Corinto: el soplo de Pentecostés, el entusiasmo del todavía reciente encuentro con el Señor están en lucha con la mentalidad pagana, enraizada en las costumbres y en las conductas desde siglos atrás. Se percibe a lo vivo cómo la cristianización va abriéndose camino, pero también cómo el paganismo contraataca: la absoluta novedad del misterio anunciado por san Pablo escapa a muchos de aquéllos que, no obstante, han recibido el Evangelio con entusiasmo; no ven en él sino una doctrina muy bella entre tantas otras. Desde las primeras horas, las costumbres y la fe se ven amenazadas.

¿Cómo, pues, poner en guardia a estos corintios, tan proclives a usar mal de su libertad en nombre de su misma fe? San Pablo apela a la historia del pueblo judío; pone de relieve cuatro tentaciones permanentes y capitales, tan profundamente arraigadas en el corazón del hombre pecador, que, por encima de su realidad histórica, siguen amenazando a los cristianos: la idolatría, el frenesí de los sentidos, el tentar a Dios, la murmuración contra los responsables.[27]

En cuanto a la idolatría, baste recordar el texto de Paul Claudel después de su conversión:

> «Bendito seas, Dios mío, por haberme librado de los ídolos,
>
> Y por haber hecho que te adore a Ti solo, y no a Isis u Osiris,
>
> O la Justicia, o el Progreso, o la Verdad, o la Divinidad,
>
> O la Humanidad, o las leyes de la Naturaleza, o el Arte, o la Belleza...,
>
> O el vacío dejado por tu ausencia.»[28]

---

[27] Cr. ALLO, sobre *La Première épitre ano Corinthiens*, p. XXXIX

[28] *Cinq grandes odes*...

En cuanto a la lujuria, inútil decir nada; está a la vista. Quedan, sicológicamente muy próximos, el tentar a Dios —el chantaje—, y la murmuración contra los responsables. Estos dos males serán siempre una amenaza en un grupo, ya se trate de un equipo misionero o de una comunidad cristiana. Que a la murmuración se la llame hoy «crítica», que los responsables a la moda no se atrevan a llamarla «mal espíritu» —temiendo, sin duda, caer en ella ellos mismos; y esto les honra—, todo eso no quita nada a su nocividad.

¿Cree alguno que más valdría airear datos más positivos? Saber reconocer las serpientes venenosas es ya una cosa extremadamente positiva. Ahora bien, desde san Pablo hasta san Benito, desde san Benito hasta el Padre Chevrier, por sólo citar a éstos, de un milenio a otro, encontramos el mismo toque de atención contra todo aquello que, de cerca o de lejos, suponga una división interna de una comunidad.

Cuando san Pablo traza el catálogo de los vicios y de las obras de la carne, cita indiferentemente y pasa sin transición de las fornicaciones, vicios contra la naturaleza, embriagueces y otras orgías, a la enumeración de las disensiones y de sus diversos modos de expresión: arrebatos de ira, disputas, maledicencias, chismorreos, acritud, discordia, suposiciones malévolas, querellas verbales... Para san Pablo, estas «obras de la carne» son siempre un exceso: exceso de los sentidos o exceso de una exaltación del yo que conduce a la división; son siempre fruto del egoísmo del yo carnal.

Merece la pena que todos leamos una vez en la vida, y seguidos, la docena de textos que la Biblia de Jerusalén indica en nota al pasaje de Romanos 1, 29. Uno termina con la cabeza baja, y se ve que todas las comunidades a las que san Pablo escribió, excepto los queridos filipenses y los tesalonicenses, cuya excepcional caridad alaba, fueron prevenidas por el apóstol en esta materia. Y cuando escribe a sus discípulos, lo mismo a Tito que a Timoteo, san Pablo les recomienda insistentemente que vigilen sin tregua en este terreno.

En el fondo, estas actitudes de murmuración, de crítica, son un infantilismo; es el modo peculiar que tiene el diablo de realizar a su manera, es decir, al revés, el «si no os hiciereis como niños» (Mt 18, 3) del Señor. Porque el origen de nuestras críticas procede de que no hemos aceptado el lugar que ocupamos, el límite contra el cual topamos: entonces, para no reconocerlo, atacamos al otro o al grupo. Y el infantilismo consiste precisamente en ese rechazo de la objetividad ante un destete necesario.

San Pablo alude expresamente a ello escribiendo a los corintios: no ha podido hablarles como a hombres espirituales, sino como a seres carnales»; no puede darles alimento sólido, porque son todavía, les dice, «niños de pecho...» «Si hay entre vosotros envidias y discordias, ¿no prueba eso que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro: Yo de Apolo, ¿no procedéis a lo humano?» (1 Cor 3, 1-4). Según san Pablo, tres miserias van estrechamente unidas: el infantilismo espiritual, el dominio de la carne, la discordia.

El remedio es claro: Jesús lo propone en la parábola en acción de la verdadera infancia espiritual. En efecto, es curioso observar que el niño que Jesús coloca en medio de los apóstoles, proponiéndoselo como modelo, es la respuesta que el Señor da a quienes acaban de discutir para saber quién de ellos es el más grande (Me 9, 33-35). La respuesta ya la conocemos: «El mayor entre vosotros será como el menor, y el que manda como el que sirve» (Le 22, 26).

San Pedro saca la conclusión de todo esto: también él, en su primera carta, contrapone la Buena Nueva del Señor a las divisiones. Repite, en tono positivo, los elementos de la comparación de san Pablo: los verdaderos recién nacidos en Cristo no se alimentan de leche agria: «Despojaos, pues, de toda maldad y de todo engaño, de hipocresías, envidias y maledicencia, y como niños recién nacidos apeteced la leche espiritual no adulterada, para con ella crecer en orden a la salvación, si es que habéis gustado cuán bueno es el Señor» (1 Pe 2, 1-3).

Después del Señor y los apóstoles, será conveniente añadir nuestras demás fuentes fundamentales; una de ellas, y la primera en el tiempo, después de la Escritura, es la Regla de san Benito. De ella puede decirse que es la base y el tronco común del árbol de la perfección evangélica, y que hasta la misma rama de los institutos seculares recibe su savia propia a través de ella. Porque san Benito, «al fundar una escuela en la que se aprende a servir al Señor», enseña al mismo tiempo cómo deben ser la vida entregada a Dios y la vida fraternal:

«Y buscando el Señor a su obrero entre la muchedumbre del pueblo, al que endereza tales palabras, dice otra vez: *"¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea gozar días felices?"* Y si tú, al oírlo, respondieres: "Yo", te dice el Señor: "Si deseas gozar verdadera y perpetua vida, *guarda*

tu lengua del mal y no profieran tus labios dolo alguno. Apártate del mal y haz el bien, busca la paz y síguela..."»[29]

A lo largo de toda la Regla se repite la misma advertencia. Entre los «instrumentos de las buenas obras»,[30] san Benito enumera:

—no tener dolo en el corazón,

—no dar paz fingida,

—no abandonar la caridad;

y asimismo, no ser:

—ni murmurador,

—ni detractor...

Y estas 70 sentencias concluyen en el mismo tono:

—no aborrecer a nadie,

—no abrigar celos,

—no tener envidia,

—no amar las disputas.

Basta leer estas máximas, aunque sólo sea por encima, para convencerse de que se trata, evidentemente, del abecé del Evangelio. Pero, a pesar de todo, ¡es necesario releerlas muchas veces y grabarlas hondamente en el corazón para no quebrantarlas!

Y llegamos así al capítulo XXIII de la Regla: «De las culpas que llevan consigo la excomunión.» ¿De qué se trata? ¿De los fugitivos? ¿De golpes y heridas? ¿De aquéllos cuyas costumbres son escandalosas? No, sino de aquéllos que, por sus palabras o sus actitudes, rompen la comunión. En cinco líneas, san Benito describe el mal con precisión experimental: «Si algún monje contumaz, o desobediente, o soberbio, o murmurador, o contrario en algo a la santa Regla o a los preceptos de sus ancianos...»

Nos hallamos ante un cruce de caminos, donde se toma o el camino de Dios y de la santidad más auténtica, o el de la mediocridad. Porque puede llegar un día en que «se le impongan a un hermano cosas penosas e

---

[29] Prólogo de la Regla.

[30] Cap. IV de la Regla.

incluso imposibles» (al menos a sus ojos).[31] En pocas líneas, san Benito hace múltiples indicaciones: «recibir la orden del que manda con toda mansedumbre y obediencia»; y si la orden está verdaderamente por encima de sus fuerzas, manifiésteselo al superior, pero «sin altivez, resistencia o contradicción...»

Cuando se piensa que la Regla de san Benito está escrita no para facilitar el gobierno y el recto orden de un monasterio considerado en sí mismo como un fin, sino para «servir de punto de partida para la santificación»,[32] se comprende mejor aún la insistencia del Padre de la vida religiosa de Occidente en poner a los murmuradores en guardia contra sí mismos: echan a perder su propia vida. Porque la ausencia de murmuración y de críticas, la aceptación incluso de lo aparentemente imposible, es el medio más seguro para realizar la adhesión del alma a Dios en todas las circunstancias de la vida: en esto, y solamente en esto, consiste la santidad.

Cuando aceptamos la debilidad de la crítica, cuando nos rebelamos interiormente, sepamos que pinchamos nuestra alma con la punta de una navaja y la desinflamos del soplo del Espíritu.

El Padre Chevrier escribía: «Un hombre, puesto a derribar, hace más en una mañana que cien albañiles en un día.» Cabe suponer que esta frase fue escrita por él después de alguna dolorosa experiencia, pero ofrece el remedio a renglón seguido: «Es muy difícil que en un equipo no haya pequeñas divisiones, pequeñas oposiciones de mentalidad y de puntos de vista, y de maneras de obrar: cada cual tiene su mentalidad y sus puntos de vista, como cada cual tiene su rostro; pero es necesario fundir la propia mente y los particulares puntos de vista en la mentalidad general del equipo, saber sacrificar los propios puntos de vista y los bienes propias, y jamás situarnos fuera de aquéllos con quienes estamos y debemos estar, a menos que nos separemos de ellos completamente para formar una obra aparte, fuera. Cuando decididamente no es posible unirse, es preferible separarse. Esto evita muchos sufrimientos a una y otra parte.»

Es, ni más ni menos, el ejemplo de Pablo y Bernabé.

Cuando nos dejamos llevar de sospechas, de críticas, añadimos a la

---

[31] San Benito dedica a esto todo un capítulo (cap. LXVIII).

[32] Último capítulo de la Regla.

miseria real que constatamos —cuando es real, y no la abultamos con nuestra ignorancia de los hechos—, un veneno que la hará al fin purulenta y le impedirá curar. No tenemos por qué decir siempre amén, pero peor es llevar siempre la contraria, y sobre todo cuando se hace por la espalda. El remedio contra este mal de la crítica consiste, entre adultos, en decimos «cara a cara», e incluso a los responsables —como hizo Pablo con Pedro (Gál 2, 11)— lo que creemos que debemos decir.

¡Con qué interés debemos aplicarnos también a ser benévolos respecto a los responsables y superiores, tanto dentro del equipo como fuera de él, respecto a la Iglesia y —hay que llegar hasta el fondo del Evangelio— respecto a los jefes que mandan en el orden temporal, incluso a los rigurosos y difíciles de que habla san Pedro! (1 Pe 2, 13-25).

Cada época tiene su miseria: la pasividad de los cristianos del siglo XIX, el dejar hacer, dejar pasar del liberalismo fueron graves faltas. Pero no caigamos en la cultura del descontento elevado al rango de virtud: seríamos ciegos conductores de ciegos, que acabaríamos en la hoya.

Lo que más radicalmente nos opone al marxismo, y en todos los terrenos, incluso en aquéllos en que tenemos las mismas opciones prácticas, es la diferencia del punto de partida. Para el marxismo (no hablo de los marxistas, muchos de los cuales son en este punto cristianos, a pesar de su doctrina), la dialéctica, ley fundamental del universo, pone la oposición en la base de toda criatura, material o espiritual, y el progreso no puede surgir sino de una lucha.

El cristiano, por su parte, aprende desde la primera página del Génesis: «Y vio Dios que todo aquello era bueno.» Por el hecho de existir Dios, hay una armonía fundamental, un vínculo y un bien entre todos los seres de la creación; y si el pecado original ha perturbado esta armonía radical y ha introducido disonancias, hay que restablecerla y procurar atenuar sus estragos.

Por lo que a nosotros hace, debemos cultivar un dinamismo positivo, que tiene su origen en la alegría de haber sido llamados por el Señor a la misión más alta y más bella que puede pensarse: dar a Dios a los hombres, no mediante una aportación de nosotros mismos (¡pobres de nosotros!), sino *revelándoselo*, que es cosa muy diferente.

Luchar contra las divisiones y las críticas, en nosotros mismos y fuera de nosotros, no es fácil. No nos hagamos ilusiones a este respecto. Pero si entablamos la lucha, ésta no sólo conducirá a evitar alguna cosa rastrera, sino que aportará un extraordinario refuerzo en el bien. Renunciar cada vez

a lo que destruye, a las «obras de la carne», equivale a entrar en esos «frutos del Espíritu, contra los cuales no hay ley: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza» (Gál 5, 22-23).

El reverso de la murmuración y de la demolición es exactamente la alegría que nace de la alabanza de la gloria de Dios y esa edificación del reino cuya grandeza describe el Apocalipsis. Este hecho positivo sólo tiende a crecer y a multiplicarse, si nosotros no lo esterilizamos.

San Pablo repite incesantemente —¡más de cincuenta veces!— esta consigna de alegría, esta invitación: «Alegraos siempre en el Señor; de nuevo as digo: alegraos.» Y esto no tiene nada de extraño después de un Evangelio que comienza con las palabras del ángel a la Virgen: «Alégrate...», que deben llevarnos a la perfección de la alegría, el gozo mismo de Jesús comunicado en plenitud (Jn 15, 11, y 17, 13). San Pablo ha comprendido, y no cesa de repetir, lo que a los apóstoles tanto les costaba creer en vida de Jesús: la alegría del corazón es el fruto de la docilidad al Espíritu. Misteriosa alquimia, en la que «se recibe la Palabra con gozo en el Espíritu Santo, aun en medio de grandes tribulaciones» (1 Tes 1, 6), y que hace que Pablo «esté lleno de consuelo, rebose de gozo en todas sus tribulaciones» (2 Cor 7, 4).

No nos engañemos: la alegría cristiana nace no de la cruz, como se dice demasiado fácilmente —porque la cruz siempre es dolorosa— sino de la aceptación confiada de esa cruz. La alegría es, en definitiva, el fruto de la fe probada. La prueba no debe parecernos una cosa «extraña» —la palabra es de san Pedro—, el cual prosigue: «habéis de alegraros en la medida en que participáis de los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exaltéis de gozo» (1 Pe 4, 12-13).

Así, pues, de la prueba saldrá la alegría o la murmuración, según nos hayamos adherido o no a la cruz: no en vano fueron crucificados con Jesús, en el Calvario, otros dos hombres. Y mientras el primer ajusticiado pone a prueba a Cristo: «Sálvate a Ti mismo y a nosotros...», el otro acepta, ¡y con qué confiada humildad! Y es éste quien «desde hoy» entrará en la alegría: así se lo promete Cristo.

«Todo reino dividido contra sí mismo será devastado, y caerá casa sobre casa»: la palabra del Señor es evidente. Todo hombre hubiera podido pronunciarla. Pero, cuando se trata de los asuntos de Dios, la división es infinitamente más perniciosa, porque afecta a la esencia misma del reino: la unidad en y por la caridad, que es al mismo tiempo la frontera y el territorio del reino de Jesús.

El grupo especial en que vivimos, en sí mismo, es poca cosa, y sus reales deficiencias aventajan a las críticas que pudieran hacérsele. Pero el verdadero mal de las murmuraciones consiste en desviar de lo esencial: el «depósito» de la fe «que hay que guardar», el Señor a quien no debemos traicionar allí donde nos ha colocado, el mundo que vive en las tinieblas y en las sombras de muerte y al cual debemos iluminar: no tenemos derecho a subestimar nada de esto, y menos todavía a hundirlo.

Ahora bien, todos los esfuerzos que hagamos por realizar, como hijos de Dios, el retrato mismo del Señor, «manso y humilde de corazón», irán edificando progresivamente el reino de Dios. Un equipo unido, una comunidad parroquial que ha puesto en primer plano esta caridad, son ya la reunión de dos o tres en nombre del Señor Jesús: entonces, por el mismo hecho, hemos alcanzado el fin en aras del cual hemos entregado nuestra vida.

Y los días de tentación, o los días en que nos vemos probados por una comunidad o un colega de equipo que nos induce a la murmuración, pensemos en el pobre Moisés, que, después de toda una vida de lucha, no tuvo la dicha de entrar personalmente en la Tierra Prometida y tuvo que contentarse con contemplarla desde lejos, porque un día, en Meribá, «en el día de la tentación en el desierto, los corazones se endurecieron y nuestros padres tentaron al Señor, le probaron a pesar de haber visto sus obras». Y el mismo salmo invitatorio de maitines nos dice cuál es el fruto de la murmuración en el pensamiento de Dios: «No entrarán en mi reposo» (Sal 95).

Moisés y Aarón nos dicen la última palabra acerca de todo esto. Cuando el pueblo murmura contra ellos en el desierto, le dicen: «¿Qué somos nosotros? No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra Yavé» (Ex 16, 8).

4. El tiempo y los tiempos de la misión

No basta decir «Señor, Señor» para entrar en el reino de los cielos; de la misma manera, no basta decir «misión, misión» para ser misionero. Partir, vivir en «país de misión» no es todavía más que el primer paso. Entrar en misión, como de otros se dice «entrar en el claustro», supone un viraje radical de las perspectivas que animan casi forzosamente al hombre nacido en país de cristiandad.

Estamos, una vez más, ante una verdad evidente, pero reconocerla no significa aún haber ganado la partida; una inclinación casi fatal nos induce a obrar en tierra de misión como si estuviésemos en un país cristiano.

Se ha ironizado mucho a propósito de las religiosas del siglo XIX, que, misioneras en África, enseñaban a las negritas a tejer los finos e inútiles encajes de sus viejas provincias de origen. Y no hemos tardado mucho en lamentarnos de las catedrales falsamente góticas importadas a las tierras de misión. Pero, ¡qué fariseos seríamos si pusiéramos cara de indignación ante tales hechos! ¿No mereceríamos el reproche de la viga en nuestro propio ojo? Porque, si, materialmente, estamos atentos a evitar estos errores, ¿estamos completamente seguros de habernos tomado tiempo para escuchar, comprender, dejarnos impregnar, en vez de llevar en nuestras maletas materiales apostólicos prefabricados?

La misión exige mucho tiempo de lenta asimilación, siempre más largo, en última instancia, que las etapas más largas que de antemano nos habíamos señalado. Antes de dar, y de dar el bien más precioso del universo, bien que son incapaces de contener el cielo y la tierra, es preciso recibir antes, y no solamente de Dios, que esto es evidente, sino recibir también del más pobre su misma pobreza: si el don de la palabra no va precedido de una humilde escucha, existe el gran peligro de predicar nuestras propias ideas en vez de predicar a Jesucristo. «Los pobres son evangelizados» es el signo de la misión, pero a condición de que los evangelizadores se pongan a la escucha de aquellos a quienes evangelizan. Solamente entonces po-

drán transmitir el mensaje.

Es inútil apelar a la experiencia de los misioneros en países lejanos. Uno de ellos, el Padre Tempels, apóstol en el África Negra, evoca con humor la mentalidad del misionero o del occidental que llega a un país africano. Y lo que él dice podemos transponerlo a la escala de nuestros esfuerzos:

«El recién llegado de Europa desembarca con espíritu de organización. Comienza por preguntarse: ¿Cuántas reuniones haremos por semana? ¿Cuántas personas admitiremos en cada grupo? Debería, por el contrario, tratar de informarse, preguntar a la gente y, partiendo de aquí, tratar de penetrarlos y de conocer su pensamiento profundo.

"Muchos europeos tenían la ambición de servir al África. Pero concebían su trabajo de la manera siguiente: estos negros no tienen nada; para ayudarlos, vamos a construir. Partían de arriba. Atiborrados de filosofía y de teología, hablaban como libros. Hubieran debido comenzar por la base: ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces? ¿Tienes trabajo? ¿Qué piensas de la vida? ¿Qué deseas? Entonces hubieran descubierto un universo en el que Dios estaba presente.»[33]

Las observaciones del Padre Tempels están tomadas de su propia experiencia y por eso puede permitirse hablar así.

De este modo, el pobre —pobre de bienes humanos, pero pobre también de Dios— es el primer evangelizador de aquel que viene a evangelizarle. Nosotros llevamos el Evangelio, pero tenemos que recibirlo de la mano de los pequeños y de los pobres. Ellos no conocen el nombre de este Evangelio, pero son sus testigos, y aun cuando son pobres en virtud —los pecadores—, o pobres en esperanza —los rebeldes y los amargados—, su miseria debe ser ampliamente escuchada, debe penetrar en nosotros para que la respuesta que les demos sea verdaderamente la del Señor.

* * *

Tenemos, pues, que respetar la duración del tiempo: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Gál 4,

---

[33] Citado por ELISABETH DES ALLUES, *Toumliline. A la reecherche de Dieu, au service de l'Afrique*, Ed. du Cerf, p.241.

4). El misterio expresado por san Pablo debemos hacerlo nuestro. De querer alumbrar antes del tiempo debido, corremos el riesgo de no respetar las realidades propias de los hombres a quienes nos dirigimos, y asimismo el de embalarnos en los aspectos inmediatamente más espectaculares, pero también los menos profundos y más transitorios.

Todas las parábolas del reino de Dios están tomadas de las lentas germinaciones de la tierra. No sin motivo, se nos habla del grano de mostaza, que a la larga «llega a hacerse un árbol» (Mt 13, 32), del trigo que germina y crece «sin que el hombre sepa cómo, y ya duerma, ya vele, de noche y de día» (Mc 4, 27), de las fases sucesivas del crecimiento, que Jesús enumera una por una: «de sí misma da fruto la tierra primero la hierba, luego la espiga, en seguida el trigo que llena la espiga». En cuanto al sembrador, intervendrá de nuevo, pero al fin: «cuando el fruto está maduro, mete la hoz, porque la mies está en sazón» (Mc 4, 28-29). Así, Dios se sirve del hombre para dos actos muy breves, sembrar y recoger, pero el crecimiento lo da Dios sólo. Nos lo recuerda san Pablo, «Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (1 Cor 3, 7). Y su ritmo es lento.

En realidad, también la sementera y la recolección se hacen con el tiempo. Antes de llegar a la tierra buena, el sembrador deberá atravesar las zonas estériles, donde el grano cae en vano, por falta de profundidad, o se ahoga entre las espinas: debe, pues, saber escoger y esperar el surco fértil. Con la recolección sucede lo mismo: a pesar de las impaciencias más legítimas, es ley del Señor aceptar durante mucho tiempo, hasta el fin del mundo, la presencia de la cizaña en el campo y no extirpar prematuramente el mal.

Algunos piensan que hoy día el hombre de las ciudades no comprende ya estas parábolas excesivamente rurales: es verdad que muchos niños de los barrios urbanos no han asistido nunca a las lentas germinaciones de la tierra. A nosotros nos corresponde enseñarles a observarlas y a hacerles descubrir esta ley de la naturaleza, porque sería inútil querer sustituir, con un lenguaje tomado de la técnica, cosas que son privativas de la vida, en la cual el tiempo acompaña los ritmos y las fases del crecimiento, que son semejantes lo mismo en el orden de la naturaleza que en el de la gracia.

Ahora bien, Jesús se revela en el terreno apostólico, no solamente como el Único, el Enviado por excelencia del Padre, sino que, con su misma vida, nos hace prestar atención a tres tiempos de la misión. No se trata de etapas cerradas sobre sí mismas, no existen separaciones rígidas de

una época a otra, sino de componentes armónicas: cada uno de estos tiempos está presente en el otro, preparado por el anterior a la vez que completándolo. Son distintos, sin embargo, y podríamos llamarlos: el tiempo de la Amistad, el tiempo de la Palabra, el tiempo del Sacramento.

El tiempo de la Amistad es Nazaret: la infancia, la presencia, la vida compartida, el trabajo de todos, los mil vínculos de trato y de parentesco que hacen decir: «¿No es acaso el carpintero, hijo de María, y el hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón?» (Mc 6, 3).

Este tiempo de la Amistad había comenzado antes incluso del nacimiento de Jesús: es el viaje feliz de María yendo a ayudar a su prima Isabel, y lo es también el inoportuno desplazamiento impuesto por el empadronamiento de César Augusto, con la continua sumisión a los acontecimientos familiares o políticos, a las costumbres y a las leyes. Más tarde serán las dos tortolillas ofrecidas en la presentación, la peregrinación a los doce años, la vida familiar.

El Padre de Foucauld, «el Hermano universal», los Hermanitos de Jesús, son nuestros admirables guías para este tiempo de la amistad, que es el de la vida oculta, el de la mezcla de la levadura, el tiempo del silencio que no espera nada, el tiempo de «lo inútil», del secreto con el Padre, «y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará» (Mt 6, 6).

También el apóstol debe vivir el tiempo de la Amistad; es un *businessman* para quien «el tiempo es dinero»; o, más exactamente, el tiempo es infinitamente precioso para el apóstol, pero en un sentido completamente distinto: es precioso para «darlo» y «perderlo» en el sentido de la palabra evangélica: «el que pierde su vida...» El apóstol no puede estar acosado ni correr a perpetuidad; si quiere entablar esta preciosa amistad, tiene que echar raíces, hacerse todo a todos, amar en el tiempo y en el servicio cotidiano: «Si alguno te requisa para una milla, vete con él dos» (Mt 5, 41).

Pero Jesús abandona su aldea: «Cumplido es el tiempo, y el reino de Dios está cercano» (Mc 1, 15). Es la vida pública: comienza el tiempo de la Palabra. La actividad se hace intensa: el llamamiento de los discípulos, la enseñanza en la sinagoga, los enfermos, los pecadores congregados ante la puerta. Todo adquiere otro ritmo, pero Jesús, aunque sea desconocido para la samaritana, nunca será un extraño en los ciento cincuenta kilómetros que recorre en todas direcciones, anunciando la Buena Nueva, enviando a sus discípulos delante de Él, y hablando a cada uno en el lenguaje que

es capaz de comprender: a las turbas en parábolas, a los escribas y fariseos disputando sobre el Mesías y la ley, a la pecadora otorgándole el perdón.

Pero la palabra prepara en sí misma otra etapa: el tiempo del Sacramento. Desde el gran discurso de la multiplicación de los panes, la carne-comida y la sangre-bebida, que darán la vida eterna, anuncian ya el tiempo supremo: «Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1): es el tiempo de la cena y de la cruz, de la muerte y de la resurrección, dadas y compartidas.

El tiempo de la Amistad, Nazaret, duró treinta años; el tiempo de la Palabra, la vida pública, tres años; pero el tiempo del Sacramento transcurre en un día.

* * *

Treinta años, tres años, veinte horas: esta misteriosa repartición de la existencia del Verbo hecho carne, más que explicaciones, exige nuestra contemplación: debe convertirse en el alma de nuestro trabajo.

El camino entre el kilómetro cero —la ausencia de Dios— y la entrada en la vida sacramental es muy largo. No se recorre de la mañana a la noche. Solamente una marcha lenta a partir del primer llamamiento permite llegar al término sin estropearlo todo; es necesario, asimismo, respetar los dos primeros tiempos, el de la Amistad y el de la Palabra, si queremos que el Sacramento sea verdaderamente semilla lanzada en buena tierra y que produce fruto abundante.

Si los sacramentos dejan de producir fruto en tantos bautizados, es porque caen al borde del camino de su vida, sin que puedan echar raíces entierra profunda. Sobre este punto, todos tenemos, tendremos siempre, que obrar un cambio de mentalidad; no hablo de las estadísticas oficiales y de los impresos que hay que rellenar, pero en el fondo de nosotros mismos, sería necesario, quiero decir para un misionero, no plantearse en primer lugar la pregunta: «¿cuántas personas había en misa?»

Nuestra verdadera mentalidad misionera se traducirá en otra ilación de pensamiento: «¿He comprendido suficientemente el pensamiento, he compartido durante bastante tiempo el trabajo y el pan —el mío y el suyo— de aquel a quien amo con el amor del Señor, para poder ahora, no por oficio ni por rutina, compartir con él la Palabra? Y, después, ¿he vivido lo suficiente con él, he compartido lo suficiente la Palabra, para que ahora, juntos, no comamos ya el maná del desierto, sino el Pan de vida eterna, la

carne misma del Señor?»

Si intentamos quemar las etapas, no imitamos al Señor, y las riquezas infinitas de Dios no afloran en el alma. ¿Lo hemos observado? Cada uno de los textos que hemos citado a propósito de Jesús contiene las palabras: «Cumplido el tiempo, llegada la hora…» En Cana, Jesús lo dice claramente: «Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2, 4) y este episodio es la frontera entre el tiempo de la amistad, la participación en el banquete de bodas, y el tiempo de la vida pública, el milagro. Porque los tres tiempos no están separados, y cada uno de ellos es vivido en su plenitud: la Amistad no es un «truco» para «colar» la Palabra, ni la Palabra un «condimento» para hacer «tragar» el Sacramento. Basta expresar esto un Poco crudamente para sentir lo odioso de tal actitud y su aspecto blasfemo. La amistad ha de ser vivida por sí misma, totalmente: tiene su valor divino y su propia finalidad; ha alcanzado su fin, el amor mutuo de dos seres, aun cuando uno de ellos no llegue nunca a saber que es hijo de Dios. Pero la amistad, por su propia tendencia, hace presentir el tiempo siguiente: lleva a compartir el bien más precioso del apóstol, las palabras de Dios, la expresión de su amor, que sobrepasa toda alegría humana y colma de paz el corazón.

Y la palabra debe impregnar el alma y el espíritu para dar al sacramento su plenitud. El sacramento del matrimonio ¿qué fuerza real puede tener, si el misterio de la unión del hombre y la mujer, tal como san Pablo lo explica escribiendo a los efesios, no ha penetrado el pensamiento de los esposos? Un bautismo que no ha sido fecundado por el agua viva de la Palabra y de los gestos de Cristo, conocidos y meditados, se secará como una flor privada de su savia viva.

Incluso con un cristiano, hay que estar alerta para que participe siempre de los tiempos de la Amistad y de la Palabra. La Amistad será para él la comunidad cristiana local, el equipo de Acción Católica o el grupo de hogares. Y es preciso que aquí encuentre el verdadero pan de la Palabra de Dios, ofrecida no como un entremés o un condimento, sino como el alimento propio de su fe.

Los severos reproches del profeta Oseas nos llegan al corazón:

«También contra vosotros me querello, ¡oh sacerdotes!... Perece mi pueblo por falta de conocimiento; por haber rechazado tú el conocimiento, te rechazaré yo a ti del sacerdocio a mi servicio; por haber olvidado tú las enseñanzas de tu Dios, yo me olvidaré de tus hijos» (Os 4, 4-6).

El apóstol debe encontrar los tres tiempos de la misión en su propia ida: también él necesita la Amistad de su equipo, el afecto de los cristianos

de un barrio; también él necesita la Palabra, incesantemente redescubierta y viva; también él se alimenta del Sacramento de la eucaristía y se renueva en el de la penitencia.

Pero, si hubiera que otorgar una prioridad a uno de esos tiempos para el apóstol, y tal vez una prioridad en los años inmediatos para la cristiandad recién fundada, creo que habría que situar en primer plano el tiempo de la Palabra. Leída, escuchada, meditada, rumiada a lo largo del día, la Palabra dará su dimensión a la amistad y a la vida sacramental. Permítaseme, como homenaje a Jacques Maritain a la vez que como una Palabra verdaderamente profética, citar este texto sobre el Evangelio:

«Cada vez que se relee el Evangelio, aparece un nuevo aspecto de sus exigencias y de su libertad, terribles y dulces como el mismo Dios. Dichoso el que se extravía para siempre en este bosque de luz, el que queda preso en los lazos del Absoluto que resplandece en lo humana. Cuanto más vasta es nuestra experiencia, tanto más nos sentimos lejos de practicar las costumbres evangélicas, pero al mismo tiempo más se graban en nosotros la idea y el deseo de su misteriosa verdad: esto es lo que se llama el Evangelio descendiendo a nosotros. Cuando meditamos sobre las verdades teológicas, somos nosotros los que meditamos sobre las verdades teológicas, pero cuando meditamos sobre el Evangelio, es el Evangelio el que nos habla; basta escuchar. Y, sin duda, Aquel de quien habla el Evangelio no está lejos de nosotros, para abrirnos un poco el espíritu, cuando caminamos así con Mateo, Marcos, Lucas y Juan. *Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit* — quédate con nosotros, Señor, porque declina el día.

«Me parece que, si ha de nacer una nueva cristiandad, será una edad en la que los hombres leerán y meditarán el Evangelio más de cuanto lo han hecho nunca.»[34]

---

[34] JACQUES MARITAIN, *Le philosophe dans la Cité,* Ed. Alsatia, pp. 196-197.

5. Situar le misión a la altura debida

La prodigiosa evolución de la humanidad, tal como la contemplamos desde hace veinte años, está lejos de haber llegado a su término, y el profundo cambio en los hábitos, las costumbres y hasta en el número de los hombres no cesa de plantear nuevos problemas. Los mejores técnicos en la prospección del futuro piensan que, en varios terrenos, dentro de veinte años se habrá logrado un mundo próximo al «mejor de los mundos», con lo que esto implica de mejor y de peor. En todo caso, las condiciones de trabajo, los niveles de vida, la sanidad y los tiempos de esparcimiento serán completamente distintos a los de hoy día. Los mejores expertos del actual concilio piensan igualmente que lo más importante no serán precisamente las decisiones que se adopten inmediatamente, sino el nuevo impulso de la Iglesia en los próximos años.

Tanto del lado de los hombres como del de la Iglesia, la hora que vamos a vivir será más que nunca la hora de la misión en su realidad fundamental: el anuncio del destino eterno del hombre, la reunión de los hombres en una Iglesia.

Ante tal tarea, la mayor desgracia consistiría en rebajar a nuestra talla el combate por el reino de Dios — ya por falta de fe, — ya restringiendo nuestros objetivos a merced de las circunstancias, — ya colocándonos en el terreno de los negadores del reino, un terreno terrestre, con una actitud puramente defensiva.

Es de capital importancia, por lo tanto, adquirir conciencia de lo que es la misión sobrenatural, del nivel en que se desenvuelve, de las realidades que están en juego, y determinar cuál es la tarea propia de la misión en lo que tiene de específicamente sobrenatural. Y aquí solamente hay una regla posible: la Palabra de Dios.

El objetivo que se nos presenta, pues, consiste — en situar la misión en el nivel en que la Palabra de Dios nos invita a colocarla, con los medios que ella nos pide, — en ser misioneros tales como los describen y quieren

las dos columnas de la Iglesia, Pedro y Pablo: en la fe, teniendo el sentido de la prueba, testigos del Invisible.

La eterna juventud de la Iglesia es un perpetuo retorno a sus fuentes.

En un texto de san Pablo que la Biblia de Jerusalén intitula: «Digresión sobre el ministerio apostólico» (2 Cor 2, 14 a 7, 4), tenemos un ejemplo vivo de esta altura en la que se sitúa nuestra tarea, del nivel en el cual sitúa san Pablo su apostolado, del tipo de hombre que espera de nosotros, del mensaje que estamos encargados de transmitir.

Estas breves páginas desconciertan a los exegetas, que en vano buscan un plan y un hilo conductor, pero los corintios conocían la concatenación de los acontecimientos, y nosotros, apóstoles, descubrimos en ellas, junto con el recuerdo de las gracias de Dios que embarga a Pablo, la longitud de onda de nuestra propia vida. Hasta una cierta incoherencia en el pensamiento de Pablo, o, más exactamente, en la sucesión de sus pensamientos, nos resulta tanto más entrañable cuanto que nos hace sentir, en acción, «la caridad de Cristo que apremia» al Apóstol.[35]

«Doy gracias a Dios, que nos hace triunfar en Cristo...» Pablo se vuelve hacia Dios; él es cautivo de Cristo. Verdaderamente, ha sido hecho prisionero por el Señor, que le venció en el camino de Damasco. Pero, al mismo tiempo, este cautivo entra en el cortejo de quien le cautivó, y desde ahora toma parte en el triunfo de su jefe. Mediante el apóstol, el «conocimiento» de Cristo debe llegar a todas partes.

Pablo no se hace ilusiones. Se trata de una lucha con su lote de victorias y de derrotas. Para unos, escuchar el mensaje de Cristo es motivo de salvación; para otros, por el contrario, es motivo de perdición. Por eso, no hay que dejarse paralizar por el fracaso. Si hay almas bien dispuestas, hay también, misteriosamente, almas que parecen no querer conocer a Dios tal como es. Este niño, del cual habló ya el anciano Simeón, será un signo de contradicción entre los hombres. El apóstol lo sabe, y no deberá asombrarse nunca de ello.

Y henos aquí, de pronto, frente al sentimiento fuerza de san Pablo: «¿Y quién está a la altura de semejante tarea?» Esto es precisamente lo que constituye la fuerza del apóstol, la certeza de que él, por sí mismo, nada

[35] Tenga el lector la bondad de colocar el texto de san Pablo ante su vista; lo seguiremos paso a paso, sin otra referencia, comentando especialmente: 2, 14 a 3, 6; 3, 12; 3, 18 a 4, 18, y 5, 1-5, 6, 5, 8 (confianza); 5, 11 a 6, 13; 7, 2 a 7, 4.

puede, pero que lo puede todo «en Aquél que le conforta».

Lo que se le pide es que sea un hombre sincero y que se presente como un enviado de Dios. La única recomendación del apóstol es, en definitiva, su mismo apostolado, porque este apostolado viene, y san Pablo hace alusión a ello, de la Trinidad, Cristo, el Espíritu, Dios Padre.

A lo largo de todo este pasaje, y como para persuadirse de ello a sí mismo, san Pablo insiste sobre esta idea: «Tal es la confianza que por Cristo tenemos en Dios. No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra suficiencia viene de Dios. Él nos capacitó como ministros de la nueva alianza...» Es una verdadera cualificación profesional que le ha sido otorgada al apóstol por el mismo Dios. Es preciso que redescubramos el sentido de la palabra «obrero cualificado» y que sepamos aplicársela en toda su plenitud al apóstol. Ni simples peones, ni obreros especializados; Dios hace de nosotros obreros cualificados, y ¿para qué? Para el ministerio de la Nueva Alianza. Se comprende que Pablo vuelva sobre el mismo pensamiento unas líneas más abajo: «Teniendo, pues, tal esperanza, procedemos con plena libertad.» ¿De dónde procede esta transformación? De la contemplación de la gloria de Cristo, porque el apóstol es una persona que, «a cara descubierta, refleja la gloria del Señor como en un espejo, y se transforma en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en él el Espíritu del Señor».

Estas palabras dejan traslucir el estremecimiento interior de Pablo, pero describen también la grandeza del apóstol, reflejo del mismo Cristo. Y él lo sabe bien, a pesar de su miseria. «Por eso, investidos de este ministerio de la misericordia, no desfallecemos.» Todo esto viene de Dios.

Y si la grandeza de la tarea apostólica no desconcierta al apóstol —puesto que, conociendo su flaqueza, se apoya únicamente en la fuerza de Dios—, conoce, sin embargo, la verdadera tentación, lo que podríamos llamar la falsa moneda apostólica. Esta falsa moneda es de tres clases. Pablo expresa vigorosamente la primera: «Hemos repudiado los silencios de la vergüenza.» Si tuviera algo que añadir a san Pablo, yo subrayaría el contraste de estas dos palabras: los silencios de la vergüenza (¡qué título para una película!). ¡Un apóstol que no se atreve a hablar! La segunda tentación es la falta de rectitud: «No procediendo con astucia.» La tercera es la falsificación de la palabra de Dios, una moneda indiscutiblemente falsa. El apóstol que no se atreve a decirlo todo, porque piensa que ciertas cosas no serán bien recibidas.

Para superar esta triple tentación no hay más que un remedio: no so-

mos nosotros los dueños del mensaje, «sino que, probados por Dios, se nos ha encomendado la misión de evangelizar; y así hablamos, no como quien busca agradar a los hombres, sino sólo a Dios, que prueba nuestros corazones» (1 Tes 2, 4). Y Pablo añade que «nunca, como bien sabéis, hemos usado de lisonjas, ni hemos procedido con propósitos de lucro, ni hemos buscado la alabanza de los hombres» (1 Tes 2, 5).

El Evangelio puede permanecer velado para los hombres, pero el apóstol sabe que él no hace sino predicar a Cristo Jesús, el Señor; el apóstol anuncia el Evangelio, no se anuncia a sí mismo. Y —siempre la fuerza apostólica— «llevamos este tesoro del apostolado en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no parezca nuestra». La formación del apóstol debe incluir este sentimiento dinámico de su flaqueza, esa fuerza que nace de la humildad, y en definitiva, esa imitación del Magníficat de la Santísima Virgen.

Junto a esta certeza de que Dios pasa en la medida en que el apóstol se siente impotente, existe otra certeza: el grano de trigo que muere produce fruto. La muerte del apóstol engendra la vida de los creyentes. La fe en acción consiste en la certeza de la muerte que desemboca en la resurrección, de las tribulaciones de un momento que preparan un peso eterno de gloria, de lo visible y pasajero que remata en lo invisible y eterno, de la terrena morada corruptible que será sustituida por la eterna mora da divina.

Desde este punto de vista comprendemos el nivel en que se sitúa el apostolado. Es la sicología de las alturas del hombre divinizado y del mensajero de Dios: «De manera que en nosotros obra la muerte; en vosotros, la vida» (2 Cor 4, 12). Y, por eso, Pablo prosigue: «no desmayamos, sino que, mientras nuestro hombre exterior se corrompe» —el apóstol siente muy pronto el desgaste que el tiempo produce en su cuerpo—, «nuestro hombre interior se renueva de día en día.»

Todo este pasaje gira entre estas dos palabras: flaqueza y confianza. Y esta última palabra la encontramos dos veces en dos versículos: «Así, pues, llenos siempre de confianza...; llenos, pues, de confianza.»

Hay otro punto importante, que Pablo nos revela en este pasaje (5, 11): «Sabiendo, pues, lo que es el temor del Señor, tratamos de convencer a los hombres.»

Hay un falso desinterés y falsos respetos a la libertad ajena. Pablo nos dice por qué trata de convencer: a causa del drama de Cristo muerto y

resucitado por todos; Cristo no es ajeno a la vida de los hombres que no creen en El, es de su familia más que su padre y que su madre: «Murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó» (2 Cor 5, 15). El apóstol ve entonces a los hombres y a los acontecimientos, no «según la carne», sino con los ojos de la fe, y no puede callarse ante la ignorancia de los hombres. Al mismo tiempo, y a causa de esa mirada, cada hombre es para Pablo como una «nueva creación»: «lo viejo pasó, se ha hecho nuevo.» Sabe que Cristo ha reconciliado con El y con Dios a toda la humanidad, y, cosa extraordinaria, ese mismo Cristo ha confiado el ministerio de la reconciliación a su apóstol. Este, ahora, recibe títulos admirables: «ministro de la reconciliación», «embajador de Cristo», es «como si Dios os exhortase por medio de nosotros», es «cooperador» del mismo Dios. Por consiguiente, Pablo no vacila en suplicar, en exhortar en nombre de su misma misión. Si el apóstol es demasiado tranquilo, demasiado desinteresado en cierto modo, ¿cómo podrá creerse en la extraordinaria y única cualidad del mensaje que debe llevar a los hombres?

Y Pablo concluye haciendo una semblanza del ministro de Cristo. En el aspecto negativo, este hombre no dará a nadie motivo de escándalo, para no desacreditar el ministerio; pero, sobre todo, en el aspecto positivo, deberá caracterizarse por toda una serie de distintivos. Antes de destacar los rasgos que Pablo asigna al apóstol, será conveniente transcribir y leer el pasaje íntegro:

«Nos acreditamos en todo como ministros de Dios, con una gran constancia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los azotes, en las prisiones, en los tumultos, en las fatigas, en los desvelos, en los ayunos; con la santidad, con la ciencia, con la longanimidad, con la bondad, con el Espíritu Santo, con la caridad sincera, con palabras de veracidad, con el poder de Dios, con armas de justicia ofensivas y defensivas; en la honra y en la deshonra, en la mala o buena fama; cual seductores, siendo veraces; cual desconocidos, siendo bien conocidos; cual moribundos, bien que vivamos; cual castigados, mas no muertos; como tristes, aunque siempre alegres; como pobres, aunque enriqueciendo a muchos; como quienes nada tienen, poseyéndolo todo.»

Es conveniente repasar estos textos y ver cómo se completan unos a otros. Tres series de rasgos caracterizan a los ministros de Dios y los distinguen de todos los demás: — una gran constancia en las tribulaciones, —

signos, — prodigios-milagros.

Es éste un tema caro a san Pablo, y en la misma epístola encontramos la misma triple enumeración, un poco más abajo: «Los rasgos distintivos del apóstol se realizaron entre vosotros: una constancia a toda prueba, signos, prodigios y milagros» (2 Cor 12, 12).

Ahora bien, descendiendo a los detalles, encontramos nueve pruebas en la constancia, nueve signos y nueve prodigios-milagros. Ante esta repetición, podría creerse que Pablo ha compuesto su texto cuidadosamente. No hay nada de eso, y todos los comentadores están de acuerdo en reconocer que, en este improvisado dictado, Pablo, bajo los efectos de una gran emoción, alcanza la cumbre de la elocuencia, aunque burlándose de la elocuencia, y nos ofrece en un emocionante resumen la esencia de su propia vida. Tenemos en primer lugar la constancia en las nueve tribulaciones, y estas tribulaciones son de tres clases. Las unas proceden del apóstol mismo, del interior de su alma: las aflicciones, las necesidades, las angustias. Otras le vienen impuestas desde fuera: los azotes, las prisiones, los tumultos. Otras, finalmente, añadidas por el mismo apóstol, como si las anteriores no fuesen suficientes, le preparan a afrontar tanto las aflicciones interiores como las torturas exteriores: las fatigas, los desvelos, los ayunos.

Estas nueve pruebas de la constancia son como la *tierra quemada* de la vida apostólica. Tierra quemada, porque, mediante ellas, queda aniquilado todo cuanto de humano y atractivo hubiera podido florecer. Que nadie presuma de ser apóstol si no acepta antes, por anticipado, y luego cada día, estos destierros.

Pero en esta tierra desolada van a surgir nueve «signos, nueve preciosas flores compuestas de bondad, de paciencia, de sincera humildad, tanto más significativas (del don de Dios al apóstol, y del don total del apóstol a Dios) cuanto florecen en medio de la aridez y la aflicción. Seis son el ornato del mismo apóstol en su ser más profundo, y tres caracterizan su apostolado.

En el ser mismo del apóstol, tenemos: — la rectitud interior en la santidad de la acción; — la ciencia de Dios, ese conocimiento directo de Dios que transforma la mirada del hombre; — la longanimidad, esa gran paciencia del alma que sabe esperar; — la bondad, esa dulzura del Salvador, que la Iglesia celebra en la Navidad como la manifestación más alta del pesebre; — el Espíritu Santo; — la caridad sincera.

En el apostolado, tres signos: — la palabra de verdad, de la que Pablo afirma en otra parte que es «viva, eficaz y tajante, más que una espada

de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu»; el Evangelio, la palabra humana del Verbo hecho carne; — el poder de Dios, el Dios siempre vivo, que sólo espera el grano de mostaza de nuestra fe para obrar sus maravillas; — las armas de la justicia, es decir, de la santidad del Dios «Justo», y del apóstol ajustado a Dios. Estas armas, dice san Pablo, son ofensivas y defensivas: la espada del espíritu, el yelmo de la fe.

Esta tierra quemada de la vida apostólica, este constante esfuerzo para producir en ella los signos de la bondad y promover el reino del Señor Jesús al mismo tiempo, desembocan en los nueve «prodigios y milagros» que Pablo enumera como conclusión, y que, mejor que todos los votos de religión, despojan al mensajero del Señor de cuanto pudiera replegarse sobre sí mismo: puesto que sólo Dios es su razón de ser; Dios sólo se ha manifestado a través de él. Son, a la vez, los signos de contradicción y las bienaventuranzas del apóstol.

En primer lugar, dos liberaciones absolutas del juicio de los hombres: ser honrado o humillado, mal visto o bien visto, es cosa que no cuenta para el apóstol; la preocupación por su fama, sea la que fuere, no le paraliza: su único punto de referencia es Dios, que conoce el fondo de los corazones. Entonces comienzan las siete bienaventuranzas apostólicas, que son el misterio mismo del apóstol, el grano de trigo que muere y produce fruto, la cruz visible y la resurrección cierta, el fracaso aparente y la victoria ya lograda:

— tenidos por impostores, siendo veraces,

— tenidos por desconocidos, siendo bien conocidos,

— tenidos por moribundos, y sin embargo vivos.

— tenidos por castigados, mas no muertos,

— tenidos por tristes, aunque siempre alegres.

— tenidos como pobres, aunque enriqueciendo a muchos,

— tenidos por gentes que nada tienen, poseyéndolo todo.

Pablo ha descubierto su secreto, «Nuestro lenguaje ha sido con vosotros franco y abierto, corintios, nuestro corazón se ha dilatado…» Y, como si quisiera aplicar inmediatamente esta semblanza del apóstol que acaba de trazar —¡y en qué términos!—san Pablo sobreabunda de gozo y de santo orgullo a causa precisamente de esos corintios tan volubles: «No estáis apretados dentro de nosotros; sino que estáis apretados en vuestras entrañas...»

El discípulo no tiene más que una alegría en el mundo: parecerse a su maestro.

El apóstol exulta en las tribulaciones: la cruz trae la salvación.

Nada puede separarle de la caridad de Cristo.

Nada hay en el mundo tan vivo ni tan actual como la Palabra de Dios:

«Verdadera es la palabra:

Que si padecemos con El, también con El viviremos.

Si sufrimos con El, con El reinaremos.

Si Le negamos, también Él nos negará.

Si Le fuéramos infieles, El permanecerá fiel, porque no puede negarse a Sí mismo, (2 Tim 2, 11-13).

CONCLUSIÓN

«Por El acepté perderlo todo»

Nuestra vocación de apóstoles hoy día consiste en orar con una gran angustia en el corazón para que se lleve a cabo la conversión de los hombres: en ponernos de rodillas ante la Palabra de Dios, para que esta Palabra nos transforme, nos penetre de tal modo en el corazón y en el espíritu que no podamos menos de decirla, — y de decirla en orden a lo que ella es: «La Verdad que debe iluminar a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1, 9).

Nuestra vocación consiste en ser como los demás en cuanto al trabajo, el pan, el alimento, el vestido, pero completamente distintos del que no conoce a Dios; consiste en estar atentos para no establecer ninguna ruptura sociológica con nadie, pero sabiendo reconocer y aceptar con santo orgullo el ser, por las virtudes teologales, «diferentes» del mundo más de lo que somos capaces de expresar. Más diferentes que la noche y el día, puesto que estamos iluminados por una luz invisible para el mundo.

En pleno mundo y, sin embargo, por estar consagrados en la castidad, separados de ese mundo y siendo ya testigos vivos de la eternidad, donde no habrá hombres ni mujeres, donde no se comerá ni se beberá; y sólo evitaríamos ser burlados y aún aborrecidos siendo infieles a las grandezas de Jesucristo, cuyo reino no es de este mundo.

Hemos nacido y hemos sido enviados, desde luego, «para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10); pero imaginarnos que lograríamos esto haciéndonos semejantes a aquéllos a quienes debemos evangelizar, es una ilusión cuyas primeras víctimas seríamos nosotros mismos: el Evangelio va a contrapelo del mundo, y aún la misma parte por la que comunicamos con las grandes aspiraciones de los hombres sin Dios no debe ocultar que nuestro centro de gravedad está en otra parte.

Amar el mundo, sí, y las inteligencias que lo embellecen y que permiten dar a cada cual el pan y el acceso a las responsabilidades, a través de un mayor bienestar y de una auténtica libertad, sí, todo en lo queremos

también nosotros. Pero, al mismo tiempo, es necesario decir, gritar, manifestar con todo nuestro ser que el verdadero destino del hombre se realiza únicamente más allá de este mundo que pasa; y que la fase terrena del hombre no es más que un comienzo provisional y precario, aunque decisivo, de ese destino.

Y cuanto más mezclados estemos, como apóstoles, con este mundo; cuanto más apasionados estemos de la tierra, de su belleza, de su perfeccionamiento, en una palabra, cuando más apasionados estemos por la promoción humana, tanto más necesario es que aparezca claramente, como un signo de contradicción, que todo eso lo tenemos y consideramos «como desventajoso comparado con la eminencia del conocimiento de Cristo Jesús» (Flp 3, 8). Dejar ver lo uno sin lo otro es una traición.

El misionero para quien la Parusía no es real, y concretamente la gran espera, ese misionero no tiene derecho a llevar ese nombre. Esto, por supuesto, no es un obstáculo para construir el mundo con alegría, pero este mundo será siempre para nosotros relativo, como la etapa del éxodo. Esto es precisamente lo que el mundo incrédulo no nos perdona: no solamente quiere que se sirva al César, sino que todo aquel que coloca a Dios por encima del César se convierte, para él, en enemigo del César. Por esto murieron los mártires de los primeros siglos: eran tan buenos ciudadanos como cualquiera, pero el César no pasaba para ellos de ser un hombre, y Dios era su único Absoluto.

En un mundo enamorado de sí mismo, nosotros somos los testigos de otro mundo. Para serlo, no nos creemos obligados a inventar comportamientos anacrónicos. Plantados en medio de los hombres, somos la voz que clama en el desierto insospechado que esa voz revela, y nuestro inconformismo salta a la vista desde el momento en que anunciamos que el reino de los cielos está cerca.

Todo amor que se deja de cultivar, muere. Nuestra vida está muerta desde el momento en que Cristo, la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo dejan de ser para nosotros personas a las cuales hemos ligado nuestra vida. Nuestra existencia, nuestra castidad, nuestra obediencia y nuestra pobreza no son duraderas si perdemos de vista, si dejamos de considerar el amor de Cristo a nosotros, ese amor más fuerte que la muerte y que inmediatamente nos hace querer corresponder con nuestro amor hasta la muerte. En cuanto dejamos de reconocer ese amor de Cristo, hemos perdido el norte y cualquier camino nos parece igualmente bueno.

La conclusión es la necesidad imperiosa, absoluta de la fe, de una fe

sin límites, porque la fe no tiene derecho a ese nombre a menos que sea sin condiciones. Someterla a «si» —«si la Iglesia fuera más dinámica, o más comprometida o más moderna», o todo lo «más» que se quiera— es negar la fe por anticipado, puesto que es darle un motivo distinto de Dios que nos habla, que tiene su plan y que es Dios.

El misionero no tiene, en definitiva, más que una fuerza: su fe, unida a la de toda la Iglesia: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24, 35). Y esta confianza firme y gozosa no es solamente la roca en medio del arenal, el escudo de nuestro corazón y de nuestro espíritu; es, sobre todo, el trampolín de la verdadera actitud del misionero en medio del mundo moderno y frente a esa incredulidad que se afirma como una victoria.

Sólo Dios salva; no somos nosotros quienes salvamos, es Dios. Y esta certeza pone todas las cosas en su lugar. No somos nosotros los que salvamos o no, como si esto dependiera de nosotros. Ni un movimiento, ni un grupo, ni las congregaciones, ni los papas, ni los concilios pueden salvar. No hay más que un Salvador, Cristo Jesús; y, ciertamente, los concilios, los obispos, el papa, los movimientos tienen algo real que hacer —no somos marionetas—, pero debemos obrar ante todo y únicamente «por El, con El y en El», como repetimos en la misa. Y, sin embargo, obramos continuamente como si los salvadores fuéramos nosotros. Entonces viene el desaliento, nos inflamos de orgullo; pero, al fin, nada se logra.

Nuestra vida, respuesta a Dios que nos ama, es al mismo tiempo el testimonio del Dios único que tenemos que dar a los hombres. Antes de ser el sacerdote que hace la revolución o la antirrevolución, el sacerdote periodista, sabio, obrero, o lo que se quiera, tenemos que hacer que brille y se manifieste lo que es primordial y único en nuestra existencia: que somos seres receptores de Dios, situados en la longitud de onda de Dios, y emisores en la banda teologal, no en la terrestre, aun estando presentes en este mundo. No somos voces en un desierto, sino que, en las ciudades más tumultuosas del mundo, somos los profetas de Dios y no otra cosa, es decir, hablamos en nombre de Dios.

Profetas, no gentes que están al corriente del sentido de la historia de mañana o de pasado mañana, sino que hoy, mañana y pasado mañana —cuando sea verdaderamente mañana y pasado mañana— hablan de Dios los hombres, y saben hablar del pesebre, de la cruz, de Cristo pobre, capaces de decírselo al rico que no conoce esta semejanza y también al pobre, que debe respetarla en sí mismo. Saber decir la verdad en nombre de Cris-

to, de una manera que no bloquee, sino que conduzca a Él; saber consolar, confortar a los débiles, despertar a los dormidos, alentar a los pusilánimes.

Pero, para ser testigos de Dios ante los hombres, tenemos que ser testigos de Dios ante Dios mismo. Y esto, que sólo puede hacerse mediante la gracia omnipotente de Dios, tampoco puede hacerse sin una acción permanente de todo nuestro ser, una acción que debe ser una pasión en el doble sentido de esta palabra: una vehemencia y un sufrimiento.

El apóstol no es un obrero más en la fábrica; hay demasiados parados esperando a la puerta. Tampoco es un militante más, ésta es la admirable especialidad de los sindicalistas. El apóstol, en cualquier parte que esté, en la fábrica o en otro sitio, es el testigo de Dios, el profeta, el enviado de Jesucristo: no encaja en ninguna otra categoría, no tiene otras referencias que Jesucristo y la Iglesia que le envían.

Ante el éxito de su obra apostólica —si «Satanás cae del cielo como un rayo»— se repite a sí mismo la palabra de Jesús: «No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos» (Lc 10, 20).

Y ante el fracaso —más frecuente—, recuerda la respuesta de Jesús a los discípulos que no habían podido expulsar a un espíritu inmundo: «Por vuestra poca fe... Esta especie no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno» (Mt 17, 20 y Mc 9, 29).

No espera éxitos espectaculares, simpatías demasiado humanamente inmediatas: hace todo lo posible por no crear obstáculos a Jesús con sus propios pecados, pero sabe que solamente la cruz, el dolor, la contradicción, largamente sufridos en su propia carne, tocarán a las almas en el fondo de sí mismas y las abrirán al único Salvador, Jesucristo, el Nazareno, a quien los hombres crucificaron y que resucitó de entre los muertos.

«Por El, por Cristo Jesús, mi Señor, acepté perderlo todo, y lo tengo por basura a fin de ganarme a Cristo» (Flp 3, 8).